

"Un niño llega al consultorio de un analista por las resonancias que genera en un adulto." Con esta frase, Alba Flesler inicia un recorrido que lleva al lector por un conjunto de reflexiones generadas y maceradas en su extensa experiencia como psicoanalista. Y no es casual que esa frase esté en la apertura de la obra, pues el lugar que el adulto —y en este caso, en particular, los padres— ocupa en su vínculo con el niño, y el lugar que éstos ocupen en la terapia, es objeto de una pormenorizada elaboración. Flesler discrimina con agudeza aquello que se sitúa incluso antes del niño pero que lo involucra: los aspectos relativos al amor, al goce y al deseo de los padres. También analiza las vicisitudes que se suscitan a partir de la consulta, ligadas al curso siempre complejo de la transferencia.

Pero el recorrido del libro no se detiene allí: más aún, se escande en prolijas sucesiones. Y el índice de la obra lo refleja: los tiempos del sujeto, los tiempos de la angustia, los tiempos del juego, los tiempos del dibujo... Esa discriminación de tiempos señala un rasgo teórico preciso: el sujeto transcurre en tiempos y la tarea del análisis consiste en atender a la especificidad de cada uno de ellos para poder intervenir, ya sea en el plano de lo simbólico, de lo real o de lo imaginario.

260

El niño en análisis y el lugar de los padres

Alba Flesler



www.planetadelibros.com • www.paidosargentina.com.ar

Alba Flesler



El niño
en análisis
y el lugar
de los padres

243. M. Safouan, *Lacanian. Los seminarios de Jacques Lacan 1953-1963*
244. L. Hornstein, *Inter-subjetividad y clínica*
245. D. Waisbrot y otros (comps.), *Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales*
246. L. Hornstein (comp.), *Proyecto terapéutico*
248. I. Berenstein, *Devenir otro con otro(s)*
249. M. Rodulfo, *La clínica del niño y su interior*
250. O. F. Kernberg, *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*
251. S. Bleichmar, *Paradojas de la sexualidad masculina*
252. I. Vegh, *Las letras del análisis*
253. M. C. Rother Hornstein (comp.), *Adolescencias. Trayectorias turbulentas*
254. Y. Gampel, *Esos padres que viven a través de mí*
255. C. Soler, *Lo que Lacan dijo de las mujeres*
256. L. Hornstein, *Las depresiones*
257. M. Safouan, *Lacanian. Los seminarios de Jacques Lacan 1954-1979*
258. J. Nasio D., *El Edipo*
259. I. Berenstein, *Del ser al hacer*
260. A. Flesler, *El niño en análisis y el lugar de los padres*
261. J. Bleger, *Psicología de la conducta*
262. J. Bleger, *Psicohigiene y psicología institucional*
263. J. Nasio D., *Mi cuerpo y sus imágenes*
264. M. Tort, *Fin del dogma paterno*
265. S. Vasallo, *Escribir el masoquismo*
266. S. Paín, *En sentido figurado*
267. A. Dagfal, *Entre París y Buenos Aires*
268. P. Bayard, *¿Se puede aplicar la literatura al psicoanálisis?*
269. S. Schlemenson (comp.), *La clínica en el tratamiento psicopedagógico*
270. G. Guillerault, *Dolto / Winnicott*

Alba Flesler

El niño en análisis y el lugar de los padres



PAIDÓS
Buenos Aires
Barcelona
México

Cubierta de Gustavo Macri

155.4 Flesler, Alba
CDD El niño en análisis y el lugar de los padres. -
1ª ed. 3ª reimp. - Buenos Aires : Paidós, 2011.
224 p. ; 22x14 cm.

ISBN 978-950-12-4260-7

1. Psicoanálisis de Niños I. Título

3ª reimpresión, 2011

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2007 de todas las ediciones
Editorial Paidós SAICF
Independencia 1682, Buenos Aires
e-mail: difusion@areapaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
Impreso en Argentina. Printed in Argentina

Impreso en Primera Clase
California 1231, Ciudad de Buenos Aires, en julio de 2011
Tirada: 1.000 ejemplares

ISBN 978-950-12-4260-7

A mis padres

Índice

Prólogo	13
1. El niño en análisis	17
Problemas del análisis de niños	20
El objeto del psicoanálisis: el sujeto	25
La existencia del sujeto: entre pérdidas y ganancias	25
El sujeto de la estructura: <i>Ya d'Un</i> (Hay uno)	29
La alternancia del objeto y sus vicisitudes	33
2. Los padres	43
El deseo de los padres	44
La anticipación de la madre	46
La nominación del padre	48
Tres versiones de la impotencia del padre	52
El padre teórico	55
El padre colérico	57
El padre desresponsabilizado	58
La consistencia del padre	59
La autoridad de los padres	61
El deseo de los padres entre ellos: el plano del erotismo	64
3. Los tiempos del sujeto. Tiempos de lo Real, de lo Simbólico y de lo Imaginario	71
4. Los tiempos de la angustia	81
Algunas consideraciones sobre la angustia y las fobias de la infancia	81
La fobia: precipitado estructural	87
5. Los tiempos del juego	91
La polémica en juego	91

El juego en la estructura	93	Las intervenciones del analista en los casos de Freud	166
El primer juego	95	El encuentro con Juanito	166
La demanda en juego	98	Freud y el análisis de un púber	170
Los tres tiempos del juego del carretel	100	Algunas preguntas clásicas en el análisis de un niño	174
Los tiempos del fantasma: la escena en juego	102	¿Cuándo dar comienzo al análisis de un niño?	174
La representación lúdica:	106	¿Cuándo finaliza nuestra intervención?	185
Real y realidad en juego	107	¿Cuál es la función de los juguetes y del juego en la escena analítica?	187
La escena lúdica: sus condiciones	113	¿Que juguetes incluir en la escena analítica?	190
Juego y <i>semblant</i> : la imagen en juego	113	Intervenciones del analista con los padres	191
Las intervenciones del analista	119	El influjo analítico sobre los progenitores	196
6. Los tiempos del dibujo	123	No sólo la interpretación	206
El dibujo en los tiempos de la infancia	124	Intervenir a futuro	207
El dibujo en transferencia	127	Bibliografía	209
Un dibujo	127		
El dibujo de una letra	129		
La intervención del analista	131		
Un dibujo para mirar	132		
El dibujo de una adolescente	133		
Dibujo de un duelo	134		
7. Los padres y la transferencia	137		
Algunas notas sobre los tiempos de la transferencia	139		
Los padres y la consulta	142		
Los destinos del saber en la infancia: la búsqueda de saber y el afán de verdad	146		
El tiempo de las preguntas	149		
Teorías y «teorías»	149		
Las respuestas y sus vicisitudes: inhibición, síntoma y angustia	151		
La verdad de los padres	153		
8. Las intervenciones del analista en el análisis de un niño	157		
Las distintas intervenciones del analista	161		
Intervención en lo Real	162		
Intervención en lo Simbólico	163		
Intervención en lo Imaginario	164		

Prólogo

Escribí este libro a partir de mi práctica como psicoanalista. Luego de treinta años de recibir a niños y a padres en mi consultorio y de haber dictado una serie de seminarios sobre el tema, he recogido en este texto algunas reflexiones suscitadas por esa experiencia. Los analistas que asistieron a dichos seminarios me estimularon para plasmar por escrito las ideas que he ido desarrollando a lo largo de todos estos años. Lo escribí pues, pensando en quienes quieren formarse como analistas de niños. Me refiero a aquellos que deciden recibir en su consultorio a pacientes que no vienen por sí mismos, ni presentan «la plenitud de notas ideales» mencionadas por Freud, tampoco escucharon hablar de psicoanálisis ni un adulto les habló de esta práctica.

Llegan con su sufrimiento porque otro los trae o los deriva desde determinado ámbito social, no suelen hablar como lo hacen los adultos, las más de las veces juegan o permanecen en silencio, otras no quieren venir o nos hacen preguntas sobre cuestiones íntimas. Los adultos que los acompañan o los envían también preguntan, demandan respuestas, indicaciones, protestan y en ocasiones se quejan de esos niños que no les responden.

Desde el inicio, los niños presentaron al analista un sesgo problemático, pues su abordaje demostró exceder el marco teórico original para el que había sido creado el psicoanálisis.

Sin embargo, los problemas que tal cuadro de situación nos muestra, ¿deben ser considerados intrínsecos al psicoanálisis de niños o, en todo caso, invitan a reinterrogar los conceptos mismos en los que se inscribe su práctica?

A mi entender, la oposición sostenida en nuestro ámbito entre la analizabilidad del niño, su pleno derecho al análisis –tal como a un adulto se le ofrece– y la afirmación opuesta basada en la insuficiencia psíquica para trabajar a partir de esta disciplina, ha resultado inoperante.

El niño no puede ser abordado del mismo modo que un adulto, pero no requiere por eso un ámbito especial. Sí, en cambio, su atención supone una especificidad, la cual, asentada en el reconocimiento de los diferentes tiempos del sujeto, guiará diversas operatorias en la práctica analítica.

Nutrida de los textos de Freud y sus seguidores, empapada en la polémica que sostienen las letras de Melanie Klein y Anna Freud, seguidora atenta de las elucubraciones de Winnicott y de los aportes de Françoise Dolto y Maud Mannoni, pude hallar, en la formalización que Lacan hace del sujeto de la estructura, una vía para dirimir algunos problemas de la práctica con niños, acentuando una lógica que subraya el factor temporal.

Me he propuesto abordar en este libro las especificidades del acto analítico a la luz de cada uno de esos tiempos, pues con su fina delimitación se orienta el timón de la cura. A mi entender, munidos de esa brújula, resulta prescindible la apelación a una técnica especial para atender al niño. Juegos, juguetes, dibujos, y también el lugar de los padres, responden a razones de estructura cuya localización redundará en beneficio a la hora de decidir las intervenciones del analista.

Al ocuparme del lugar de los padres, intento abordar uno de los rasgos específicos del análisis de un niño, atendiendo al hecho evidente de la presencia de éstos en cada una de las consultas que recibimos.

En una oportunidad, un paciente me contó que alguien le había preguntado cómo se había capacitado en su oficio. Él respondió que cuanto sabía hacer lo había aprendido trabajando con otros. «¿Viendo lo que hacían?», continuó su interlocutor. «Efectivamente así fue, mirando, pero fundamentalmente preguntando», fue la respuesta. Del mismo modo, las preguntas constituyen el verdadero estímulo de este libro. Tanto las preguntas de otros de las que me apropié, como las propias que me formulé. Por ese derrotero, fui encontrando también algunas respuestas.

Ahora bien, ¿dónde las fui encontrando?, ¿cuál ha sido mi fuente?

Encontré respuestas en Freud y en Lacan, en otros psicoanalistas –algunos que trabajan con niños y otros que atienden adultos–, también en los encuentros con mis pacientes niños, adolescentes y adultos, y en las entrevistas con sus padres. Agradezco a cada uno de ellos y también a aquellos analistas que han publicado generosamente los relatos de su práctica junto a las formulaciones teóricas, permitiéndome delimitar coincidencias y diferencias.

Por último, pero en primer lugar, quiero agradecer a Marita Cabarro de Gottheil, de Editorial Paidós, por la acogida que brindó a mi propuesta, brindándome la ocasión de editar este libro. También mi sincero agradecimiento a Moira Irigoyen, por su atenta lectura, a mis colaboradoras en el tipeo del material, Johanna Soler y Karina Dell'Isola, por su compromiso con la tarea, y a mis queridos maestros en psicoanálisis, Isidoro Vegh y Fernando Ulloa.

Capítulo 1

El niño en análisis

Un niño llega al consultorio de un analista por las resonancias que genera en un adulto. Va de suyo, por lo tanto –y no es un dato menor–, darle lugar e importancia a los acordes singulares que despierta un niño en aquel que nos llama. Según he podido comprobar, algunos analistas de niños desatienden este índice presente en todo inicio. Con ello, lamentablemente, dejan escapar la relevancia posterior de su incidencia en el abordaje del niño. Cuando se atienden, por el contrario, las significaciones diversas que un niño recrea en el psiquismo de un adulto, se encontrará, con no poca sorpresa, la condensada localización que viene a ocupar un niño en cualquier ser humano. En la mayoría de los casos y no por razones casuales sino de estructura, quienes consultan por un niño son los padres. En tal situación –y aunque parezca obvio no siempre lo es– el niño que nos traen es un hijo.

La complejidad del tema que nos ocupa no puede despacharse sin interrogar las variables que intervienen, más aún cuando la decisión de darles o no lugar a los padres en el análisis de un niño está en el centro de una polémica de nuestra actualidad.

Una polémica que siendo de actualidad, sin embargo, no es sólo actual; ella muestra un problema situable en el inicio mismo del psicoanálisis de niños. El marco teórico del psicoanálisis, al ser diseñado para pacientes adultos, preñó el origen mismo del análisis de los niños de obstáculos y contradicciones.

Por otra parte, si bien es cierto que el análisis de niños ha tenido madre «certa» —en realidad más de una, ya que Melanie Klein y Anna Freud se disputaron el niño como aquellas otras madres de la antigüedad bíblica— ocurrió que el «*pater incertus est*». Si su lugar implica la fe, o la confianza al menos en la palabra o más bien en el nombre, Freud nunca dijo ser el padre del psicoanálisis de niños. Más bien expresó con regocijo que dejaba el niño a su hija. Y no es necesario repetirlo pero bien sabemos cuánto desaconseja en sus teorías que un padre haga precisamente eso: darle un niño a su hija. Pues bien, aunque es un tema colateral, recordemos que tal desatino no fue sin consecuencias para Anna Freud.

Lejos pues de pintar condiciones alentadoras para el abordaje de los niños, el padre del psicoanálisis planteó problemas y reparos cuando se trataba de atender a aquellos que no se ajustaban al explícito marco conceptual. Dejó, por el contrario, verdaderas incertidumbres a la hora de direccionar la cura no sólo de niños, sino de pacientes psicóticos, neurosis narcisistas y ancianos.

De esta manera, en el historial del pequeño Hans —historial paradigmático, referente obligado para quienes atienden niños— Freud pone los puntos desde el comienzo. Aclara que si bien orientó «el plan del tratamiento en su conjunto», y hasta intervino personalmente una vez en una plática con el niño, «... el tratamiento mismo fue llevado a cabo por el padre». Y agrega, para concluir, que «sólo la reunión en una sola persona de la autoridad paterna con la médica, la conjunción del interés tierno con el científico, posibilitaron en este único caso obtener del método una aplicación para la cual de ordinario habría sido inapropiado» (Freud, 1909).

No menos decididas son las palabras con las que, en el historial de una joven homosexual, se demora en enumerar deta-

lladamente la suma de «notas ideales» esperables para nuestra eficaz intervención:

El médico que debía tomar sobre sí el tratamiento analítico de la muchacha tenía varias razones para sentirse desasosegado. No estaba frente a la situación que el análisis demanda, y la única en la cual él puede demostrar su eficacia. Esta situación, como es sabido, en la plenitud de sus notas ideales, presenta el siguiente aspecto: alguien en lo demás dueño de sí mismo, sufre de un conflicto interior al que por sí solo no puede poner fin. Acude, entonces, al analista. Le formula su queja y le solicita su auxilio (Freud, 1920a).

Luego, en el mismo texto, nos advierte el destino que nos cabe en caso de contrariar su advertencia al aceptar tratar a un sujeto que no viene por sí mismo. Si son los padres quienes lo traen, pone por ejemplo Freud, ellos:

[...] demandan que se cure a su hijo, que es neurótico e indócil. Por hijo sano entienden ellos uno que no ocasione dificultades a sus padres y no les provoque sino contento. El médico puede lograr, sí, el restablecimiento del hijo, pero tras la curación él emprende su propio camino más decididamente, y los padres quedan más insatisfechos que antes. En suma, no es indiferente que un individuo llegue al análisis por anhelo propio o lo haga porque otros lo llevaron; que él mismo desee cambiar o sólo quieran ese cambio sus allegados, las personas que lo aman o de quienes debiera esperarse ese amor (ibíd).

Decididamente, para Freud, los niños no forman parte del conjunto de pacientes poseedores de la suma de notas ideales para ser tratados analíticamente: los pacientes adultos y neuróticos subsumibles al modelo esperado.

PROBLEMAS DEL ANÁLISIS DE NIÑOS

Ineludiblemente, en la experiencia de todo psicoanalista se presentan perfiles insospechados que no alcanzan a subsumirse en el consabido marco teórico. En este caso, el acervo conceptual logrado hasta ese momento se enfrenta con un sesgo inquietante que acentúa de modo notable un tono cuya magnitud real desdibuja todo cuanto haya imaginado, también estrechando el caudaloso fluir de las palabras. Con un matiz imprevisible se abre un capítulo no abarcable hasta ese momento.

En ese sentido es preciso reconocer que el niño hizo presente, desde el inicio, un real en la clínica analítica. Como un clavo que no encaja bien en el agujero, trajo problemas. Pero ¿qué tipo de problemas?

Prefiero abrir la pregunta dado que un problema puede ser imaginario o real, y la distinción resulta de utilidad clínica. En el primer caso, cuando un problema es imaginario, suelen plantearse resoluciones bivalentes: la solución sigue la economía de la totalidad, y al debatirse entre todo o nada, se restringe la salida del problema a opciones terminantes. El planteo del problema gira, cerrado, entre dos perspectivas igualmente impotentes, ya sea como omnipotencia o como impotencia del acto analítico. Acercarse a un problema real, en cambio, invita a delimitar ese real. Su perspectiva, descreída de la operatividad exacta, se aboca a localizar un resto y extractarlo. Con este abordaje se intenta delimitar el problema, y desprenderlo de una perspectiva paralizante, apostando, sin desconocerlo, a un acto posible.

Inclinada hacia esta segunda opción, y luego de atender niños durante años, elijo decir que los niños ni son analizables al igual que un adulto, ni dejan de ser analizables por no ser adultos. Algunas preguntas, como decía Jacques Lacan, fallan más por lo que buscan que por lo que no encuentran.

Cuando Freud aconsejó a los analistas someterse a un análisis personal, no propuso reducir tal indicación al cumplimiento de una práctica burocrática. Me animo a pensar que había comprobado hasta qué punto la falta de análisis de los analistas podía derivar en lineamientos teóricos cargados de ignorada

subjetividad. Así, lo que no se analizaba derivaba en teorías, y muchas teorías sobre el psicoanálisis de niños se nutrieron de esa vertiente.

Por otra parte, contribuyó a esa deriva una razón de peso mayor: es en vano buscar en la obra de Freud una posición única y contundente respecto a la aplicación del psicoanálisis en el tratamiento de los niños; sus precisas puntualizaciones y aportes más claros se vuelcan en la investigación de la etiología de las neurosis. Para rastrear ese origen, y abrevando tal curiosidad, Freud se dispuso a observar niños. Y aunque es cierto que sus opiniones se diversifican posteriormente respecto de los beneficios que para padres y educadores supondría el psicoanálisis de niños, en principio todo niño quedaría excluido de él si se ajustara a las mencionadas notas ideales.

Como contrapartida a tal afirmación, puede leerse el entusiasmo con el que cifró esperanzas en su hija, delegándole la tarea de enlazar convenientemente el psicoanálisis a la educación. Con estas inclinaciones fue favoreciendo la situación opuesta a sus propias recomendaciones, al agregar un nuevo problema al terreno ya movido de la infancia: la relación entre psicoanálisis y pedagogía. De sus conflictivas relaciones Freud se ocupó en numerosas cartas y artículos, colocando en disyunción los fines por ellas perseguidos: si la educación se propone la *via di porre* y el psicoanálisis la *via de levare*, es impracticable un psicoanálisis que se proponga educar.

Como era de esperar, semejantes vaivenes fueron retomados con posterioridad a Freud. Las corrientes sostenidas por Melanie Klein y Anna Freud levantaron olas, cuando no torbellinos.

Así, desde el inicio, vemos que el niño, como una presencia real y extraña, despertó en la teoría y la práctica del psicoanálisis una verdadera conmoción, cuestionando los saberes consabidos y agitando las aguas, lo que continúa aún en nuestros días.

Desde entonces, navegando entre afirmaciones freudianas, anclaron las más diversas propuestas con el anhelo de introducir un timón en la desorientada práctica del psicoanálisis de niños. Se llegó incluso a cuestionar su pertinencia al plantearse que, al no existir la neurosis infantil, precipitado estructural de

la infancia, no habría ninguna posibilidad de aplicar el psicoanálisis, pues el niño no sería responsable de sus actos ni de su enunciación.

Con el fin de resolver la necesaria distinción entre un niño y un adulto, las perspectivas evolutivas tradicionales subsumieron la edad cronológica a estratos y etapas de crecimiento desplegados en progresión espontánea. A partir de estos estratos se promovieron técnicas con las cuales abordar las diferencias de cada tiempo de la infancia. Otras posiciones, en cambio, consideraron que el analista ha de sostener el análisis con el niño del mismo modo que lo hace con los adultos, sin diferenciar un final de análisis de otro.

La polémica, centrada en esa oposición, fue tornando improductiva la fertilidad del tema, llegando prácticamente a desplazar una pregunta fundamental para la perspectiva del psicoanálisis: ¿qué es un niño?

El interrogante no es novedoso y fue abordado por múltiples campos del saber, las respuestas fueron diversas a lo largo del tiempo. Para un adulto, un niño es el equivalente de una falta: ningún niño llega al mundo si no le hace falta a alguien. Freud lo escribió con un signo igual en su serie de equivalencias simbólicas (Freud, 1917). También delimitó la importancia del niño en el narcisismo de los padres, el niño es «his majesty the baby» (Freud, 1914). Pero no sólo lo hizo equivaler simbólicamente al objeto que le falta a un adulto, ni a un majestuoso Narciso, además expresó que puede realizar la presencia del objeto del fantasma del adulto. Un niño condensa para quien lo anhela una expectativa que requiere verse satisfecha y que invita al sujeto muy tempranamente a ocupar el lugar de objeto colmante. No sólo respecto de aquello que de él se desea, sino también de cuanto otorga satisfacción en el plano del goce y del amor de los padres. La incertidumbre en ese tiempo preñado de dependencia de los cuidados esenciales de otro, le deja al niño para siempre un profundo sabor de extravío. Un ser humano llega pues al mundo tejido en el entrecruzamiento de esos modos expectantes del adulto que en los huecos de su trama le darán cabida como objeto del deseo, del amor y del goce. Freud lo explicitó en su obra «Pegan

a un niño» (Freud, 1919). Más vale tenerlo en cuenta, porque por eso los padres traen al niño a la consulta, pero también por eso lo sacan. Ello se muestra como anticipo de las vicisitudes del deseo, del amor y del goce de los padres, que se dejan escuchar desde las primeras entrevistas con el psicoanalista.

Un niño llega a existir, en principio, gracias a la significación que guarda para otro en la estructura del ser humano, también para los analistas. Por lo tanto, no es menos importante la pregunta ¿qué es un niño para los psicoanalistas? Su respuesta no resulta banal, pues «dime qué es un niño para ti y te diré cómo lo analizas». Dado que el niño no habla al analista, adulto y neurótico, como un semejante, es notable que esa porción de extraña ajenidad no asimilable a la estructura propia del adulto haya derivado en teorías que hacen del niño un objeto especial. Debido a que tenemos una verdadera estima por aquellos objetos que se muestran aptos para coincidir con nuestros anhelos, toda valuación humana está impedida de eludir el tono subjetivo de quien la haya proclamado. Lo sepamos o no, un objeto especial es siempre especial para alguien.

No siempre conscientes de ello, múltiples especialidades en psicoanálisis se han visto teñidas de cierta subjetividad y, desde esa perspectiva, han abierto la puerta a una clasificación imprecisa. Con ella dejaron desdibujados los límites del objeto atinente a su campo de incumbencia. A mi modo de ver, un modo prudente de neutralizar la tentación del psicoanalista a la hora de relevar lo especial para él mismo en detrimento de lo secundario para sus preferencias, sería explicitar como punto de partida cuál es el objeto de su disciplina, el psicoanálisis, y delinear claramente los alcances de aplicación de su práctica.

El psicoanálisis de niños como especialidad intentó responder a un problema: los niños no eran abordables por la vía habitual destinada a los pacientes adultos, por eso para los pequeños se creó una técnica especial. Pero su aplicación no cesó de engendrar síntomas y revelar inadecuaciones. Es que el psicoanálisis de niños como especialidad tomó por objeto de su disciplina al niño, invitando a una confusión. El objeto del psicoanálisis no es el niño, tampoco el adulto. Entonces, ¿cuál es?

Algunos problemas, como nos enseña la matemática, no hallan solución porque fallan en el planteo inicial, momento fundamental para arribar a una feliz conclusión. Clasificar por edades a los pacientes y aplicarles una técnica según este criterio no resolvió el problema. La clasificación por especialidades responde a la lógica de la colección; en cambio, las especificidades se dejan guiar por la lógica de conjuntos. Para establecer una distinción entre un psicoanálisis de adultos y otro de niños que incluya por supuesto especificidades clínicas, parece preferible definir con seriedad cuál es el objeto del psicoanálisis, desechando una colección que en su afán de especializarse podría invitar a una cuenta incorrecta e infinita. Si delimitamos el objeto del psicoanálisis afirmando que éste no es el niño ni el adulto sino el sujeto, su definición frena la imprecisión a la que invitan las especialidades por diferentes edades. Me parece más riguroso aclarar cuál es nuestro objeto circunscribiendo específicas distinciones temporales a las que luego haré referencia y a partir de las cuales se han de apreciar los alcances y límites de su abordaje.

El objeto del psicoanálisis no es el yo, ni la conducta, ni la personalidad, ni los trastornos clasificados por el DSM-IV. El objeto del psicoanálisis es el sujeto. Por consiguiente, prefiero subrayar que *el psicoanálisis atiende al niño pero apunta al sujeto*. Apunta al sujeto, que no es infantil, ni adolescente, ni adulto. El sujeto al que me refiero, sujeto de la estructura, no tiene edad pero sí tiempos. Al considerar los tiempos del sujeto, enhebrados a la edad cronológica, descomprimos la clasificación tradicional en niños, adolescentes y adultos, sustentada en términos frecuentemente confusos. Ella ha mostrado su insuficiencia en los servicios hospitalarios cuando se intentó agrupar a los sujetos por equipos, y se reveló sintomática al crear especialistas por edades.

Una vez delimitado nuestro objeto, debemos definir qué es el sujeto y cuáles son sus tiempos.

EL OBJETO DEL PSICOANÁLISIS: EL SUJETO

Formalizado por Lacan en distintos momentos de su enseñanza, el sujeto fue extractado diferencialmente del terreno de la conciencia y también apartado del racionalismo cartesiano y del campo yoico. Sujeto del lenguaje, en primera instancia, en la medida en que su ser es un ser tocado por el lenguaje.

A ese sujeto, Lacan lo nombró con un neologismo: *parlêtre*, término que resulta de un apócope entre los verbos franceses «*parler*», hablar, y «*être*», ser. *Parlêtre* nombra en su expresión misma aquello que del ser se pierde en el encuentro con la palabra.

Tal encuentro implicará, para el viviente, consecuencias, de cuyas variantes dependerá la existencia. Jugada entre pérdidas y ganancias, la partida para el ser humano será cuestión de vida o muerte. La vida del sujeto se juega en la existencia y bien sabemos que no es lo mismo vivir que existir.

LA EXISTENCIA DEL SUJETO: ENTRE PÉRDIDAS Y GANANCIAS

La primera gran pérdida que espera a la criatura humana al nacer es una pérdida de goce. Su realización no es menor, pues de ella depende que se nazca. Aunque parezca increíble, es posible vivir sin nacer. Freud circunscribió esa pérdida de goce a la prohibición del incesto y afirmó que tal proscripción era condición para entrar en la cultura y en el proceso de humanización. Avalada también en la comprobación de antropólogos y otros científicos, en la operatividad de esta interdicción se sostienen los fundamentos que regulan el acceso a los demás goces humanos.

La introducción de la prohibición del incesto que realiza otro ser humano, se extiende legislando, determinando reglas y restricciones en el vasto territorio de las llamadas funciones básicas del organismo. Por la entrada en el universo simbólico

que refracta el reino de lo natural enlazándolo a un nuevo orden, el cachorro humano nunca se alimentará de cualquier cosa y de cualquier manera; aprenderá el uso de instrumentos para maniobrar su comida y restringirá sus elecciones a aquello que le ofrezca la cultura de su tiempo. No ingerirá carne humana, no utilizará sus manos para comer sino cubiertos, y soportará postergar sus apetitos cada vez que el lazo social así se lo requiera. La misma regulación se extenderá a los goces excrementicios, urinarios, a los sexuales genitales, a los visuales escópicos y a los auditivos invocantes. No expulsamos nuestras secreciones en cualquier momento ni lugar, nos vestimos acorde a la situación, de gala para el baile, de *sport* para el deporte, de ciudad para la vida urbana. Mantenemos bajo el velo de la intimidad el goce de los cuerpos desnudos, callamos cuando deseamos escuchar y así sucesivamente. Sin duda, también se vuelven notables las situaciones en que falla la pérdida de goce, pues revela excesos diversos en la vida cotidiana.

Pero esa pérdida, requerida desde el inicio, no es la única. Enlazada a lo anterior, otra pérdida, consecutiva al nacimiento, será la pérdida del objeto buscado como natural para satisfacer la necesidad. En el reino de los animales, la búsqueda del objeto está gobernada por el *Instinkt* —«instinto»—, escribió Freud, para distinguirlo de *Trieb*, «pulsión». Con la pérdida del instinto, se pierde también la guía en la búsqueda del objeto. Ninguna vaca sufre de trastornos alimentarios, ni come otra cosa que el pasto necesario para sobrevivir. No la aqueja una falta de orientación vocacional pues su destino de vaca está trazado inexorablemente en el mapa instintual.

Recuerdo a una nena que, mirando pastar a un caballo, vio despertar su interés por lo que suponía el goce del animal con tal ingesta. Preguntó entonces a la persona mayor que la acompañaba si podía comer pasto. La mujer le respondió que no, que ella era una nena y las nenas no comían pasto, que pasto comían los caballos. A lo cual, ni corta ni perezosa, la pequeña adujo: «Y cuando sea grande y sea caballo, ¿voy a poder comer pasto?». La comicidad se asienta en el campo del equívoco. La hilaridad es generada por la vía de un desplazamiento. La nena

coloca el acento en la oposición «ser nena/ser grande» tal vez idealizando una adultez sin restricciones. Por ende, desconoce que lo que le impide comer pasto es la disyunción entre la condición humana y la animal. Puede creer entonces que llegará a devenir caballo como quien llega a ser adulto y con ello alcanzar el goce anhelado: comer pasto. Por un instante se subvierte el impedimento irreversible que condiciona culturalmente la ingesta de alimentos para el hombre e instintualmente para el animal.

A la pérdida de un goce y del objeto natural se suma otra gran pérdida: el acceso directo a lo real. Con ella, el saber para alcanzar lo real será no todo, estará mediatizado por las leyes del lenguaje. Un ejemplo de tal pérdida lo ofreció el relato que me hizo una analizante embarazada de su segunda hija; la primera, en plena investigación, buscaba saber sobre ese nuevo real que ingresaba a su universo familiar. La nena, de cuatro años, interrogaba a su madre, embarazada de siete meses: «¿Cómo va a nacer mi hermanita?». La madre, sorprendida por lo inesperado de la pregunta en un momento en que estaban hablando de cualquier otra cosa, le respondió tratando de ser clara, didáctica y encontrar palabras que dijeran la verdad acorde a la edad de su pequeña hija: «El médico la va a ayudar a salir de la panza; primero va a salir la cabeza, luego los bracitos y después el resto del cuerpo». La niña pareció quedar satisfecha con la respuesta pues continuó con lo que estaba haciendo sin insistir sobre el tema. A los dos días, estando la familia reunida —el padre, la madre y ella—, inesperadamente prorrumpió en llanto desconsolada. «¿Qué te pasa?», le preguntaron sus padres, desorientados por lo abrupto de la manifestación. Entre mocos y lágrimas, la nena dijo: «¡No quiero que mi hermanita nazca desarmada!». Nos causa risa, pues no todo son pérdidas en el reino humano.

Una primera ganancia, agenciada ante la falta de un goce, es que despierta el deseo. «Con ésta sí, con ésta no», pregona la clásica canción infantil del «Arroz con leche». ¿Qué voy a comer? o ¿qué ropa me pongo hoy?, son las preguntas abiertas ante el menú que por la vía de la palabra anticipa la elección del objeto oral o escópico según el caso. Sólo si el objeto no está predesti-

nado por el instinto puede haber elección de objeto; gracias a perderse, el objeto puede renovarse y una botella atada a un piolín puede ser un perro y decir «guau» en la escena lúdica. A su vez, sin la fijeza de lo Real se abren las alternativas que brinda el juego de lo Simbólico. Combinaciones y sustituciones significantes hacen lugar al equívoco, lo cómico desacraliza lo solemne, el chiste ofrece espacios de goce liberados de la severidad.

Un nene de tres años llamado Joaquín se acercó en la calle a un perro. La aprehensión que provocó en su abuela llevó a que ésta le dijera: «No toques al perro, no te conoce y puede morderte». Habiendo entendido y aceptado la sugerencia de quien lo cuidaba, se acercó al animal y se presentó: «Hola, soy Joaquín».

A nosotros nos hace reír, pero los niños pequeños no saben contar chistes, ni va de suyo elegir el objeto u orientar el deseo. El tránsito que va desde el inicio de la infancia hasta el momento de concluir en el precipitado fantasmático infantil, requiere tiempos y determinadas operaciones para orientar el deseo en la realización del acto. El *parlêtre* produce su dimensión de incompletud en tiempos, tiempos de reanudamiento de la falta necesaria para la orientación del deseo. Cada uno de esos tiempos requiere una pérdida renovada y una redistribución de goce orientado, enlazado al deseo.

Hemos dicho que el sujeto no tiene edad pero sí tiempos, tiempos de lo Real, de reorientación de los goces; tiempos de lo Imaginario, que se realizan en cambios de escena, y tiempos de lo Simbólico, en los cuales se recrean los juegos de la palabra. En cada uno de ellos se podrán apreciar distinciones que atañen a los tiempos del sujeto del inconsciente, tiempos del sujeto de la pulsión y tiempos del sujeto del fantasma. Pero tales tiempos, que luego detallaremos, no se producen evolutivamente ni por generación espontánea. Con el lenguaje se interrumpen goces, pero también con el lenguaje se introducen goces que no se interrumpen: los goces pulsionales, cuya gramática se nutre con palabras. En la recreación o detención de los tiempos del sujeto interviene el Otro Real, que no siempre coincide con los padres biológicos. Por eso vale el esfuerzo de Jacques Lacan de darle a su incidencia en la estructura del su-

jeto un estatuto lógico y reinterrogar su lugar en el psicoanálisis de un niño.

Aceptar que *el psicoanálisis atiende al niño pero apunta al sujeto* y que tal sujeto no tiene edad sino tiempos, invita a reinterrogar las intervenciones del analista (Vegh, 1997) en función ya no de especialidades por edades, sino atendiendo a especificidades del acto analítico según los tiempos del sujeto.

Asimismo pone en evidencia que juegos, juguetes, dibujos y también el lugar de los padres no pueden ser reducidos a meros recursos técnicos para sustentar una práctica especializada en el tema sino que responden a cuestiones de estructura. Para decidir las intervenciones del analista en el análisis de un niño, resulta ineludible considerar, por la vía de un rodeo aparente, a qué nos referimos cuando decimos que nuestro sujeto es el sujeto de la estructura R.S.L., según lo formalizó Jacques Lacan en los últimos años de su seminario.

EL SUJETO DE LA ESTRUCTURA: YA D' L'UN (HAY UNO)

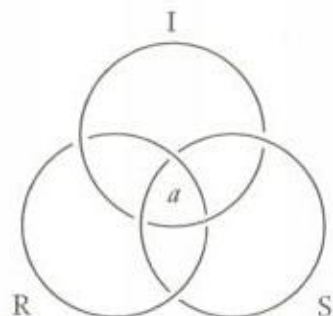
La formulación del sujeto de la estructura fue alcanzada por Lacan al final de su enseñanza. El interés por formalizar los tres registros, Real, Simbólico e Imaginario, no se produjo simultáneamente. En los inicios, se abocó con insistencia a acentuar la vertiente de lo Simbólico en la estructura del ser humano y se empeñó en reubicar el lugar de lo Imaginario demostrando el desvío al que fue llevado el psicoanálisis cada vez que colocó la verdad del sujeto en el plano yoico. Con el afán de diferenciar el lugar del sujeto respecto del anclaje yoico, en un comienzo definió al sujeto como lo que un significante representa para otro significante.

Más tarde Lacan fue enlazando, a los dos primeros, el registro de lo Real. Por ese derrotero, poco a poco, su preocupación «por pasarnos un pedazo de real» (Lacan, Seminario XXII) fue aumentando, generando, en paralelo, la búsqueda de nuevas escrituras para acercarse más y más a ese real que, como afirmó,

no cesa de no escribirse. Apeló por esa razón a sus matemáticas y a la lógica, para acercarse a lo Real que no puede cubrirse ni con lo Simbólico ni con lo Imaginario.

De esa manera, en los últimos años de sus seminarios, con la presentación del nudo y lo que con él se muestra, llegó a afirmar que la estructura es el sujeto, sujeto de la estructura tripartita R.S.I., que es Uno.

Lo escribió con el nudo borromeo, calzando, en el entrecruzamiento de los tres, al objeto y confesando que con esa escritura se jugaba, en el marco de su teorización, un invento: el objeto *a*.



Presentados los tres de un modo simultáneo, es sin embargo conveniente considerar mínimamente las leyes de su anudamiento, pues el nudo es útil para abordar las intervenciones del analista, en plural: intervenciones en lo Real, en lo Simbólico y en lo Imaginario.

Este nudo de tres cuerdas se denomina borromeo. La ley para su enhebrado es muy sencilla; parece difícil porque genera resistencias, al romper nuestra intuición imaginaria. Su armado reclama el respeto de una cláusula prescriptiva y una restrictiva. Cada una de ellas dice lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer en el armado. Lo que *no se puede hacer* con estos tres anillos o cuerdas es anudarlos de manera tal que se interpenetren. Lo que *sí se debe hacer* es que deben anudarse pasando por arriba del que está arriba y por debajo del que está abajo. Por convención, la cuerda escrita con línea llena es la

que va por arriba, y la que está escrita cortada es la que va por abajo. Entonces, escribo lo Real, luego lo Imaginario cubriendo parcialmente lo Real y finalmente lo Simbólico, por arriba del que está arriba y por abajo del que está abajo. Presentarlos de ese modo conlleva una ganancia: si se corta uno de los tres anillos, se desarma la estructura, también se separan los otros dos anillos.

La estructura del sujeto escrita con el nudo acarrea una consecuencia beneficiosa: la consideración del sujeto no sólo como sujeto estructurado por lo Simbólico, o sólo como sujeto de lo Real o de lo Imaginario, sino como la estructura misma R.S.I. Pero su ganancia no es sólo esa. A su vez cada uno de los registros encuentra un límite en los otros dos. Lo Real encuentra un límite en lo Imaginario y en lo Simbólico; lo Imaginario un límite en lo Real y en lo Simbólico; lo Simbólico un límite en lo Imaginario y lo Real.

Estos tres registros, Real, Simbólico e Imaginario, hacen uno, pero que hagan uno no quiere decir que estén quietitos y estables como agua de estanque. Lacan escribió en el nudo orientaciones, también desorientaciones y reorientaciones.

Finalmente, en el entrecruzamiento de Real, Simbólico e Imaginario, Lacan escribe la letra *a*, localizando en ese lugar al objeto *a*.

A propósito del objeto *a*, y para seguir el hilo de mi propuesta respecto de la variable temporal, es preciso recordar que para Lacan el objeto *a* escribe una doble función: como falta, será causa del deseo, y como plus de gozar, será objeto de goce. Cuando el objeto falta o está ausente, opera dando causa al deseo; en cambio, cuando está presente, es un plus de gozar que, en caso de mantenerse fijo, obtura, como un tapón, el sitio o hueco necesario para el engendramiento o promoción del movimiento deseante.



Voy a introducir la variante temporal, apoyándome en esta función bivalente. Diré que si el objeto *a* bascula entre la presencia y la ausencia, surge la periodicidad, la alternancia, el ritmo, el objeto «hace juego». Dicho de otro modo «hay recreación». De esa manera, es de apreciar hasta qué punto el movimiento recreativo de la falta requiere necesariamente de una renovada pérdida de goce, condición indispensable para alcanzar una nueva dimensión de goce anudada al deseo.

El tiempo pasa sólo si algo ocurre. Sólo habrá progresión de un tiempo a otro si se engendra una alternancia renovada entre ese tiempo en el cual el objeto falta, y ese otro momento en el que el objeto se hace presente. Su ausencia promueve un anhelo de hallarlo, y su presencia permite alcanzarlo como un plus de gozar. Alejada del espontáneo crecimiento, la naturaleza humana requiere este delicado e imprescindible funcionamiento que llega a comprometer los límites más recónditos de la anatomía corporal, lo que llamamos lo somático.

En una oportunidad, recibí una consulta de un endocrinólogo que me pidió que viera a un jovencito de siete años cuyo crecimiento corporal se había detenido dos años atrás, cuando presenció, paralizado, los golpes brutales que su padre propinó a su madre en un ataque celotípico. Cuando recibí a Mariano con su madre en la sala de espera de mi consultorio, me sorprendió encontrarlo bajo un sillón, encogido, hecho un ovillo, el cuerpo cubierto enteramente con su campera. La madre, que permanecía de pie, me miraba con desconcierto, sin saber qué hacer. Al intentar saludarlo, llamándolo por su nombre, empezó a gritar repetidamente sin salir de su protegida posición: «¡No quiero!, ¡no quiero!». Entendí lo violento que para él resultaba siquiera que le hablara y opté por dirigirme a la madre en su presencia diciéndole cuán importante era que Mariano pudiera decir no, cuando no quería algo. Mariano suspendió su reiterado no, pero sin salir de abajo del sillón hasta el momento de irse. Mucho tiempo después, en el curso de su análisis, me dijo: «Mi papá no me dejó cerrar los ojos». Con palabras, finalmente, había logrado dar marco y oposición al abuso paterno que en otro tiempo decidía e imponía arbitrariamente todo

cuanto Mariano debía hacer, dejándolo paralizado «de cuerpo entero» ante su autoritarismo. Tal como había ocurrido en aquella violenta escena en la que Mariano quedó coagulado. Para entonces, mi pequeño paciente estaba en otro tiempo. Mirada y voz habían recobrado una sincopada alternancia. Para que ello ocurriera, fue necesario cavar, en lo real de la transferencia (Flesler, 2000) la ausencia del objeto, hacerlo presente con suma prudencia y enlazarlo a una garantida veladura imaginaria: no hablarle sino a través de la madre, no obligarlo a desprenderse de la campera protectora con la que cubría los límites imprecisos de su cuerpo, legitimar decididamente su decir que no.

Las vicisitudes del objeto, sus características, los modos en que se evidencian en la escena sus consecuencias, abren un ovillo de cuestiones que recorreré siguiendo el hilo de una pregunta. ¿Qué eficacias muestra la alternancia del objeto para cada uno de los registros en los tiempos de la infancia?

LA ALTERNANCIA DEL OBJETO Y SUS VICISITUDES

Tomemos en primer lugar ese doble funcionamiento del objeto que habíamos anotado a propósito del calce de los tres registros en el nudo borromeo y recordemos, atentos, el hecho constatable de que él puede o no recrearse, puede o no «hacer juego». Al considerar una u otra opción, en cada registro, subrayemos una vez más que cada registro ha de ser pensado anudado a los otros dos. Nos ahorraremos, de esta manera, el riesgo de quedar fijados en uno, y sólo uno, aspecto de la cuestión. Así, cualquier referencia a la eficacia de lo Imaginario, por ejemplo, debe entenderse como lo Imaginario en el marco del nudo. Lo mismo ocurre con lo Simbólico y lo Real.

Aclarado ese punto esencial de nuestra lectura, comencemos pues con lo Imaginario. ¿Cuál sería la eficacia en el sujeto de la estructura Real, Simbólico, Imaginario si el objeto *a* funciona como falta en el registro de lo Imaginario?

Una primera y productiva ganancia se reconoce cuando el niño alcanza la representación. Pues la presentación sustitutiva del objeto sólo será posible si ha sido cedida una porción del objeto real. Alejado de la aprehensión inmediata, será plausible representarlo haciendo, de la representación, una declaración evidente de la ausencia del objeto. La diferencia que opera entre una y otro, reclama indefectiblemente el costo de una pérdida, gracias a la cual, desde las primeras inscripciones que el hombre realizara en las cavernas hasta nuestros días, el ser humano ha podido dibujar. La representación, al cubrir referencialmente la falta real, realza una cobertura de la ausencia del objeto real, lo que supone, asimismo, otras eficacias no menos subrayables. Entre ellas, promueve que surjan algunas creencias necesarias para la vida, en cuya emergencia siempre está operando la ilusión y sin las cuales el descreimiento, o en su lugar la certeza absoluta, podrían invadir, para el sujeto, la percepción entera del mundo.

Cuando tratamos niños, pero no sólo con ellos, se hace notable la alternancia, pero también la fijeza de la representación. ¿Qué notamos en nuestra clínica cuando esa representación opera? Notamos que el niño juega. Él puede jugar a ser. Algo bien diferente de serlo realmente. El goce que acarrea no se reduce a representar activamente tal o cual personaje, sino a poner en juego el valor representacional del juego mismo. Liberado el sujeto de cualquier identidad idéntica a sí misma, se puede identificar con distintos personajes. Una frase se hace típica gracias al anclaje de esta eficacia. El niño, antes de comenzar el juego y jugar a ser un personaje, suele anunciar: «¿Dale que era?». Me resulta sumamente interesante considerar atentamente el tiempo verbal en ese enunciado revelador de una enunciación. El uso del pretérito imperfecto para nombrar el ser acerca una variable temporal abierta a un intervalo entre ser y no ser. Despliega el juego entre el ser y su imagen, confiriendo movimiento a la escena del juego. Así, la escena cobra otra dimensión, logra despliegue dramático, introduce el transcurrir y la secuencia de sucesos.

Si la representación se recrea dialécticamente, también hace recaer una ganancia en lo simbólico. Y aunque sin dicho simbólico, el hombre primitivo jamás hubiera dibujado los an-

tilopes en las cuevas de Altamira, no es menos cierto que el juego incide a su vez en lo simbólico al promover un texto. En su desarrollo, el juego es productor de un texto que va reprimiendo el juego mismo y promoviendo giros de escena.

Recuerdo haber atendido una nena con grandes dificultades para hablar. Su dicción era casi incomprensible. Al no disponer prácticamente de los recursos que otorga la palabra para expresarse, ella gritaba. Al comienzo, jugaba con una enorme caja en la que se metía, tapándose completamente. Entretanto, pronunciaba confusamente con gran dificultad para mi entendimiento: «Vos eras el tiburón y me asustabas». Siguiendo sus indicaciones yo abría la caja y le decía con voz grave y gesto temible: «¡Soy el tiburón!». Ella aparecía, se reía muchísimo, y a continuación proponía otro animal: «Eras...», y así sucesivamente, a repetición.

Pero la repetición no era idéntica. Con ésta se inició una serie en la que iba nombrando diferentes animales, cada vez más ligados a nuestra cotidianidad humana. Fue pasando del tiburón al cocodrilo, para después nombrar el perro. Apareciendo y desapareciendo para volver a aparecer, y jugando a estar muy asustada —que no es lo mismo que estarlo realmente— finalmente comenzó a gritar: «¡Papá, papá!». Se le entendía perfectamente. No sólo lo había logrado la dicción fonética, sino también palabras para hacer un llamado al padre, en ese tiempo de angustia en que lo real pulsional conmovía la cobertura imaginaria del cuerpo.

A su vez, ¿qué ocurre cuando el objeto alterna como falta o tapón en el registro de lo Simbólico? También en él se aprecian efectos que son legibles en el orden significativo, regido por combinaciones y sustituciones en sucesiva y recreada reiteración. Pero sólo si hay juego del objeto en el plano simbólico, habrá luego también juegos de palabras. Si bien el significativo, en tanto tal, nunca es idéntico a la cosa, y su combinatoria lleva la impronta de tal falta, sólo una renovada falta abre lugar a la palabra. Si se acciona un resto faltante en lo simbólico, el niño pequeño, que usa predominantemente para hablar la metonimia, propia de los primeros tiempos de la infancia, dispondrá poco a poco de la metáfora. Con ella, se irá desprendiendo, cada vez

que el juego se recree, la fijeza alienatoria a la palabra del Otro. Se producirán juegos de significantes, sustituciones, expresiones abiertas a un nuevo sentido. Finalmente, su ganancia más notable, indicadora de la estructuración neurótica en la clínica que nos ocupa, será la presencia de síntomas como formaciones sustitutivas. Sesgo manifiesto y revelador de la eficacia metafórica.

Cómo no recordar, al respecto, el comentario de Jacques Lacan a Madame Aubry, publicado en «Dos notas sobre el niño» (Lacan, 1991), indicando la diferencia entre aquellas ocasiones en que el síntoma del niño surge como representante de la verdad de la pareja familiar y esas otras en que se ve llamado a realizar la presencia del objeto en el fantasma materno. Advertimos claramente, en la práctica nuestra de cada día, cuán diversa es la vía que el síntoma abre a las intervenciones del analista, respecto a aquella en la que el niño resta como objeto del fantasma materno, sin «hacer juego» ni lograr un espacio de sustitución.

Hace un tiempo atendí un chico cuyos padres consultaron por «problemas de aprendizaje». En ese momento los padres estaban en medio de una separación. Al mejor estilo de aquella penosa película *La guerra de los Roses*, ellos estaban peleando a muerte, aparentemente por dinero. En tanto, el pequeño en sesión hacía cuentas. ¡Unas cuentas enormes!, impropias de un chico de primer grado. Se hacía evidente que su síntoma no era un «trastorno del aprendizaje», el problema era legible en el síntoma producido: él hacía las cuentas de los grandes. Al señalarlo obtuve como respuesta un dibujo:



El escudo de su equipo de fútbol y a los costados su nombre, Santiago. Lo curioso es cómo lo había escrito. A un lado del escudo, «Santi» (tal como lo llamaba su madre) y, al otro, «ago». «Santiago» partido en dos: había escrito cómo él se encontraba entre sus dos padres.

El ejemplo ilustra con claridad una divisoria de aguas en el abordaje que el psicoanálisis hace del síntoma respecto de todas las otras psicoterapias. Distintas vías se abren para un sujeto si el analista lee la verdad del sujeto que el síntoma porta, ya sea de aprendizaje o cualquier otro, siguiendo la ruta del significante, dando ocasión a un renovado efecto de sentido para el sujeto, o si lo toma como un signo compacto pleno de sentido como hacen las psicoterapias. También es destacable advertir que cuando un niño presenta síntomas a nuestra escucha, ello significa que cuenta con recursos simbólicos. Lo simbólico de la estructura está agujereado y el síntoma es sólo una falla en la eficacia de la falta.

Por último, cuando el objeto falta en lo Real, vuelca su eficacia en la economía de los goces. En primer lugar, la ausencia del objeto introduce una intermitencia del goce, promoviendo y estimulando un pasaje que transita de un goce que se pierde a otro que se alcanza, abriendo la oportunidad de buscar nuevos objetos de goce. Es notable cómo cambian los objetos en el juego al recrearse un goce. De modo contrastante, cuando tal discontinuidad falla, el aburrimiento —signo de un goce continuo y permanente— se hace evidente. Falla la benéfica movilidad que la falta del objeto permite.

Nadia, una adolescente cuyos padres consentían ampliamente todos sus pedidos, recorría cada semana en su tiempo libre las cafeterías y restaurantes del nuevo barrio de moda. Ya había pasado de una confitería a otra y las conocía hasta sentirse harta y aburrida. De modo que terminaba su noche de salida frecuentemente ocasionando algún conflicto con cualquier ser desprevenido que se cruzara en su camino plagado de hastío y continua apatía. Por evitarle frustraciones, sus padres la habían complacido hasta quitarle el deseo; cada capricho satisfecho mermaba aún más su alicaído anhelo hasta dejarle el sabor amargo del

aburrimiento existencial. Los objetos de goce al alcance inmediato de su mano la privaban nada más ni nada menos que de su condición deseante, llevándola a procurarse deseos insatisfechos por una vía sintomática. Una vez localizado el síntoma se abocó a suspender su automático derrotero para abrir una oportunidad en tan desencausada existencia: preguntarse por aquello que le hacía falta en su desorientada vida.

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando el objeto no recrea su lugar de falta y funciona operando como un tapón, como plus de gozar en cada uno de los registros? En lo Imaginario, lo estable se hace fijo y la fijeza será apreciable en el plano de la representación. La identificación con la imagen parece tornarse idéntica al ser. El sujeto se presenta en la escena con su identidad. Su representación no incluye un no representable. Recuerdo una nena fijada en «ser una muñeca». No se trataba de un juego, tampoco de una metáfora. Las consecuencias de la fijeza a la imagen son observables en la clínica, pero no sólo allí, también en la vida; el juego se detiene y puede hacerlo tanto en el tiempo inicial, constitutivo de la primera identificación (Cruglak, 2000), como luego, en cada uno de los tiempos posteriores del sujeto.

También recuerdo otra nena, cuyo lugar fijo en el narcisismo de la madre no «hacía juego» e impedía toda dialéctica en el juego de ser o no ser el falo imaginario de la madre. Esto impedía introducir, en el espacio analítico, una escena lúdica. Si yo jugaba a hablarle a un muñeco, ella me miraba y, con gran seriedad me decía: «Es un juguete». Rompía la escena de representación lúdica y revelaba lo real. Tal fijeza del ser no sólo impedía el juego, la llevaba a denunciar lo real en cada realidad. Por supuesto, esta rigidez no es exclusiva de los niños, puede enclavarse en forma perdurable como dureza narcisística, independiente de la edad cronológica.

Cuando el objeto, como plus de gozar, acciona el tapón del juego simbólico, el significante, en lugar de responder como significante, lo hace como signo. En lugar de representar al sujeto para otro significante, representará algo para alguien, frenando las nuevas significaciones para el sujeto.

La delicadeza de este punto reclama atención por parte de los analistas. Cuando recibimos una consulta, el sujeto que acude presenta su padecimiento o malestar bajo el peso de un signo, siendo tarea de las entrevistas preliminares devolverle dignidad al síntoma (Ulloa, 1995), lo cual es equivalente a restituirle su valencia discursiva. Las clasificaciones del psicoanálisis en especialidades favorecen inevitablemente ese deslizamiento del síntoma al signo.

Una jovencita, que, para el caso, llamaré Paula, llegó compungida a verme. Su aspecto era extremadamente delgado y su mirada se afinaba hasta perderse en un punto bajo del piso de mi consultorio. Desde que su padre había puesto los ojos en sus «jamones», al comienzo de la pubertad, había empezado a adelgazar sin parar, aun cuando las formas femeninas ya se habían desdibujado de su cuerpo. A media voz me dijo: «Soy anoréxica». Luego de una breve pausa, en la que el silencio introdujo un intervalo suficiente para que la joven elevara la mirada, le dije con cara de asombro: «¿Sos anoréxica? Yo pensé que eras Paula». La sonrisa no sólo iluminó su rostro, creo que echó luz también a su subjetividad opacada por el mote sin remedio con el que la habían encuadrado en una famosa institución de Trastornos de la Nutrición. Si alguien consulta diciendo «soy anoréxica» y el analista responde considerándola dentro de una especialidad —«anorexia»—, la clasificación reduce el decir del sujeto objetalizándolo bajo el peso de un sentido universal. Desconoce la singularidad y la encadena al nombre de turno.

Atendía a un chiquito cuyo diagnóstico me había inicialmente preocupado. Él decía que era Superman. No jugaba a ser Superman, él afirmaba que era Superman. En una de las primeras oportunidades que lo vi, cuando él enunciaba «Soy Superman», yo lo miraba sonriendo y le respondía con tono de jocosa incredulidad: «¡Dale!». Pero en ese momento no había resquicio para introducir un cierto juego de la imagen. Pasó el tiempo, él ya estaba en otro momento de su análisis; esto es, en otro tiempo respecto de su lugar como sujeto; sin embargo, en ese entonces se puso a cantar tangos «de memoria». Su memoria no gozaba del beneficio de algún olvido, era

verdaderamente reproductiva. Hablaba literalmente como el padre, era un chico hablando como un adulto, con las palabras de un adulto. Hablaba de sistemas políticos, de cómo resolver la situación del país. Por supuesto, sus dificultades para tener amigos eran enormes, no disfrutaba del juego con chicos. Cantaba, como dije anteriormente, tangos. Aducía que eso a él le gustaba, no los juegos de chicos, y lo hacía perfecto. A la letra y a la melodía no le faltaban una coma ni una nota. Él me cantaba los tangos, y yo le pedía una canción de chicos, pero me respondía que no le gustaban. No había manera de cortar el goce, hasta que en una sesión, mientras cantaba los tangos, le dije: «¡Estoy aburrida!». Me miró sorprendido. Claro, su posición no dejaba de hallar complacencia en los adultos de su casa, en tanto que, por el contrario, sus requerimientos de chico producían violenta irritación a los padres. A pesar de la sorpresa, él insistió: «Te voy a cantar tangos». Pero sorpresivamente, al empezar a cantar los tangos, comenzó a trastabillar, a olvidarse las letras y a ponerse nervioso mientras decía «No puede ser, no puede ser». Su angustia propia del recorte de goce, y todavía sin recursos simbólicos para reanudar el juego, fue creciendo. Fue entonces cuando aproveché la oportunidad para decirle con muestras de alegría: «Pero... ¡qué bueno! ¡Entonces vos no sos un grabador, te olvidás las letras!». La situación le provocó risa y lo llevó a proponer un juego... de chicos.

Por último diré que, cuando está ausente la falta del objeto en lo Real, falla el intervalo, la intermitencia. Se hace presente un goce pulsional ininterrumpido que busca extinguirse, hasta la última gota. Su evidencia mayor es que no hay disponibilidad para otros goces. Por ejemplo, recuerdo una paciente con bulimia que no paraba de comer y comer cada vez que el novio no la llamaba por teléfono. Comía cuanto encontraba, indiscriminadamente, incluso cuando no podía esperar la cocción de los alimentos que así lo requieren, terminaba comiéndoselos crudos. Si bien empezaba por lo comestible, enlazado a la cultura, terminaba comiendo cualquier cosa. El goce oral no encontraba el buen enlace a lo simbólico.

Como se puede apreciar, la recreación del objeto, la presencia y ausencia alternada, introductora del valor temporal de la periodicidad, es del orden de lo necesario. Sin ella queda impedida toda progresión temporal, el sujeto no puede pasar de un tiempo a otro. El transcurrir del tiempo depende de esa eficaz recreación alternada del objeto. Aunque esto es válido para cada instante de la vida, nunca lo es tanto como en los tiempos de la infancia, pues su realización será contingente en la medida en que su dinámica se motoriza o detiene en la relación del niño con sus padres. El trato que se establece con ellos nunca es justo. Dicho de otro modo, los desajustes en la relación sostenida entre padres e hijos nos hacen constatar, pese a los esfuerzos de predicadores y orientadores, una imposible complementariedad, un resto irreductible en la realización de la función parental. Sin embargo, el relativismo no admite una vulgar generalización, no desmiente los matices ni los efectos entre mínimos y máximos desajustes. Desde mi experiencia, advierto que resulta esclarecedor para el analista distinguir que la imposibilidad no es lo mismo que la impotencia. Debido a que la relación no guarda proporción matemática entre padres e hijos, debemos atender a las contingencias que impiden la recreación del objeto necesaria para cada tiempo del sujeto a lo largo de la infancia. No son pocas las ocasiones en que sobreviene la impotencia ante lo imposible de realizar sin resto.

Es que el desfiladero por el que el sujeto se irá efectuando, tiempo a tiempo, se juega en dependencia con el Otro real, aquellos que llamamos los padres. En una delicada dinámica de encuentros y desencuentros entre el niño y sus padres, se engendrará la alternancia del objeto para todas las especies del objeto, alternancia que precisamente promueve los tiempos del sujeto.

A partir de la estructura del sujeto anudado R.S.I., considero que *el tiempo del sujeto*, no el estado del sujeto —el sujeto más que un estado es un tiempo—, *es un tiempo recreativo*. Lo nombro recreativo en sinonimia con el juego porque creo, efectivamente, que el tiempo del sujeto depende de que haya juego, que haya juego como se dice en esa rama de la física que es la

mecánica. Se dice que dos piezas «hacen juego» cuando ellas no están acopladas, no encajan y, por ende, están en movimiento. Si para la mecánica representa una falla que dos piezas hagan juego, para la estructura del sujeto, por el contrario, el acople es la falla. Pues bien, desde esta perspectiva, el tiempo del sujeto será un tiempo recreativo sólo si hay juego, es decir, si no hay acople.

Capítulo 2

Los padres

Lacan hizo un gran esfuerzo a lo largo de su enseñanza para ubicar a los padres del Edipo más allá del mito, en una lógica. Al seguir su derrotero, la perspectiva, que parece inicialmente complejizarse, se despeja finalmente, desmalezando nuestra práctica de prejuiciosas intuiciones. Nos ahorra, por ejemplo, la tentación de creer que los padecimientos de la infancia pueden explicarse con categorías simples, ampliamente utilizadas, tales como decir que un niño ha tenido mucha madre o poco padre. No sólo resulta de ello un planteo ingenuo, sino también errado e insuficiente.

Para salir de esa confusión, me sentí invitada a profundizar esa lógica, cuyo abordaje suma, a la consideración general del lugar de los padres en la estructura, la operación de los padres necesaria para cada tiempo de la infancia. A mi modo de entender, la inclusión de esa lógica dejará su impronta en la práctica clínica del analista, para quien el esfuerzo se verá ampliamente recompensado cada vez que se proponga dirimir tanto el lugar de los padres en los análisis que conduzca como las intervenciones con ellos, a las que luego nos referiremos.

Hagamos pues un rodeo con el fin de abordar el lugar de los padres en el psicoanálisis desde la perspectiva lógica, acentuando su decisiva participación en los tiempos del sujeto.

Para el ser humano, la existencia no se asimila a la vida. Por esa razón un niño puede tener lugar en una familia antes de nacer. Sin embargo, y aunque el alojamiento previo es una condición necesaria para que tal nacimiento se produzca, su importancia no siempre es suficientemente subrayada. Es que ese momento inicial se aleja de toda connotación biológica y se muestra dependiente de una ilusión, inherente al deseo de los padres cuando ellos se proponen tener un hijo. Con ese deseo se engendra y se despierta, en el mejor de los casos, un ansia sostenida de completud. Más tarde, esta expectativa se revelará en el niño, del mismo modo que lo hace el negativo de una fotografía, como un movimiento de empuje que lo llevará, a su vez, a proponerse como aquel que imaginariamente cubre las expectativas provenientes de la falta del Otro.

El hecho de que la existencia de un ser humano se presente tan dependiente de las vicisitudes del deseo de otros seres humanos, y que las consecuencias de sus derroteros sean apreciables y eficaces tanto para las dichas como para los sinsabores futuros, llevó a Freud a ocuparse de indagar las diferencias que alejan nuestro sino de las trazadas por la naturaleza para el reino de los vivientes. Siguiendo esa senda nos abocaremos a interrogar el lugar de los padres en la estructura del sujeto.

EL DESEO DE LOS PADRES

Los padres han tenido un lugar en el psicoanálisis desde el momento en que Freud los ubicara en la etiología misma de las neurosis. Todo su abordaje teórico y cada mojón de su obra le otorgó sitio a la incidencia de los padres en la constitución de la estructura del sujeto. Desde las teorías del trauma, en sus primeros escritos, hasta su conceptualización del fin de la cura en «Análisis terminable e interminable» (Freud, 1905a), pasando

por los pilares de la sexualidad (1905b), al considerar las rutas pulsionales (1915), cuando se introdujo en los problemas del narcisismo (1914), al desplegar la operatoria inconsciente con su eje en la represión y la repetición que conlleva, cuando desarrolló el tema de la constitución fantasmática y la vía de formación de los síntomas, en todas y en cada una de estas vicisitudes, Freud articuló el lugar de los padres. También en los análisis que condujo, les reservó un sitio en el referente edípico articulado a la escena fantasmática sobre la que hizo pivotar los ejes de la transferencia.

Lacan, al retomar las coordenadas freudianas, recolocó por la vía de la escritura tanto el sitio real que les corresponde en la producción de la estructura como la importancia que para un sujeto reviste el hecho de haber sido deseado por los padres. Pero ¿qué significa haber sido deseado por los padres?

¿A qué llamamos «deseo de los padres»? El deseo de los padres, ¿debe apreciarse sólo en la vertiente del deseo por el hijo o también ha de atenderse a cómo el deseo por un hijo se relaciona con el deseo de los padres entre ellos, como hombre y mujer, y con el deseo, anudado al amor y al goce, de los padres?

En todo caso, a mi modo de ver, si no se reduce el lugar de los padres al imaginario edípico, se abre una nueva perspectiva para interrogar su presencia en la estructura. Centrada en la lógica que en ella cumple la función del deseo es dable comprobar su eficacia en una operación esencialmente humana, necesaria pero al mismo tiempo contingente: la transmisión del deseo de padres a hijos. Este perfil no sólo releva a los padres del destino que la biología les otorga, sino que los coloca bajo la égida de otro punto de vista, el de una ley no natural, no regulada por el instinto sino, en todo caso, por la castración, condición de la economía deseante. Dicho de otro modo, desear no es lo mismo que querer. Aún más, visto desde la transmisión del deseo, surge para la expresión «deseo de los padres» dos sentidos: deseo de los padres dirigido a un hijo, pero también deseo de los padres entre ellos, como hombre y mujer.

Ambas dimensiones guardan, a mi entender, relevancia para un analista de niños. En rigor de verdad, considero que no es

posible desatender en nuestra clínica el modo en que inevitablemente uno y otro sentido se entreveran. En primer término, por la eficacia del deseo de los padres por el hijo se dará inicio a una operación cuyas variantes difieren del lado de la madre y del lado del padre.

LA ANTICIPACIÓN DE LA MADRE

En la madre, el deseo de un hijo no ha surgido sólo a raíz de una falta promovedora del anhelo de tenerlo, sino también de una ilusión de obtenerlo. El falo que la sustenta, como articulador significativo, incentivará en ella, desde ella, una operación que resultará fundante: *la operación de anticipación* del sujeto por venir.

Será la madre quien anticipará la existencia del sujeto¹ cuando él no es siquiera un viviente. Gracias a esa anticipación también se representará al bebé antes que realmente esté conformado, le podrá donar en su imaginación un cuerpo separado del propio cuerpo: comprar escarpines anticipando abrigo para sus pies y hablarle sin esperar que le responda. En definitiva, ella anticipará para él un lugar anudado, preexistente y necesario para el hecho mismo de engendrarlo. Tal operación de anticipación impulsará el recubrimiento narcisista de su cuerpo y la llevará también a buscarle un nombre.

La función de esa operación de anticipación materna, esencial para el sostén narcisístico, y todas sus consecuencias, es un tiempo que para el sujeto se dialectizará en una bivalencia: ser o no ser el falo.

El falo imaginario, un franco operador introducido por la madre, concita un atractivo esencial para la economía del deseo materno, contrayendo a su vez para el sujeto un comprometido desafío. El niño intentará denodadamente convertirse en su equivalente y colmar las expectativas propuestas para ser cuidado y atendido en sus necesidades básicas.

1. Me estimuló a otorgar precisión a este concepto la lectura del libro de Héctor Yankelevich, *Ensayos sobre autismo y psicosis* (1998).

Con aguda observación y fineza científica, Freud relevó ese momento fundante para el cachorro humano que sólo entra al mundo con la baraja de una equivalencia simbólica significativa para otro ser humano, la madre.

A su vez, fue Lacan quien haciendo pie en ese surco desmalezó el enmarañado camino que siguió el término *falo* en la historia del psicoanálisis. Lo hizo guiado por la premura clínica que requería establecer una esencial diferencia entre el falo como significante, naípe elemental para poner en juego una lógica de incompletud en la delicada dinámica de la relación madre-hijo, y el falo imaginario como tiempo de cobertura y velo de esa primera falta que causó para la madre el deseo de tener un hijo.

Cuando Freud escribió su conocido texto (1917) realzando la importancia crucial de la equivalencia pene = niño en el deseo materno, también subrayó el valor inicial que tal ecuación guardaba para lanzar una serie en la que heces, regalo, dinero y objetos varios podrían adquirir a partir de ella un valor equivalente al falo. Si se trata de una equivalencia, ¿es lo mismo escribir el signo igual que decir que es equivalente? Freud colocó el signo igual, pero, en lógica matemática, *igual* no es lo mismo que *idéntico*. Si anotamos $a = a$, el principio de identidad revela su diferencia. La primera «a» no es idéntica a la segunda. Por lo tanto, prefiero leer la equivalencia de la siguiente manera:

El niño «es igual» y «no es igual» al falo.

Lo anoto así:

$$\text{falo} = \wedge \neq \text{niño}$$

¿Cómo entenderlo? ¿Qué importancia reviste la distinción que propongo?

La igualdad vale y queda bien graficada en lo Imaginario. Si es igual, podrá fundarse la creencia necesaria, la ilusión imprescindible para amarlo y cuidarlo. Pero en lo Simbólico surge lo diferente. Lo Simbólico introduce lo distintivo de la serie, la

sucesión, la sustitución. A modo de ejemplo, cuando elegimos representantes a través del voto ocurre algo similar. Creemos, en un primer tiempo, que van a representarnos absolutamente, y por eso los elegimos. Luego se descubre lo no idéntico entre la representación y lo representado, el malestar indica el tiempo de develamiento. Se trata de dos tiempos, uno resalta la cobertura y crea la ilusión, el otro descubre el engaño.

Respecto al nacimiento de un hijo, el idilio es un tiempo necesario para que haya representación, sólo que la representación tanto imaginaria como simbólica contiene un carozo real, trozo no representable. No está de más recalcar que sin esa ilusión, el niño podría ser descuidado y hasta abandonado. No entraría jamás en la economía libidinal del Otro materno.

A su vez, si el deseo de la madre, como función, realiza anticipadamente el sostén narcisístico, ¿qué le corresponde al deseo del padre? El deseo del padre será promotor de una *operación nominante* que efectiviza un enlace (Lacan, Seminario XXII). Pero ¿cómo entender ese enlace efectuado por la nominación? La operación nominante, como tal, no se constriñe al orden significante. Se trata de mucho más que eso, la nominación enlaza lo real, hace enlace. Nominando enlaza² ese real que un hijo presenta, dándole cabida.

El lugar del padre, por su complejidad, merece una aclaración.

LA NOMINACIÓN DEL PADRE

¿Qué es un padre? A lo largo de la historia nunca fue sencillo definirlo. Pero la pregunta ha sido recogida por diversas disciplinas. En psicoanálisis, el concepto ingresó como preocupación en la teoría de Freud, pero fue encontrando un sitio relevante en la enseñanza de Lacan en la medida en que este último

2. Isidoro Vegh se ocupa de los enlaces y desenlaces en el capítulo 3 de su libro *Hacia una clínica de lo Real* (1998).

intentó darle otro estatuto al complejo de Edipo. Su propuesta hizo un pasaje del mito a la lógica, expresada en los cuantificadores de la sexualidad, hasta llegar a delimitar una especificidad nombrada como función nominante del padre. Cabe pensar que con ello se propuso reafirmar no sólo el lugar nombrante del padre, es decir, el nombre dado por él al hijo, sino también el nombre que hace de él mismo padre, esto es, el nombre que le es dado al padre. Un sujeto es padre por ser nombrado como tal. Su lugar se hace dependiente del nombre.

La escritura «Nombre-del-Padre», con guiones y mayúscula, que Lacan propone para conceptualizar la función, apunta a presentarlo sin dar preeminencia al nombre por sobre el padre o viceversa, al padre por sobre el nombre. De ese modo, resalta la unidad de los términos, como si los tres fueran un solo nombre. El conjunto refuerza de tal forma la unidad entre Nombre y Padre que asemeja a un nombre propio. De ello resulta que es el nombre lo que le es propio al padre como nombre, como nombrado y como nombrante. Al decir «tú eres mi hijo», no sólo nombra hijo al niño que ha tenido con su mujer, también hace que su deseo pierda anonimato. Introduce con ello al niño en la filiación y, de esta manera, direcciona la prohibición del incesto que siempre es con la madre para ambos, para la nena y para el varón.

Tal como lo indica el clásico griego, para evitar la tragedia inherente al goce incestuoso, es imprescindible que el niño sepa gracias a la nominación del padre quién es la madre sobre la que recae la prohibición del incesto.

Se puede entender hasta qué punto la función nominante del padre introduce, junto al enlace, una restricción del goce a la estructura que lo incluye, tanto en el vector madre-hijo como en el goce que al mismo padre lo habita. La nominación, de este modo, vectoriza la prohibición y limita el goce en varios sentidos. Al hijo, al indicarle que hay una mujer con la que no alcanzará satisfacción. A la madre, al desearla como mujer, y hacerla no-toda madre, y a sí mismo, a su vez, al recordar que su lugar de padre es deudor de un nombre. Pero su función necesaria, no reductible al significante, hace que su eficacia, entramada en

complejas variables, reclame condiciones. Su palabra, en principio, no alcanza el nivel nominante salvo que presente un valor performativo (Austin, 1971). Y sin ella no se acredita el respeto y el amor al padre.

Pues no va de suyo que un padre sea respetado. ¿Cuándo un padre merece respeto y amor? Lacan dice que esto ocurre cuando él hace «de una mujer objeto *a* minúscula que causa su deseo» (Seminario XXII, clase del 21 de enero de 1975).³

¿Cómo debe entenderse esta proposición? Sólo como deseante el padre ofrece, en acto, la transmisión de su condición. Dicho de otro modo, sólo el deseante confiesa de hecho una falta, sin falta no hay deseo. De manera que, cuando así lo hace, el padre dona su castración. Desde esa posición está verdaderamente autorizado a ejercer su función nominante. Así, su hacer de una mujer causa de su deseo, alude a la suspensión de un goce. No hay deseo que no surja de una pérdida de goce. Sólo con ello logra ofertar la transmisión del deseo y está en condiciones de crear un velo que despierte el ansia de saber.

La complejidad no concluye ahí: su función, a pesar de ser necesaria, es de realización contingente y, aun realizándose, es imposible de realizar sin resto. La falla que recae sobre la función del padre llevó a Lacan a afinar la lógica del término a lo largo de los años; puede recorrerse esta preocupación, de punta a punta, en sus seminarios y escritos. De la formulación de la metáfora paterna, en sus primeros textos sobre la psicosis, pasando por la proposición de los nombres del padre, con su acento colocado en los tres registros, Real, Simbólico e Imaginario, hasta llegar, al final de su enseñanza, al concepto de los nombres del padre anudados. El plural, que introduce la serie de tres, no sólo gana especificidad para determinar lo que le cabe a la operación nominante en cada una de las tres cuerdas, también agrega variables según los enlaces y desenlaces en los que se manifiesta el anudamiento de ellos.

3. «Un père n'a droit au respect, sinon à l'amour, que si ledit, ledit amour, ledit respect est -vous n'allez pas en croire vos oreilles - "père-versement" orienté, c'est-à-dire fait d'une femme objet petit a qui cause son désir.»

Además, los nombres del padre anudados añaden una consecuencia realmente interesante a la ley de la dirección de la cura, tanto para los niños como para cualquier otro tiempo del sujeto. Me refiero a la porción de real, que no es ni puede ser abarcada por la operación de nominación.

Pues la nominación, ¿enlaza todo lo real? De ninguna manera. Hay un real que no ha de ser abordado completamente ni por lo Simbólico ni por lo Imaginario. En el nudo queda escrito como real de lo Real, real al cuadrado; y no es casual, ni tema menor, que allí Lacan escriba «VIDA» (Lacan, 1980).

La vida mantiene permanentemente un grano de real que sorprende al sujeto, traspasando la representación imaginaria que pudiera haber alcanzado o la simbolización significativa. Por eso el plural de los nombres del padre, además, me hace pensar que padre genitor hay uno y sólo uno, pero suplencias del padre hay tantas como el sujeto necesite y esté dispuesto a adoptar.

De ese modo también se aleja la propuesta del fin del análisis del idealismo nominante que se podría esperar de él. Ir más allá del padre no impide servirse de los nombres del padre (Vegh, 2005).

Si consideramos, pues, las coordenadas entre aquello que es necesario, lo que resulta contingente y lo que resta como imposible, nos encontraremos en planos sucesivos de complejidad con una incidencia diferencial en la estructuración de un niño.

El curso de los primeros años depende radicalmente de esta operación de anticipación y nominación necesaria para que exista el sujeto como efecto de su eficacia. La indefensión primera reclama de parte de los padres la reiteración de la anticipación y la nominación en cada tiempo del sujeto en la infancia, desde antes de nacer hasta arribar a la conformación definitiva en la metamorfosis de la pubertad. Los tiempos están encadenados, de alguna manera, al orden de un juego que debe recomenzar.

Y si su tejido es tan delicado, es porque su derrotero incluye vicisitudes y variantes del error. Implica tiempos y contratiempos; también entretiempos (Meghdessian de Nanclares, 2001, pág. 125). Puede o no realizarse, también realizarse o no a tiempo, o hacer de lo imposible, impotencia. Sin duda, su renovación

se hará necesaria en cada momento de la vida en el que se vuelve a hacer presente, con fuerza inusitada, la condición prematura en la existencia del sujeto. Así ocurre especialmente en los tiempos, resaltados por Freud, del primero y segundo despertar cuando lo real sexual eclosiona la imagen habida del cuerpo propio, mostrando la premura con que el sujeto busca reencontrar una trama simbólica para sostener la existencia. Por eso se presentan tantas urgencias en ambos momentos. Los tiempos de la infancia no transcurren mansamente y algunos fines sólo se alcanzan si se sostienen ciertos principios. Para cada tiempo del sujeto ha de reiterarse la anticipación y la nominación de los padres. También la pubertad, tal como señala Freud, revela ser un tiempo de profunda metamorfosis, de cuyo precipitado resultará la elección de objeto. Esto implica la búsqueda del objeto de deseo, goce y amor no siempre orientada al cuerpo de otro ser humano como *partenaire*. Pues la reorientación que va desde el cuerpo de la madre al cuerpo propio y luego, y sólo luego, al del *partenaire*, no se orienta instintualmente.

Los vericuetos del recorrido se diagraman en un laberinto que incluye también sin-salidas. Los tramos que el sujeto deberá andar pueden hacerse con pies de plomo, tomar alas y vuelo, caminar paso a paso, o empantanarse en arenas movedizas hasta ahogarse en el trago amargo de alguna tragedia.

TRES VERSIONES DE LA IMPOTENCIA DEL PADRE

Es cierto que la estructura del ser humano encuentra base para su fundamento en esa lógica de incompletud que mencionamos anteriormente resaltando su valía; no es un dato menor ni de ganancia segura, pues es el Otro quien promueve su dinámica al ofertar su falta. Pero cada tiempo del sujeto reclama, a su vez, una operación de escritura propia del sujeto. La llamé operación escritural (Flesler, 1994), tomando la expresión que se utiliza al adquirir un inmueble. En ella, el sujeto ha de concretar la operación de escriturar la falta.

Sólo cuando escrituramos una propiedad podemos tomar posesión del bien como propio. Sin ese acto no concluye la compra realizada anteriormente y mantenida en reserva. Del mismo modo, para alcanzar a promover cada uno de los tiempos del sujeto es necesario que ambas partes, los padres y el niño, cumplan su cometido.

Aun reconociendo que la incorporación de lo Real como operación fundante de la estructura humana es harto precoz para el *parlêtre*, las vicisitudes seguidas por la redistribución del goce en cada uno de los tiempos de la infancia parecen a su vez definitorias tanto de las modalidades con que el sujeto orientará su deseo en el mundo como de las fijaciones futuras en que se estancarán sus goces.

En *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud acentúa una ganancia específica del sujeto al concluir la adolescencia: el «desasimiento de la autoridad parental» como momento de desprendimiento, de cambio de posición del sujeto en su relación al Otro. Lacan, a su vez, recalca en *Le Sinthome* una condición para el tiempo de fin del análisis: si del padre se puede prescindir, es porque es posible servirse de él. En ambos planteos se trata de un lugar al que el sujeto ha de arribar: desasirse de una determinada posición relativa a los padres de la infancia, o bien prescindir de otra posición atinente a la cuestión del padre. Pero, si admitimos que no es una posición de inicio: ¿qué le permitirá al sujeto alcanzarla?, ¿qué condiciones han de cumplirse para tornarla posible?

Según mi parecer, el tiempo posterior de escriturar la inexistencia del Otro sobre la que Lacan insiste al colocar el *matema X* es solidario de un tiempo anterior y necesario de consistencia del Otro donde se pone de relieve el valor de la cubierta imaginaria en la eficacia de la operación escritural.

Los límites no infrecuentes que se presentan en los análisis de adultos, análisis que no siempre arriban a su fin, permiten colegir y delimitar una estrecha relación entre los obstáculos con que se encuentra el sujeto tanto para localizar lo imposible como para escriturar la inexistencia del Otro en algún momento de la vida, y aquellos tiempos de la infancia en que el sujeto no ha encontrado la consistencia necesaria del Otro.

Avanzando un paso más: ¿cómo definir esta consistencia?

Para alcanzar a dilucidar el término «consistencia del Otro» es necesario situar previamente algunos ejes orientadores.

Al considerar en su enseñanza la función del Otro, Lacan suele utilizar la escritura de la A mayúscula para ubicar el lugar primordial que ocupa el campo del lenguaje en la efectuación del sujeto. Ella acentúa la vertiente simbólica y real de su incidencia en el matema de la A barrada (X). Pero esta letra, si bien da lugar a los padres en la conformación de la estructura del sujeto relevándolos del cerco reduccionista que los constriñe al imaginario edípico e impide definir su lugar por la operación que les concierne, no alcanza a subrayar ni la necesaria articulación entre el lugar del Otro y esos otros que los padres son, ni lo específico de su función para cada tiempo de la infancia. Pues la precoz incorporación de elementos conformadores de la estructura del sujeto no abrocha su precipitado estructural definitorio sino en tiempos. Tiempos del sujeto que dependen cada uno de ellos de una operación renovada de extracción de goce fuera del cuerpo del niño. De ese modo, lo apartan de su lugar de objeto y promueven los tiempos instituyentes del sujeto, resultando de esa operación los anticipos del precipitado estructural posterior.

Cuando contingentemente se produce en la infancia un fallecimiento anticipado del Otro, ello puede dejar estragos en el sujeto de la estructura, en la medida en que su existencia depende del buen anudamiento, de la consistencia de cada registro. Así, cada tiempo de distribución del goce pondrá a prueba nuevamente la propiedad borromea del nudo al constatar si el objeto que orienta el deseo del sujeto recrea o no su alternancia de presencia y ausencia. Sólo si el Otro donó su castración en los tiempos de la infancia, la anticipó en cuotas, lo imposible que no cesa de no escribirse no se tornará lo irrealizable salvo que lo gane la impotencia.

Tres son los historiales freudianos en los que son los padres quienes realizan la consulta:⁴ no son las madres sino predomi-

4. Cf. «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (1909); «Sobre la

nantemente ellos, el padre de Juanito, el de Dora y el de la joven homosexual, quienes llevan a Freud la causa de su malestar. Ellos permiten situar, en la diversidad de respuestas que cada padre da ante el desajuste que se presenta en sus hijos, tres versiones de la impotencia del padre.

El padre teórico

Los primeros años de vida del pequeño Hans transcurrieron como un dulce sueño. Pero en el tiempo del primer despertar sexual Juanito se ve confrontado con angustia al binarismo que le presenta el significante entre ser o tener el falo. Ante la caída de las vestimentas fállicas que cubrían su lugar para el Otro materno, él encuentra allí la angustia con que el sexo real despierta y conmociona la representación imaginaria del cuerpo habida hasta entonces.

En la fobia que restringe pero también delimita el espacio del sujeto, Juanito halla una puerta de salida. Deberá producirse sin embargo el encuentro con las chanzas⁵ del profesor Freud, que le transmiten un saber entramador de la falta, para evidenciar la primera mejoría: Juanito logra permanecer ante la puerta de calle, cuando antes trotaba hacia adentro de su casa con terror.

Juanito será neurótico, sujeto dividido en su sujeción al lenguaje, pero su destino de elección sexual quedará sellado por ese tiempo del primer despertar sexual, donde el cheque extendido por el padre tenía sus fondos restringidos.

El padre de Juanito es el padre teórico, imaginariza su lugar simbólico, su palabra se desliza metonímicamente en enunciados sin que precipite la significación fálica que legislaría un lugar

psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina» (1920); «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (1905c).

5. En mi texto titulado *El cuerpo en psicoanálisis de niños* puntualicé los efectos del encuentro entre Freud y Juanito, así como la modalidad escogida por Freud para su intervención con el niño (*Cuadernos Sigmund Freud 18, El Cuerpo en Psicoanálisis*, 1996).

para el niño como poseedor del falo. Para hacer a una mujer objeto de su deseo, el padre de Juanito, erigiéndose en transmisor de la ley, debió haber suspendido su propio goce de hijo, pudiendo así regular un goce legítimo para su hijo más allá de la madre.

El padre, alumno de Freud —como lo recuerda Lacan—, conocía la teoría psicoanalítica, y con ese saber educaba a su hijo «sin amedrantamiento, con el mayor respeto y la menor compulsión posibles» (Freud, 1909). Tomando ese saber, él «pregunta demasiado y explora siguiendo sus propios designios, en vez de dejar exteriorizarse al niño mismo». Dado que dice al inicio del historial que «no nos resulta agradable que desde ahora empiece a plantear enigmas», no resulta llamativo que quedara un resto no solucionado. Es que, refiere el mismo padre, «Hans se devana los sesos para averiguar qué tiene que ver el padre con el hijo, puesto que es la madre quien lo trae al mundo. Se lo puede inferir de preguntas como “¿no es verdad que también soy *tuyo*?”». (Que quiere decir no sólo de la madre.) No tiene en claro la razón por la cual me pertenece. En cambio, no poseo ninguna prueba directa de que él, como usted opina, haya podido espiar un coito entre los padres». Juanito se enreda atisbando las contradicciones del padre. Porque si «un papi no se consigue ningún hijo, ¿cómo es la historia entonces de que a mí me gustaría ser el papi?». «Todo termina bien —dice Freud—. El pequeño Edipo ha hallado una solución más feliz que la prescrita por el destino. En lugar de eliminar a su padre, le concede la misma dicha que ansía para sí; lo designa abuelo, y también a él lo casa con su propia madre.» Sólo que esta solución deja a cada uno con su propia madre colándose en paridad por «debajo de las cuerdas», dejando al niño con el asombro de que el espacio delimitante de los goces permitidos y los prohibidos esté dividido sólo por leyes simbólicas; sin adquirir ese saber no podía entender que «un recinto se cerrara sólo con una cuerda por debajo de la cual uno puede deslizarse fácilmente».

El padre colérico

Otra versión de la impotencia del padre es la del padre colérico. La podemos ubicar en el historial de una muchacha nombrada, no casualmente, sin otro nombre que «la joven homosexual».

A diferencia del padre de Juanito que sobrevaloraba el psicoanálisis y había aceptado educar al hijo según sus principios teóricos, el padre de la joven lo menospreciaba. Sin embargo, la gran difusión que éste contaba en Viena lo condujo a pedir auxilio cuando las severas medidas disciplinarias hogareñas que había implementado se mostraron ineficaces para dominar la inclinación que sentía la hija por cortejar a una mujer mayor.

Freud, que lo describe como un hombre serio, respetable y de fondo tierno, descubre con agudeza e intuición la posición del padre. Distanciado de sus hijos por su impostado rigor, su mirada quedaba condensada en la actitud con su propia mujer, con quien tenía «demasiados miramientos». En su mirada, por ende, no había cabida para una hija mujer.

La joven, que por entonces contaba dieciocho años, provocaba el disgusto de sus padres por la ternura con que perseguía a una dama mayor. Esta inclinación hacia personas del sexo femenino ya «había despertado el enojo y el rigor del padre» (Freud, 1920a).

La «mirada colérica» que le dirigió en la calle al hallarse en compañía de aquella dama había sido precedida por la «exasperación total» que le despertaban las inclinaciones homosexuales de su hija. Pero no sólo el padre respondió con amenazas, también con «diversas concepciones, todas igualmente penosas: si debía ver en ella un ser vicioso, degenerado o enfermo mental». Estos argumentos poco amorosos tal vez se debieran a que «su comportamiento hacia la única hija estuvo movido en demasía por miramientos hacia su mujer, la madre de ella».

La niña, que se había visto restada de la mirada, encuentra en el segundo tiempo del despertar pulsional la intolerancia paterna. La cólera aparece como respuesta impotente del padre ante el llamado que lo real sexual produce. El padre responde

sin acallar su goce desde lo real, mostrando específicamente la ineffectividad de la operación paterna a la hora de realizar su nominación de una hija mujer.

La caída de la niña de la escena real muestra en el pasaje al acto la falta de significante, el «pas de signifiant», y los estragos sobre la imagen real cuando el cuerpo no halla vía para expulsar el goce de un sentido que lo parasita.

El padre desresponsabilizado

El padre de Dora, una joven de dieciocho años, se presenta ante Freud como el padre de la no responsabilidad (Freud, 1905d). Con el argumento de su inocencia no elude negociar a su hija.

Cuando consulta a Freud lo hace por la confianza que había despertado en él años atrás una precisa visión diagnóstica realizada sobre su salud. En esa segunda oportunidad le preocupaba su hija, una adolescente querellante que le reclamaba romper la relación sostenida con una pareja amiga, el matrimonio K., aduciendo que el hombre le había hecho a ella proposiciones indecentes durante un paseo que hicieron juntos.

En su encuentro con el psicoanalista vienés, el padre argumenta tal como lo hiciera un personaje de un famoso relato de Freud, quien habiendo faltado a la promesa de devolver un caldero que le había sido prestado afirmaba simultáneamente, para negar su responsabilidad, que ya lo había devuelto, que nunca le había sido prestado y que además el caldero estaba agujereado y en mal estado.

Del mismo modo, el padre de Dora aduce que descrea de las acusaciones de su hija, que la culpa la tiene la madre de la muchacha, que la joven lee libros que estimulan su fantasía, que nada ilícito se esconde en las relaciones que mantiene con la Sra. K. y que además, como si toda la argumentación precedente fuera poca, él no está en condiciones como hombre de atender los requerimientos de una mujer a causa de esa misma enfermedad que Freud le había diagnosticado en su primera consulta. En definitiva, él no se declara responsable, ni de su posición deseante, ni como un padre que hace de una mujer

objeto a causa de su deseo. Por eso aduce que, o bien la culpa era de la lectura de libros del «jazz» de *Fisiología del amor*, de Mantegazza, que encendían la imaginación de Dora, o bien la culpa principal del «insostenible carácter de su hija» la tenía la madre. Él, el padre, *sólo* mantenía una «sincera amistad» con la Señora K. Ambos eran «dos pobres seres» consolándose «el uno al otro, como podemos». Su estado de salud le permitía asegurar que tras la relación «no escondía nada» ilícito.

A pesar de todo, la alarma que se hacía oír en la adolescencia no sonaba por primera vez. Algunos síntomas ya habían jugado algunas cartas en la sexualidad de Dora cuando era niña.

Pero la sexualidad que despierta otra vez, le ofrece en esa oportunidad una imagen del cuerpo fragmentado ante la demanda del Otro. Entre ascos y afonía, Dora con sus síntomas revela su respuesta ante la incapacidad del padre para legitimar su deseo de hombre por una mujer. Desde su impotencia, la deshereda del bien mayor que un padre ofrece al donar junto a su castración el vector al que apunta sus deseos. Dora basculará la desorientación de su goce entre la escucha obsesionada de los movimientos de un hijo y los gritos del cuerpo real hasta el fin de sus días, tal como nos relata Felix Deutsch (1957).

LA CONSISTENCIA DEL PADRE

El padre teórico, el padre colérico, el padre desresponsabilizado: tres versiones de la impotencia del padre en los tiempos de la infancia instituyentes de la estructura donde se trazan para el sujeto las rutas de la futura sexualidad. Tres versiones en que la inconsistencia deriva en manifestaciones diversas. Las respuestas del sujeto se diversifican según hayan operado o no los nombres del padre en cada tiempo de la infancia.

Es posible que la función del padre no alcance a definirse completamente bajo la fórmula del Nombre del Padre, ni tampoco pluralizándola en los nombres del padre, ni aun trenzando los tres en el nudo borromeo. Por eso, Lacan recurrió al

sinthome, cuarto anillo, confesión en acto de la falla estructural del anudamiento humano. Según mi perspectiva, es lo mismo que lo llevó a decir que el padre tiene tantos nombres que no hay Uno que le convenga. Sin embargo, que no haya un nombre, Uno (Lacan, 1983) que al padre le convenga sino el Nombre de Nombre de Nombre, no desmiente, a mi entender, que sea necesario para el sujeto tener alguno no sólo simbólico sino real. Algún padre. Alguno que, siendo real, ofrezca a su vez consistencia. Consistencia para enlazar la estructura R.S.I., en la que el sujeto se anuda.

Lacan apela a la consistencia no sólo como término topológico para expresar una categoría del registro de lo Imaginario, sino también para recordar que uno por uno, los tres registros, Real, Simbólico e Imaginario, hallan consistencia gracias al límite que le ofrecen los otros dos. Por lo tanto, la consistencia opera como una eficacia cuando funciona el enlace de uno de los nombres a los otros dos. Más específicamente y respecto de aquello que me interesa resaltar, los nombres del padre ganan consistencia cada uno de ellos al hallar el límite.

Entendida de ese modo, la consistencia haría del padre transmisor de la ley del deseo, es decir donador de la castración, si cada uno de los tres –lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario– halla consistencia en el límite que le ofrecen los otros dos.

Cuando la consistencia falla es posible leer los efectos. En lo Real y en lo Imaginario no horadados por lo Simbólico desencadenan dolientes pasajes al acto, estallidos del cuerpo, conmovedoras vacilaciones de la representación del mundo; también en lo no agujereado de lo Simbólico cuando esos efectos devienen expresión de los mandatos dogmáticos e inflexibles del goce superyoico.

En cambio, la consistencia haría, según mi criterio, equivalente al padre real con «lo aparente, por excelencia». Así lo menciona Lacan en el conocido prefacio a la obra de Wedekind, *Despertar de la Primavera*, en el teatro Récamier, durante el Festival de Otoño del año 1974: «Pero el Padre tiene tantos nombres que no hay Uno que le convenga, sino el Nombre de Nombre de Nombre. No hay Nombre que sea su Nombre-

Propio sino el Nombre como ex-sistencia. Es decir, lo aparente por excelencia. Y el “Enmascarado” no lo dice nada mal».

El Enmascarado es lo aparente por excelencia. Más precisamente, prefiero decir el *semblant*: «Cobertura imaginaria de un trozo de real anudado por lo simbólico»,⁶ su máscara vela lo que hay allí de goce innombrable, dando lugar al enigma del saber. En ese caso, la máscara hace a la presencia. Por eso prefiero utilizar el término *semblant* sin traducirlo como lo aparente, pues no es irreal ni atañe a algo falso (connotación que la voz «apariencia» guarda inevitablemente en castellano).

Sin duda la cobertura no sólo oculta, su manto cumple y propicia una función de presencia y anuncio. En la tragedia de Wedekind (1991) la presencia del Enmascarado salva la vida al protagonista. Podría afirmar que descubrir precipitadamente la inconsistencia del padre teje en la vida de un niño un destino trágico. Bien lo recuerda esa página magistral del Génesis donde Noé embriagado y desnudo es mirado por uno de sus hijos, a diferencia de los otros que cubren su desnudez sin verla. El velo, descubriendo anticipadamente el goce del padre, no sólo ha dejado caer la maldición sobre Canaán –descendiente de Noé–, sigue produciendo eficacias diferentes para cada tiempo de la infancia y también para el avance del sujeto hacia la escritura del «no hay relación sexual».

LA AUTORIDAD DE LOS PADRES

La profunda dependencia que el cachorro humano mantiene con otro ser humano es primordial para su existencia como sujeto.

A tal punto que, los modos en que esa dependencia renueve su apuesta, desde el nacimiento hasta la pubertad, definirán

6. He propuesto esta definición del semblante en mi exposición sobre *Semblante y Real*, presentada en el Marco del Trabajo hacia la Reunión Fundacional para una Convergencia Lacaniana de Psicoanálisis, 13 de diciembre de 1997 (ficha, en la EFBA).

otro de los logros mencionados por Freud en *Tres ensayos para una teoría sexual* como propio de la metamorfosis de la pubertad: el desasimiento de la autoridad de los padres.

Contemporáneo al doblegamiento y la desestimación de estas fantasías claramente incestuosas, se consuma uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del período de la pubertad: el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores, el único que crea la oposición tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua. Un número de individuos se queda retrasado en cada una de las estaciones de esta vía de desarrollo que todos deben recorrer. Así, hay personas que nunca superaron la autoridad de los padres y no les retiraron su ternura o lo hicieron sólo de modo muy parcial (Freud, 1905b).

Es que el desasimiento de la autoridad se ha de lograr sólo si la autoridad funcionó. ¿Pero cuál es el sentido de la autoridad? El esclarecimiento del valor de la autoridad reclama ser recolocado despejando una confusa tendencia a asimilar autoridad con autoritarismo. Han contribuido sin duda a esa desorientación los discursos de una época más o menos reciente que intentó, legítimamente, desprenderse de actos represivos de siniestros y mortales alcances. Cuando Freud escribió *Tres ensayos...* en los albores del siglo pasado, la propuesta de no educar a los niños «con más compulsión que la requerida a toda costa para mantener las buenas costumbres» (Freud, 1909) encontró terreno más que fértil en la anacrónica época victoriana de aquellos días. A los gritos de libertad se cortaron las amarras de una censura que, de ninguna manera, podía llevar a buen puerto.

Pero reducir la causa de los síntomas a la moral imperante y aflojar, junto a los lazos censores, la función benéfica de la represión necesaria para la entrada en la cultura, es inadmisibile. Sobre todo si consideramos que con la prohibición del incesto —esto es, con la instauración de la represión primordial— se abre, para el recién nacido, la posibilidad de acceder a otros goces cuyo alcance está teñido de un antecedente inexorable: la

pérdida de un goce anterior. Acto fundante si lo hay, él se sostiene de la autoridad que en nombre de la ley regula la legitimidad en el acceso al goce. Como refiere tan poéticamente el verso que Joan Manuel Serrat dirige al pequeño: «Niño, deja ya de jugar con la pelota, que esto no se dice, que esto no se hace, que esto no se toca».

Autorizado no por sí mismo, sino por el nombre que lo hizo padre, la autoridad del padre ha de funcionar renovando su operación nominante, enlazando la regulación y el acceso a cada nuevo goce para cada uno de los tiempos del sujeto en la infancia. De ese modo, cada nominación provee elementos para enlazar los goces y entramarlos en la orientación deseante, que, por esta vía, se encaminará hacia la salida exogámica, conllevando en este trámite el desasimiento de la autoridad de los padres, sólo si la autoridad funcionó. De lo contrario, si falla la función, el sujeto en lugar de desasirse se deshace. Los desórdenes pulsionales suelen ganar la partida; muchas veces inclinando la balanza hacia la muerte más que hacia la vida.

Así dicho, el resultado de la operación «deseo de los padres» tendrá por condición y contrapunto que los padres, transmisores como tales de la ley del deseo entre ellos y por el hijo, al mismo tiempo pongan a resguardo sus goces. O bien hagan privados sus goces de hombre y de mujer u ofrezcan el velo indispensable, activador, generador del vacío orientador de su propia vía deseante sobre el que un hijo montará la pantalla del fantasma (Julien, 1997).

Si la transmisión del deseo entre ellos, entre los padres, se posibilita cuando el padre hace a su mujer objeto de deseo ubicándola como no toda madre, y cuando la madre, a su vez, al desear el falo de un hombre, metaforiza en él su deseo, también es cierto que en su devenir la operación que debiera anticipar un lugar al sujeto presenta, a veces, un desfallecimiento anticipado del Otro. En lugar del deseo de los padres toma estatura un goce maldito. En otras ocasiones, el niño, que necesita ser anticipado como sujeto por sus padres, deviene contingentemente objeto de goce, lo cual revela a nuestra práctica que estas circunstancias agregan mayores dificultades a la intervención

analítica respecto a aquellas en que el síntoma se hace representante de la verdad (Lacan, 1991).

Deseo de los padres entre ellos y deseo de los padres por un hijo guardan entre sí una lógica balanceada por la recreación del objeto de deseo, de amor y de goce.

Dado que es bastante frecuente que luego del nacimiento de un hijo los padres digan que ha disminuido el deseo entre ellos, ¿qué condiciones permiten que el deseo que los padres tienen de un hijo se recree en el deseo de los padres entre ellos? ¿Qué lógica sostiene tal recreación? y ¿qué consecuencias recaen sobre el niño en cuestión?

Con las preguntas precedentes abriré dos vectores. Uno, sobre la inevitable incidencia que toma, en cada uno de los tiempos de la infancia, no sólo el deseo de los padres por un hijo, sino también el deseo entre los padres, como hombre y mujer. En el otro, explicitaré, uno por uno, los tiempos del sujeto. Con ellos quiero delimitar algunos alcances de mi propuesta: considerarlos detenidamente en la clínica del sujeto, específicamente cuando atendemos niños.

EL DESEO DE LOS PADRES ENTRE ELLOS. EL PLANO DEL EROTISMO

Cuando Lacan hace mención en su seminario R.S.I. a la pregunta de cuándo un padre merece respeto y amor, curiosamente arrima y pone en articulación dos términos. Al decir que un padre merece respeto cuando hace de una mujer objeto *a*, causa de deseo, coloca en relación al padre y a la mujer.

¿Cuál podría ser el plano en que, al hacer de una mujer causa de deseo, el padre podría aspirar al merecido respeto?

Me resultó interesante y revelador, al mismo tiempo, que no fuera subrayada la relación del padre respecto a la madre, como es planteada habitualmente, sino puesto en articulación el par significativo padre – mujer. A mi entender, ello debe ser tomado al menos en un doble sesgo: el primero nos permite re-

cordar que un padre no es sólo eso, también él se puede decir hombre, o apelar a otros significantes que lo representen como sujeto. ¿Acaso no ocurre, en algunas ocasiones, que un padre como padre, resulta ser un buen hijo? Y el segundo lineamiento remite a una lógica que articula el padre y la castración. Esta última definida por la variante del deseo del padre. Su condición de hacer de una mujer objeto de su deseo, lo muestra, en tanto deseante, como transmisor en acto de un goce que le falta y que, por eso, él desea; aún más, que desea encontrarlo en el cuerpo de una mujer. A confesión de partes, relevo de pruebas.

Desear a una mujer es lo que nunca haría el padre del goce, ese que Lacan nombra como el de la *père-version*. Sus excesos valen como muestra de la inoperancia de la castración en él, esa que se pone en juego cuando él busca el objeto para su goce en el cuerpo de su *partenaire* femenino.

De esa manera, padre del goce y padre del deseo pueden enlazarse de muy diversos modos, redundando también en eficacias diferentes respecto al hijo que ha engendrado.

Al considerar la función del padre resulta, pues, altamente esclarecedor atender al deseo, al amor y al goce del padre y los enlaces y desenlaces entre ellos.

Hace tiempo encontré una frase un tanto enigmática en el Seminario 4 de Lacan. Dado que sólo la menciona una vez, me pareció interesante seguir su derrotero, interrogarla en la vertiente del tema que nos ocupa. Trata sobre el deseo de los padres y el erotismo. Dice así:

Esto significa [...] reconocer que si le debemos algún progreso al análisis, es precisamente en el plano de lo que debemos llamar por su nombre –el erotismo. En este plano es donde se elucidan efectivamente las relaciones entre los sexos, como encaminadas a dar una respuesta a la pregunta planteada a propósito de su sexo por el sujeto.

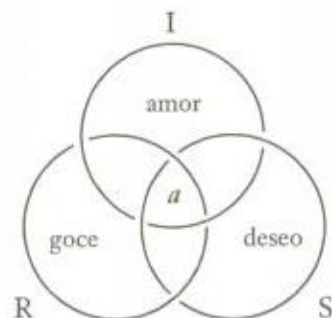
En principio, me resultó de interés el relieve puesto en la dimensión temporal, pues condiciona la mencionada realización a una respuesta previa. Alejada de un espontáneo devenir,

muestra una clave singular de nuestra condición humana: la atracción y el rechazo amoroso no están regulados por períodos de celo o ciclos naturales. Nos recuerda que la sexualidad humana, lejos de ser natural, prepara las vías de su posible realización desde el origen, pero sólo en la pubertad alcanzan un nuevo acto: el objeto hasta entonces autoerótico, buscado en el cuerpo propio, será buscado en el cuerpo de otro, en la alteridad, en el *partenaire*.

La complejidad de la sexualidad humana y las vicisitudes de su transitar desde la infancia hasta la adultez alcanzan también al objeto, pero ese objeto de elección, ¿qué objeto es? ¿Es el objeto causa del deseo, el objeto de goce o el objeto de amor? ¿Coincide el objeto del goce sexual con el objeto de amor y, aún más, con el objeto de deseo?

Desde los primeros ensayos para una teoría sexual hasta los últimos textos freudianos, de punta a punta se erige una evidencia a pesar del ahínco con que se la ha tratado de suturar: el objeto de la libido no es idéntico al objeto de amor. Esto tiene consecuencias: el progreso de la libido no congenia con el yo. En otros términos: el objeto de la pulsión sexual no es el objeto de amor. La prueba más excelsa de su desajuste está en cada uno de ellos cuando se presentan desenlazados. Es que el objeto de goce, el objeto de amor y el objeto de deseo pueden anudarse y enlazarse de muy diversos modos.

Dando un paso más, consideremos la cuestión de los enlaces y desenlaces del objeto de deseo (Vegh, 2001), el objeto de amor y el objeto de goce en el plano del erotismo.



Desde la escritura R.S.I., propuesta por Lacan para los tres registros, anotaré en el cruce de los tres, el objeto *a*, tal como lo escribe Lacan. Recordemos que este objeto puede funcionar como presencia o como ausencia, a pesar de que esta distinción no es precisada por la escritura del nudo. Como falta, en ausencia, es causante del deseo del sujeto; como presencia subraya un plus de goce que intenta taponar esa falta. A su vez colocaré amor en lo Imaginario, deseo en lo Simbólico y goce en lo Real.

Cuando el nudo está enlazado borromeicamente, cada uno de los registros encuentra en los otros dos su límite. Una propiedad del nudo, así anudado, es que si se corta una de sus cuerdas la estructura se desarma, los otros dos anillos también se separan. Amor, goce y deseo se desamarran, ofreciendo versiones localizables.

Ahora interroguemos las consecuencias de la escritura propuesta. Si el amor no pusiera alguna valla al goce pulsional de una madre, ¿qué ocurriría? Cuando el bebé «está para comerse», ella lo metería en el horno con una manzana en la boca, engrosando las crónicas policiales. El amor genera límites al goce desatado. Por él se frenan feroces apetitos. A su vez, el amor encuentra barrera en aquello que pulsa, pues el amor, librado a su afán de fusión narcisista, lleva muerte a los amantes que manifiestan alimentarse sólo del amor y renuncian a todas las otras apetencias. El objeto del amor sólo se engendra en una falta que motiva su anhelo. Tal relación se aprecia en la mitología griega donde Eros, dios del amor, surge de la unión de Penia, diosa de la pobreza, quien hace oferta de su falta, y Poros, dios de la riqueza. El amor delimita el goce, detiene su vital fuerza tendiente a la satisfacción instantánea; también descentra la razón, pues al «tener razones que la razón desconoce» hace inaprehensible el significado último capaz de nombrar su esencia.

Las palabras no hacen el amor, pero para hacer el amor necesitamos palabras. Ése es uno de los grandes misterios de nuestra esencia humana. El amor va de la mano del enigma, que se extiende también al objeto del amor cuya presencia persiste en descentrar nuestra razón e incomodar nuestra naturaleza. Aunque

experimentemos necesarias las palabras para hacer el amor, no hay palabras que alcancen a la hora del amor. Las palabras que decimos acerca del amor, son bien diferentes de aquellas palabras de amor que decimos para hacer el amor. Julio Cortázar lo expresó bellamente con una frase para su «Ars Amandi», publicada en su colección de poesías titulada *Salvo el crepúsculo* y que dice: «Vení a dormir conmigo: no haremos el amor, él nos hará».

Pero si el objeto de amor no es superponible al objeto de goce, tampoco es seguro que coincida con el objeto del deseo. Que es posible desear sin amar y amar sin desear es archisabido. Freud mismo lo desplegó en su trilogía sobre la psicología del amor, especialmente en el más abordado texto «Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa» (Freud, 1912). Hay sujetos que sólo gozan degradando su objeto, y sólo aman idealizando un objeto que no desean.

Así, cuando el deseo se presenta desamarrado, sin acceso a una porción de goce y sin realización amorosa alguna, suele desplazar su valencia incesantemente de un objeto a otro, sin anclar en ninguno, manteniendo sólo su cualidad metonímica. Es aquello de lo cual padece el conocido Don Juan. Pero qué ocurre si, a su vez, el amor se pronuncia desenlazado. Se ama, pero sin desear nada; el amor realiza en la apariencia la fusión anhelada, y ser amado es su único fin. Una expresión pertinaz de esta modalidad amorosa se revela en algunos síntomas como la impotencia sexual o la eyaculación precoz. Costo abonado por el sujeto que renuncia al goce fálico en el altar del narcisismo. Y finalmente, ¿qué ocurre cuando el goce se desamarra del amor? No encuentra más que el destino pulsional, al seguir el ansia de alcanzar la inmediata y absoluta satisfacción; absorbe en su torbellino al objeto hasta su aniquilación, pues su persistencia hace presente ella misma una falta. Su ejemplo más logrado está en la vertiginosidad con que nuestros días exalta el vivir con un pie en el acelerador de la vida, acelerando, de esa forma, la muerte. También lo expone el clásico mito del vampirismo, que nutriéndose del alimento vital, bebe hasta agotar la sangre, hasta la muerte.

Por el contrario, si el encuentro amoroso precipita en el buen enlace, es en el plano del erotismo donde se manifiesta la

necesaria recreación de los tiempos del objeto para la renovación del encuentro. Recreación de ese objeto, cuya alternancia entre goce y falta no está asegurada. En las redes del hábito inercial puede tender, por la repetición pulsional, a estabilizar su cara de objeto de goce, retapando el agujero y suturando el amor, el deseo y cualquier otro goce.

Retomando la cita de Lacan, si en el plano del erotismo se elucidan las relaciones entre los sexos es porque encuentran en él un camino de realización. El sujeto, al hallar una respuesta que sólo en el fantasma se podría dar, hace su paso al encuentro de una porción de goce sin la cual la vida pierde sentido.

Inhibiciones, síntomas y angustias señalan con justeza la desorientación del nudo. Son las señales de un nudo que no anuda equilibradamente. Así lo evidencian los frecuentes fracasos que, en el plano del erotismo, se expresan en el centro de nuestra experiencia clínica. Las vicisitudes surgidas en ese plano expresan con claridad la impronta temporal requerida al objeto. Muestran qué ocurre cuando el objeto recrea su alternancia tomando valor de objeto erótico y también cuando ello no acontece.

El objeto erótico se produce bajo el velo necesario que lleva el sexo al encuentro del deseo. Su veladura y ocultamiento despiertan el deseo de develarlo, dándole valor de presencia a su falta. Su tela introduce una dimensión temporal, anticipa bajo su manto la oferta de un goce posterior pero anunciado por el velo; causa así el deseo produciendo atracción por lo que oculta.

Por eso la pornografía no es erótica y sí lo son las vestimentas que insinúan el desnudo. El goce interdicto de la mirada da su estímulo al deseo de ver: los creadores de la moda se sirven claramente de la estructura anudada. La moda se engarzó con el erotismo para dar su estatuto al objeto de deseo. Escotes, tacos y portaligas delinearon el cuerpo de las mujeres desde que la hoja de parra vistió la desnudez de Eva, para que aquello que despierta el deseo se ponga en juego, entre la insinuación y la adivinanza. El erotismo usó miriñaque, se vistió de «*femme fatal*», con zóquetes y dedo en la boca, desplegó sus accesorios según los requerimientos de la época, revelando así el rostro de la sexualidad

humana. Luces tenues, música romántica, palabras que se susurran y otras que se callan son elementos aptos para una función inevitable en las vías de realización del encuentro erótico.

Pero la escena erótica, al igual que la lúdica, no se produce en un espacio cualquiera. Requiere una topología que enlace el espacio por eficacia del discurso, y un espacio sólo se hace escena cuando los objetos se ubican en la perspectiva del sujeto. Para que ello ocurra, es imprescindible atender a la dimensión temporal que el nudo no escribe y que la clínica de los tiempos de la infancia reintroduce. Esta dimensión implica renovar el vaciamiento de los objetos de goce para que cada uno de los tres –amor, deseo y goce– hagan falta. Aunque Octavio Paz conjugue en su libro homónimo al amor y al erotismo como «la llama doble», bien es posible que haya erotismo sin amor. A pesar de ello, el erotismo parece ser condición para un encuentro amoroso que renueve el acto sexual ancestral, idéntico a sí mismo, ofreciéndole alternancias al objeto de goce, de amor y de deseo.

Esta perspectiva nos permite avanzar y resalta una vez más cuán ineludible es considerar de inicio, en las entrevistas con los padres, cómo se enlaza el deseo entre ellos. Una atenta escucha permitirá hallar respuesta a interrogantes tales como: ¿por qué algunas veces el niño funciona como metonimia del falo y no como metáfora de amor?, o ¿por qué otras veces él realiza la presencia del objeto en el fantasma materno, fantasma que también puede sostener el padre?, o bien, ¿cuándo el niño se erige, con su síntoma, en representante de la verdad de la pareja?

Si nos ha interesado abordar el plano del erotismo es porque encuadra, en sus ejes, la pregunta por el deseo de los padres y su relación con la castración. Y nos permite constatar que el deseo de los padres, como hombre y mujer, condiciona y posibilita la recreación de los tiempos del sujeto. Por el contrario, cuando el deseo de los padres se concentra exclusivamente en el hijo, el niño tenderá a funcionar como condensador de goce, objeto en el fantasma.

Capítulo 3

Los tiempos del sujeto Tiempos de lo Real, de lo Simbólico y de lo Imaginario

Decía al explicitar mi posición respecto al psicoanálisis de niños, que el psicoanalista atiende al niño pero siempre apunta al sujeto.

Volver a subrayar lo acontecido, en relación con la cuestión de los tiempos, apunta a despegar nuestro abordaje de una vieja polémica referida a la legitimidad del psicoanálisis de niños, los alcances y límites de su eficacia y su estatuto de especialidad. Desde mi visión, no sólo son innecesarias sino improductivas las infinitas e interminables series y clasificaciones con las que se pretende afinar especificidades técnicas. Si el psicoanalista atiende al niño, al adolescente o al adulto pero apunta al sujeto; si, a su vez, considera al escucharlo que el sujeto más que edad tiene tiempos, encontrará, sin necesidad de apelar a estandarizados recursos técnicos, la especificidad del acto analítico.

Comenzaré por anotar en un cuadro los tiempos del sujeto, articulando a los tiempos del Edipo freudiano aquellos tiempos lógicos que Lacan conceptualizó (Lacan, 1971a); y lo haré atendiendo a los tres registros del sujeto de la estructura: Real, Simbólico e Imaginario.

<i>Tiempos del sujeto</i>	<i>Predominio del registro</i>
Ser o no ser el falo (Freud y Lacan)	I
Primer despertar sexual (Freud) Instante de la mirada (Lacan)	R
Ser o tener el falo (Freud y Lacan)	I
Latencia (Freud) Tiempo de comprender (Lacan)	S
Segundo despertar (Freud) Inicio del drama puberal	R
Momento de concluir (Lacan) Precipitado fantasmático	RSI

El ser humano es más que un simple viviente. Por eso, el origen de su existencia es anterior al nacimiento mismo de un niño. Más aún, tal anterioridad lógica es condición necesaria para que el nacimiento se produzca. Como ya he dicho, el rasgo sobresaliente y relevante, característico de ese momento inaugural, es la ilusión; un hijo despierta un ansia sostenida de completud que anhela verse colmada. Del mismo modo que lo hace el negativo de una fotografía, desde la perspectiva del niño se manifiesta un movimiento de empuje que lo lleva, a su vez, a proponerse como quien imaginariamente cubre y responde a las expectativas cifradas en él.

En el cuadro, el tiempo al que me refería estaría representado por un espacio vacío seguido inmediatamente de la respuesta, que, como primer planteo, surge en el niño. Dicho de un modo más exacto, el Otro propone y el sujeto responde. En un comienzo responde sí y se aliena a la propuesta. Se tratará de ser o no ser el pequeño esperado, alcanzar o no el elevado escaño que simboliza el falo. El juego propio de este primer tiempo, juego de ser o no ser el falo, se muestra tan necesario para arribar al siguiente como él mismo fue solidario del anterior, anticipado por la madre. En él se juega la vida y la existencia. Es que el segundo paso cojea si se saltea el primero.

En reiteradas ocasiones, nuestra clínica cotidiana muestra las graves manifestaciones acarreadas por la falla de ese tiempo indispensable. Los traspiés de este primer tiempo, que encuentra al niño en verdadera prematuridad e indefensión respecto a proveerse las condiciones de supervivencia —momento de precisión aunque no completa alienación a la demanda que se le dirige— ponen en evidencia la complejidad delicada de una trama que demuestra sus vicisitudes tempranamente.

Sus efectos son legibles para una escucha atenta, advertida de los ingredientes que hacen al juego mismo de los primeros movimientos del niño con sus padres, dejando luego apreciar sus incidencias y variantes en los futuros espacios lúdicos. Es un tiempo de notorio predominio imaginario, y también de escasos recursos simbólicos del niño para enlazar lo Real y lo Imaginario. El cuerpo y sus manifestaciones, lejos están de ser considerados propios. Tanto lo real proveniente del mundo como el desarreglado acervo pulsional son inmixionantes y promovedores de angustia, aun cuando correspondan a tiempos instituyentes, como bien ha sabido describirlo Spitz con su aguda observación y perspectiva de la angustia del octavo mes (Spitz, 1979).

Recordaba el caso de un chiquito que, a pesar de tener seis años, me dejó ver su situación en una escena desplegada en la sala de espera con su mamá y un hermanito menor. Este hermanito era el sol de la mamá, en cambio mi paciente no había tenido una posición venturosa. En el momento en que nació, ella estaba en litigio con su marido; la pareja estaba muy mal y ella consideró a este hijo como «hijo del marido». Esto hizo que el niño no ocupara lugar en sus expectativas para ser lo que le hacía falta, sino más bien fue una molestia. Como madre atendió sus necesidades, lo alimentó, lo bañó, lo vistió, cambió sus pañales pero no recubrió, no libidinizó su lugar como el falo imaginario. Era evidente, con sólo verlos a uno y otro, que ese brillo, ese papel, lo ocupó el segundo hijo. Curiosamente, la escena era por un papelito: no era posible desatender el signifiicante en danza. Cuando llegué a buscarlo a la sala de espera, mi pequeño paciente peleaba con su hermanito; llorando reclamaba a su madre que no le diera el papelito al hermano. Lo

cierto es que la mamá, quien había cambiado –vale aclarar– de posición respecto a él, intentó calmarlo y explicarle que ella no se lo iba a dar, pero él gritaba tirado en el piso, con un cuerpo que no estaba erguido en la escena, con voz desgarrada: «Pero se lo diste, ya se lo diste, y a mí se me derrumba todo». Él gemía por aquel tiempo en que su madre le había dado el papeliño deseado a su hermano, sólo que en el presente, a diferencia de aquel otro momento, cuando era un bebé, él podía reprochárselo y, cuestión no desdeñable, su madre podía escucharlo e intentar calmarlo.

El tiempo en el que se juega la dialéctica entre ser o no ser el falo se extenderá hasta el surgimiento del primer despertar pulsional, con un franco predominio de ese real pulsional conmovedor del imaginario habido hasta entonces. El instante del despertar –tal como fue tratado extensamente por Freud al referirse a los procesos oníricos– es un tiempo puntual, metapsicológicamente situable, tiempo de cambio de escena. Frecuentemente, se asimila el despertar con el estar despierto, pero el despertar no es un estado, no se caracteriza por lo estable, más bien es un instante. Podemos articularlo a los tiempos lógicos propuestos por Lacan, situando el tiempo del despertar como el instante de la mirada. Leyendo algunos textos freudianos, sobre todo los que dedica al complejo de Edipo, encontré que Freud postulaba que el primer despertar sexual se produce cuando el niño *ve* la castración en la madre. Entiendo que este ver no ha de tomarse literalmente. No se trata de ofrecer al niño la desnudez de la genitalidad, exhibiendo absurdamente lo que se ha de mostrar solo con el velo propicio, tampoco es un ver que se refiera a los ojos. Seguramente, es más del orden de una percepción psíquica. Lo que el niño ve, es la castración en el Otro primordial y ello se produce porque el niño hace un descubrimiento. Algo cubierto en el tiempo anterior, se *descubre*. Corrida la cobertura, advierte que él no era el falo. La ilusión queda al descubierto. Es un tiempo pulsante, inquietante, en el cual se verifica un goce, descorriéndose el velo con el que se cubría y vestía la ilusión de completud. La espesura angustiante que el rasgado despierta

con su presencia hace necesario un enlace productivo, simbólico, para darle borde y medida al nuevo goce.

Las vicisitudes de ese tránsito no pueden desatenderse, pues imprimen sus marcas a los tiempos venideros, hipotecando, a veces con angustia, otras con inhibiciones o síntomas, los pasos del porvenir. Podemos ubicarlo con bastante precisión en el paradigmático historial de Juanito. Cuando el pequeño Hans percibe una decidida falta de coincidencia entre la imagen que hasta entonces tenía de su cuerpo y el contenido de esa imagen, descubre cuán distante está de ser el que se ve en la mirada de su madre. La imagen del cuerpo que se reflejaba en el espejo era la cobertura de un objeto no especularizable que el sujeto no veía. Percibir ese carozo, verlo aparecer, constatar que lejos de recrear una falta condensa un enclave de goce, hace emerger la angustia. Juanito despierta, descubre que su «*Wiwimacher*», su «hace pipí», su cosita, al procurarles un disfrute más allá del urinario, un goce fálico, no tiene cabida en la imagen que la madre quiere ver de él. El universo materno se cierra. No incluye un niño con falo, sólo un niño falo. Despertar del sueño, perder la ilusión de ser el falo de mamá conmueve sin duda la escena de su mundo.

Sin embargo, recordemos que el despertar del sueño conlleva no sólo un monto de angustia, también abre una puerta al sujeto. Al descubrir que él no era el falo, se le ofrece una nueva posibilidad. En ese momento se lanza un primer gran conflicto asentado en aquello que el binarismo significativo le plantea: ser o tener, ser o tener el falo. Este gran conflicto, que se presenta al sujeto en ese momento, es sucedáneo del despertar y le otorga una oportunidad de acceder a un nuevo goce. En esta ocasión, el sujeto, que antes dijo sí al niño del Otro, debe responder no y permitir que opere la separación. Alienación y separación son dos tiempos del sujeto, tiempos en que el sujeto se efectúa como respuesta.

Será entonces nuevamente necesario que se renueve, que opere para esa ocasión el «deseo de los padres». Deseo de los padres como operación de anticipación y nominación del sujeto. El Otro puede anticipar y nominar un nuevo lugar para el

sujeto, en este caso como falóforo, como poseedor del falo. Pero también puede no hacerlo. En este tiempo, el deseo de los padres apunta a anticipar y nominar un lugar para el sujeto, ya no el de ser el falo, sino que legitima el tenerlo. Es constatable hasta qué punto en este tramo los padres de Juanito se enredaron los pies. Será sujeto falóforo sólo si el Otro logra acompañar y soportar el corte y redistribución de goce que reclama este nuevo tiempo. Si esto acontece, se iniciará un tiempo de comprender. Tiempo de comprender que descriptivamente Freud llamó latencia, pero no se refiere a una sexualidad latente. Quienes atendemos niños sabemos bien que la sexualidad, lejos de quedar latente, más bien late, y latiendo busca saber cómo acceder a nuevos goces. Es por ello que los niños interrogan las reglas y con ellas las leyes que reglan, regulan y ordenan los goces.

Jugando a los palitos chinos, una nena que padecía de una enuresis persistente asociada a un compulsivo tocamiento de sus genitales en público que sus padres no atinaban a censurar, me preguntaba: «¿Toqué o no toqué?», «¿Vos viste si toqué?», «¿El sable se puede agarrar cuando uno quiere o hay que esperar a sacar las cobras?».

En el camino, si se avala la búsqueda de saber, los chicos aprenden a leer y escribir. Es un tiempo de alto predominio simbólico. Los llamados «problemas de aprendizaje» no son tales. Son la expresión de una falla de resolución del tiempo anterior, correspondiente a ese instante de la mirada, cuando el sujeto percibe que su cuerpo no coincide exactamente con el objeto del Otro. Si los elementos de la estructura no hacen juego, la fijeza y la retención de goce impedirán no sólo el crecimiento en general, sino específicamente el aprendizaje de la escritura. La escritura es una operación que se alcanza con la pérdida del referente. Los dibujos de los niños muestran, si los sabemos leer, tiempos de escritura y fallas en su efectuación. Cuando el referente imaginario mantiene pregnancia, en el plano de la escritura se plantean síntomas propios de la simetría o asimetría de la imagen en el espejo. Las inversiones de letras muestran una cristalización de goce sin reordenar.

Cuando Alan, un niño de seis años, comenzó a escribir en la escuela primaria hebrea a la que concurría, lo hizo en espejo. Junto a la enuresis y encopresis, los disfraces de mujer a los que siempre recurría y los riesgos en que ponía su vida, este síntoma, el de la escritura en espejo, era un síntoma menor. Sin embargo, los otros sólo cedieron cuando el niño pudo escribir su nombre.

Atrapado en la vacilación, el padre de Alan, al nacer su hijo, le había puesto un nombre diferente de aquel que la tradición familiar judía reservaba para el primer hijo varón, pero inclinado a una solución de compromiso, lo había anotado con ese nombre en el libro del templo.

Este hombre había intentado rebelarse frente a su madre, quien había elegido esposa a todos sus hermanos. A diferencia de ellos, el padre de Alan había escogido para casarse una mujer cuyas características no satisfacían las expectativas familiares y le había puesto a su hijo un nombre diferente al de sus primos. Todos ellos, los primeros varones de la familia, llevaban el nombre del abuelo paterno. Al respecto de su conflictiva situación, me decía oscilante en las entrevistas: «Quería ponerle otro nombre para diferenciarlo, pero también el nombre de la tradición familiar. Le voy a decir que si quiere se cambie el nombre cuando sea grande.» «Con la nena fue más fácil.»

En su análisis, Alan había comenzado a desarrollar, sesión tras sesión, una historia entre animales. Anexaba una hoja a otra, me pedía un dibujo y luego él relataba un texto. Cuando finalmente intentaba concluir la historia, al decidir pegar una última hoja, algo no pegaba. Ala, llamado así por su madre, intentaba escribir su nombre de derecha a izquierda, como se escribe en hebreo. Pero la letra L de Ala, letra rebelde, salía en espejo. Intentó entonces borrar una y otra vez, también pasar al margen izquierdo, seguir el castellano, pero infructuosamente.

Para colocarse en la historia un niño necesita reconocer los mojones que orientan la geografía familiar. Cuáles son las fronteras que delimitan la exogamia. En las provincias estancas quedan captados lugares sin salida. No es banal si un niño ha recibido respuestas claras respecto a su historia o si ha habido

ocultamientos, mentiras o silencios. El saber o no saber opera, desplegado hasta su límite o sustraído a su extensión, en las relaciones presentes y futuras del sujeto con el saber. El niño busca saber, tiene curiosidad, investiga, puede entender historia en la escuela —la de San Martín por ejemplo, padre de la Patria— si ha logrado saber con claridad de su propia historia en el tiempo anterior, el del primer despertar. De ninguna manera será idéntico uno u otro destino del saber si al momento de descubrir que no era el falo, también encontró algún saber sobre el goce y la significación fálica para el Otro, si vislumbró dónde ésta se situaba, al no estar localizada en el niño.

En el tiempo de comprender, el juego cambia radicalmente. Cambian los juegos, predominan los juegos de reglas. Es interesante la pregunta ¿qué se juega en los juegos de reglas? Se juega a «qué es lo que se puede y qué es lo que no se puede hacer», con el goce. Hablando de fichas, de avances y retrocesos, de «qué se toca» y «qué no se toca», de «qué ficha se come» y «qué ficha no se come», del «veo-veo». Se buscan reglas para mensurar y dar un cierto orden legítimo al goce. Son juegos reiterados, apoyados en la secuencialidad del reordenamiento simbólico. El tiempo de comprender será, pues, un tiempo de predominio simbólico. Su despliegue continuará, paso a paso, hasta que el sujeto se confronte, una vez más, con un nuevo despertar: el despertar puberal. Segundo despertar, con él se reinicia la irrupción pulsional y comienza el drama puberal.

Con el segundo despertar da comienzo el tiempo que llamamos adolescencia, término más familiar, de uso habitual en la lengua, pero que Freud nunca se inclinó a utilizar. Prefirió llamar «metamorfosis de la pubertad» a ese tránsito a recorrer, que se inicia con el resurgimiento del empuje pulsional y se propone alcanzar una nueva forma integradora de novedosas modalidades en el deseo, el goce y el amor. La pubertad es ese tiempo en el cual la irrupción pulsional reabre los orificios del cuerpo, reabriendo también los grandes interrogantes sobre el sexo y la autoridad. No es casual que los síntomas en ese tiempo tengan el rostro brutal de la reapertura de los orificios, ni tampoco ha de extrañarnos la urgencia con que requieren un

reanudamiento, una recreación del objeto cuya alternancia móvil dé desarrollo y despliegue al drama puberal. El despertar desata, realmente, un verdadero drama, con el fuerte sentido escénico que caracteriza el drama, con su específica tensión secuencial. El género dramático se caracteriza esencialmente por un desarrollo y un despliegue de tiempo sin el cual nunca se arriba a una conclusión.

Conclusión de la infancia, para alcanzarla se requerirá, una vez más, la puesta en juego de esa operación nombrada como «deseo de los padres».

En esta oportunidad, otra vez, los padres pueden anticipar y nominar al sujeto; en esta nueva vuelta, legitimando un goce más allá de la endogamia y encontrando un objeto fuera del cuerpo familiar. Es un momento verdaderamente definitorio, pues en él concluye, como un precipitado químico, el abrochamiento fantasmático. Ahora bien, este cierre es definitorio aunque no definitivo. A su vez, en el fantasma se enmarca la orientación del deseo, si y sólo si se ha renovado la recreación de la falta para cada tiempo de la infancia, hallando reorientación y redistribución de goces en los tiempos anteriores.

Precisamente porque las condiciones de arriba a esta metamorfosis dependen de una progresión previa, son habituales en este tiempo los problemas de orientación vocacional, también los de orientación sexual, en fin, los problemas de orientaciones y desorientaciones del deseo. Cuando logra recortarse, delimitarse esa falta cuyo borde funciona orientando la búsqueda, dando causa al deseo, entonces también se encuentra una medida de acceso al goce. Pues no se trata para el sujeto sólo de la orientación del deseo, también del acceso al goce.

Si la posición del sujeto, en posesión del falo, se vio legitimada en el primer tiempo de despertar, lo nuevo será —Freud lo subraya— direccionar la búsqueda del objeto más allá del ámbito familiar, en el cuerpo del *partenaire* exogámico.

En su texto «La metamorfosis de la pubertad», Freud resalta que lo nuevo, en ese momento, es buscar el objeto en el cuerpo del *partenaire*. Pero para acceder a él, para pasar de la cuna a la cama, ha de recrearse un goce; de lo contrario no se llega a

la cama. Pues, aunque parezca evidente, no va de suyo que se realice la búsqueda del objeto de deseo y de goce en el cuerpo del *partenaire*.

Si, como dice Freud en su texto «Contribuciones sobre el amor», «el niño es un juguete erótico», en los tiempos del sujeto se dará curso a un pasaje. De ser un juguete, a poder jugar. No es natural que un niño juegue. El nacimiento del juego tampoco es espontáneo. Su inicio puede verse entorpecido desde los primeros atisbos que la subjetividad expresa en la escena lúdica. Pero el tema del juego merece un capítulo aparte.

Nos ocuparemos de él luego de transitar algunas reflexiones sobre los tiempos de la angustia y la fobia en la infancia.

Capítulo 4

Los tiempos de la angustia

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA ANGUSTIA Y LAS FOBIAS DE LA INFANCIA

En 1926, en su texto *Inhibición, síntoma y angustia* Freud afirma: «Las fobias a la soledad, a la oscuridad y a los extraños, de los niños más pequeños, fobias que han de llamarse casi normales, se disipan las más de las veces a poco que ellos crezcan; “pasan”». Un año más tarde, en 1927, en *El porvenir de una ilusión*, agrega: «las neurosis de la infancia son, en general, [...] episodios regulares del desarrollo. [...] Acerca de los niños, sabemos que no pueden recorrer bien su camino de desarrollo hacia la cultura sin pasar por una fase de neurosis, ora más nítida, ora menos. [...] La mayoría de estas neurosis de la infancia se superan espontáneamente en el curso del crecimiento.»

Sin embargo, a pesar de lo antedicho, años antes, en 1909, había publicado uno de sus historiales, el caso Hans, una fobia en la infancia. ¿Cómo pensar esta aparente contradicción? Si la mayoría de estas neurosis de la infancia se superan espontáneamente, ¿por qué al abordar la fobia en la serie de sus historiales,

considerados paradigmáticos de las estructuras clínicas, toma el caso de un niño? Si considera la fobia de la infancia como tiempo instituyente, ¿por qué la de Juanito formó parte de un historial? La cuestión es verdaderamente controversial, sobre todo a la hora de deslindar cuándo es pertinente tomar a un niño en análisis.

¿Cuándo habremos de considerarla una fobia de esas «casi normales», que se disipan o «pasan»? ¿Cuándo es un síntoma que merece atención? La fobia, ¿es síntoma o estructura? ¿Qué es la fobia? ¿Un tiempo instituyente o un producto, precipitado estructural?

Para arribar a algunas conclusiones partamos del principio, y en el principio de la fobia está la angustia. La angustia, cuyas variadas expresiones han sido rebautizadas, con cierta liviandad en los últimos tiempos, como «trastornos de ansiedad».

Si bien Freud y Lacan divergen al conceptualizar la angustia, ellos acuerdan en definirla como una señal en el yo (*moi*), y también coinciden en aceptar que la angustia es siempre angustia de castración. La diferencia esencial es que, para Freud, ella remite a la castración en el tener (se trata de tener o no tener el falo), en tanto que, para Lacan, la angustia apunta al ser. En esa dirección, la castración en juego es la del Otro. La ecuación es lógica: la madre sólo será fálica si es la madre con el niño como falo. La madre sólo tiene, si el niño es. Para Freud, en cambio, el acento de la angustia recae en el padre como agente temido de la castración en el tener.

También para Lacan, la angustia es anuncio, posibilidad de existencia, libertad como diría Kierkegaard, pero libertad no asegurada. Si bien ella es posibilidad de un nuevo lugar, apertura a un nuevo espacio, su conquista impone un precio: la castración del Otro primordial que conlleva la pérdida del paraíso de la infancia y el encuentro para el *parlêtre* con la falta que el lenguaje le imprime a su ser: *manque à être*, falta en ser. Por este sesgo, la angustia acentúa no sólo un lugar, también una vertiente temporal, un tiempo de descubrimiento que como tal es tiempo de corte. Es que, hasta ese momento, el niño jugaba a engañar el deseo del Otro y, a partir de cierto instante, él descubre el juego. La

puntualidad que se desencadena en esa percepción develadora no admite retorno: la angustia es la señal de ese tiempo estructural que no tiene vuelta atrás. Las observaciones sobre sus modos de presentación, en el octavo mes, demuestran claramente su procedencia. El niño llora y se angustia ante los extraños, dice Spitz (1979). Pero, ¿qué representan los extraños? El bebito llora porque reconoce que lo familiar, lo «*heimlich*», vacila; lo que el niño descubre es que está lo familiar y lo no familiar, lo «*unheimlich*». Ese octavo mes se caracteriza ya por alcanzar un estadio estructural conformado por ambos espacios, el de lo conocido y el de lo desconocido. Lo familiar será reconocido, lo no familiar será extraño.

Cuando Jacques Lacan lo describió como estadio del espejo, subrayó que el *infans*, en franca prematuración, se enfrenta en ese tiempo a un estadio inaugural. Identifica una imagen que le presenta su cuerpo integrado y esa percepción le genera algarabía, pero al mismo tiempo, lo aliena a esa imagen bien conformada de su cuerpo que ha precipitado anticipadamente un dominio corporal que resulta para él sumamente jubiloso. Ha ocurrido que lo real de su cuerpo se ha enlazado a una virtualidad imaginaria, formando a su vez, entre ambos, una tensión inevitable e irremediable. Es que ese enlace, de por sí precipitado, deja para siempre las cosas pendientes de un hilo. De un hilo simbólico, entramado para siempre de modo incompleto. Vislumbrando, en cada paso de la vida, el desamparo estructural, la «*Hilflosigkeit*», sus laberintos se deslizan fácilmente a lo *Gefahr*, al riesgo o peligro siempre amenazante.

La causa de esa percepción se hallará sin duda en que la angustia parte de lo Real, señalando la naturaleza del goce en cuestión: su álgebra es estricta; para sumar un nuevo goce, el sujeto ha de restar, sin atenuantes, otro goce. El acceso al nuevo goce por parte del sujeto no puede no incomodar el goce del Otro. De tal modo, la angustia no emerge porque el niño teme perder las caricias de la madre. Los padecimientos del pequeño Hans así lo acreditan. Aunque la madre acompaña a Juanito, la angustia continúa. La angustia de Juanito aparece en el momento en que percibe en su cuerpo el goce fálico, la angustia

emerge con la percepción de ese goce alcanzado con la manipulación del pene, goce que trastorna el intento de alcanzar el goce del Otro. Para el niño, su pene y el goce que le acarrea no tienen cabida en el universo materno donde todo él, como «el pequeño» falo, vale en su unicidad. No hay espacio para la parte en el todo falo, sitio que él tiene para su madre. Es entonces que aparece la señal en el yo. Señal de angustia que, a pesar de ser recibida por el yo, está sin embargo dirigida al sujeto. El mensaje señala que tiempo y espacio deben redimensionarse. La angustia indica que se introduce el tiempo del corte, revelando que el espacio no se reduce a una geografía para el sujeto, se extiende en una topología. En ella, el sujeto sólo existe en la exterioridad del Otro sin desdeñar la necesaria y primera alienación.

Pero si la angustia es un señalador, lo que señala de modo acuciante es cuán desgarrante puede tornarse la representación del mundo cuando no encuentra cabida para un nuevo elemento; resulta vano intentar curarla con psicofármacos, porque ella es inherente a la dialéctica del deseo. Tal vez a raíz de ello Lacan aconseja, en su seminario homónimo, localizar el punto de angustia en cada etapa de estructuración del deseo. Está claro que no se cura completamente, dada su procedencia estructural. Sin embargo, hay angustias y angustias. También, diversas «soluciones». La angustia puede llevar a la inhibición de los desplazamientos, de todos los movimientos y funciones que podrían generarla, y también puede ser ocasión de síntomas como la fobia. La fobia se ofrece en cierta medida como solución al sustituir el objeto de la angustia por un significante que provoca temor. En la vastedad temida, el objeto fóbico, al ser un elemento del lenguaje, designa, da nombre, torna ubicable lo indefinido e introduce un miedo localizable, lo cual es muy diferente a una pura angustia.

Los primeros tiempos de la infancia, netamente carentes en recursos simbólicos, son ilustrativos de la solución fóbica. Es de entender hasta qué punto puede ser disruptivo y despertador de críticos montos de angustia para el sujeto cada vez que una redistribución de goce lo impulsa a redimensionar su lugar.

El destino de la solución a tamaña crisis diverge fundamentalmente si, en el tránsito de una posición a otra, el sujeto encuentra en el Otro soporte para el cambio; si halla un agente mediador, posibilitador de un goce, si funciona un operador confiable en ese proceso de transformación casi siempre brusco y duro. Trágicos desencadenantes muestran cómo el afán por abrir paso a lo nuevo corre el riesgo de desintegrar al sujeto en el esfuerzo. O también, en cuánto difiere el destino de la angustia si encuentra o no allí al padre, la versión del padre respetado y amado al que me he referido anteriormente.

Con su presencia, el padre da lugar a una transición difícil. Al tomar a la madre como no toda madre, al desearla y reclamarla como mujer, su intervención tiene valor de salida, pues reclama una restricción de goce. A cambio, da legitimidad al niño en su posición de falóforo, otorgándole crédito a un goce futuro. El padre será pues respetado y amado si asegura estar calificado, es decir, si adjunta a sus enunciados el don de castración cuya expresión se muestra al ser él deseante de su mujer. Al mostrarse dependiente del significante, él realiza la versión al padre que le está dirigida.

El padre de Juanito, padre teórico, escribía con la mano los preceptos del psicoanálisis y borraba con el codo el valor performativo que la palabra de un padre requiere para investirse de autoridad. Tal vez su ubicación proviene de su posición de hijo, ligado a su madre, «la abuela de Lainz», posición que Juanito agudamente subraya como versión de su impotencia a la hora de hendir el bisturí y operar un corte (Flesler, 1998).

En tales circunstancias, la fobia aporta al sujeto, ante el problema suscitado, un principio de solución a la carencia de la función paterna. Pero también adjunta un hecho de interés, referido a la constitución misma del sujeto de la estructura. Las fobias en la infancia suelen indicar un valor instituyente cuando se están cursando los tiempos de construcción del fantasma para articular y sostener la orientación del deseo.

Que esas fobias de la infancia sean «episodios regulares del desarrollo» prueba que la estructura se conforma en tiempos sincopados e inestables de lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario.

Tiempos de incorporación de lo Real del Otro real, de introyección simbólica del Otro real y de proyección imaginaria del Otro real. Tiempos de precipitación de la estructura que tiene tiempos, destiempos, entretiempos, y también contratiempos.

Freud insiste –y Lacan lo retoma– en que la mayoría de las fobias de la infancia «pasan» –como se dice– «a poco que ellos [los niños] crezcan», y Lacan agrega que éstas «no ocupan mucho más tiempo en curarse espontáneamente que con una investigación tal como aquella de la que se trata en la ocasión, la del padre, alumno de Freud, o de Freud mismo» (Lacan, Seminario XVI).

A lo largo de los años he recibido muchas consultas por fobias diversas. Mi experiencia me lleva a acordar; sí, las fobias en la infancia son episodios regulares, forman parte de la estructuración de la estructura, pero ellas pasan si es que pasan. Lejos de ser natural, no siempre ocurre que una fobia pase. En muchas ocasiones he tenido que intervenir apostando a estructurar el síntoma fóbico cuando sólo se producían desbordes de angustia, llanto inespecífico y desorientado, sobresalto inesperado, desvelos nocturnos y despertares inmotivados.

Tal fue el caso de una nena que nació en el momento en que su madre perdía simultáneamente a su progenitora. Ante aquel suceso, la madre sólo había atinado, entre angustia, duelo y miedos, a aferrarse a la hija, atisbando apenas que su nena lloraba y lloraba ante la presencia de cualquier extraño. El padre, pese a que tenía hijos de un matrimonio anterior, aceptaba «sin intervenir» que la beba calmara el dolor de la madre. La empecé a atender a los cinco años, y sólo meses más tarde comenzó a temer puntualmente a los ladrones y a los payasos. Es decir, empezó a anotar un nombre con el cual cifrar algún equívoco al lugar inequívoco que tenía para su madre.

A veces también las fobias pasan, como le ocurrió al niño Serguei Pankejeff, conocido más tarde como un hombre que era un nombre, el Hombre de los Lobos. Las fobias pueden pasar de una zoofobia a su definición en neurosis obsesiva; otras veces, pasan a definirse en histeria según respondan a un tiempo anterior o posterior al corte con el Otro (Vegh, 1987).

En otras ocasiones los síntomas fóbicos no pasan hasta la segunda vuelta o tiempo del despertar sexual. En tales situaciones es posible apreciar el recurso efectivo que brindan al sujeto cuando le ofertan una puntuación, una delimitación funcional para desplegar algunos movimientos, impidiendo que se bloquee toda acción. En esos casos, el síntoma sustituye, en lo real, a la instancia paterna carente, desempeñando un rol estructurante, mediador de lo Imaginario a lo Simbólico.

En ese sentido, y aunque conlleva un precio, el síntoma fóbico suele paliar la carencia del padre real y funcionar como baliza orientadora al dividir los espacios que ocasionan angustia de los otros espacios libres de ella. No se trata, claro está, de un simple espacio físico, pues la realidad es la prolongación imaginaria del fantasma, sino de diseñar un lineamiento que haga dudar el sitio amenazante del de resguardo.

Una nena que atendí hace tiempo continuó a lo largo de su infancia, hasta la pubertad, con un síntoma fóbico localizador de espacios prohibidos dentro de su casa. Es que su padre consideraba natural pasear su desnudez en el ámbito hogareño. Con la crisis puberal empezó a tener sus primeros contactos sexuales con varones, los síntomas fóbicos cedieron al abrirse un goce exogámico y se volvió obsesiva con el estudio.

LA FOBIA: PRECIPITADO ESTRUCTURAL

Finalmente, quiero puntuar un par de cuestiones relativas a la fobia no sólo como tiempo instituyente, síntoma de una infancia en curso, sino como producto, precipitado estructural.

Me he ocupado de acentuar la importancia de atender a cada uno de los tiempos del sujeto en la infancia porque considero que se muestran reveladores de puntos de falla en la estructuración de la neurosis infantil, como producto posterior de la infancia. Por ejemplo, Freud relata que el Hombre de los Lobos lo instaba, insistentemente, a escribir la historia completa de la contracción de su enfermedad, su tratamiento y curación.

¿Qué le demandaba Serguei Pankejeff a Freud sino escribir la historia, para dar lugar a la neurosis infantil?

Es que al narrar la historia, se crea el pasado. Se hace entrar lo actual del presente en el tiempo de la sucesión, dando posibilidad al futuro. La historización se coloca del lado de lo infantil fantasmático de un adulto, dejando en el pasado los tiempos de la infancia en tanto actual.

Sin embargo, nada de esto «pasa espontáneamente». Al abordar el conflictivo tema de la joven homosexual, Freud hace una reflexión sobre el factor temporal y dice:

Los desplazamientos de la libido aquí descritos son, sin duda, notorios para todo analista por la exploración de las anamnesis de neuróticos. Sólo que en estos últimos se producen en la primera infancia, en la época del florecimiento de la vida amorosa; en cambio, en nuestra muchacha, que en modo alguno era neurótica, se consuman en los primeros años que siguen a la pubertad, aunque por lo demás, como en aquellos, de manera totalmente inconsciente. ¿Acaso este factor temporal se revelará un día como muy sustancial? (Freud, 1920).

A mi entender, este factor temporal se revela sustancial en la fobia.

Una mujer de unos 50 años me consultó luego de haber superado con tratamientos anteriores verdaderos ataques de pánico. En ese momento le preocupaba su empobrecimiento económico. Casi no lograba trabajar. Su mundo se limitaba a los espacios familiares. Rehusaba presentarse en público. Tampoco conducía el automóvil. Basaba su estabilidad en la evitación de deseos, decía conformarse con aquello que vivía, y se sostenía entre el amor al padre idealizado que su marido representaba, y su tendencia a responder a la demanda de hijos y amigos. Ella era considerada por los demás esencialmente «buena». Sin duda pagaba un alto costo por ello, un verdadero empobrecimiento de su economía libidinal que la anfibaba y detenía su camino en una queja: «siempre empiezo y no termino nada».

La redistribución de goce, necesaria para crecer en cada tiempo de la infancia, se muestra a veces fija en el tiempo mismo del

corte y perdura irresuelta comportándose como oscilación entre neurosis obsesiva e histeria. Su definición, sin embargo, es la radicalidad fóbica. Debido a eso, por edad se trata de adultos, pero a pesar de sus años mantienen rasgos de niños, cierta infantilidad propia de su lazo social evitativo y empobrecido.

Capítulo 5

Los tiempos del juego

LA POLÉMICA EN JUEGO

El tema del juego no fue ni es una cuestión menor para los analistas de niños. Acaso por eso ha suscitado no pocas controversias. Sin duda, incidió en ello el hecho de haber sido el psicoanálisis creado inicialmente para pacientes adultos. Los primeros analistas que atendieron niños se enfrentaron probablemente con la incertidumbre de acercarse a ellos analíticamente, cuando la estructura psíquica de los niños se mostraba aún en tiempo de constituirse y, por ende, con escasa disponibilidad para seguir el método de la asociación libre propuesto para la *talking cure*, la cura por la palabra.

Si seguimos los avatares de la discusión de aquellos tiempos, veremos que se fueron delineando, en franca oposición, dos perspectivas disyuntas en el análisis de niños; una defensora de tratar al niño de igual modo como se lo hace con un adulto, y otra inclinada a un acercamiento exclusivamente lúdico al niño. En el ojo del huracán quedó colocado el tema del juego.

Si el analista juega con el niño en el ámbito de la sesión o si exclusivamente lo invita a la palabra o a la producción gráfica sigue siendo una polémica viva, ella continúa concitando encendidos debates. Es que la raíz de tan turbulento enfrentamiento se gestó entre las pioneras Anna Freud y Melanie Klein en los albores del psicoanálisis de niños, pero las ramificaciones del conflicto sobrepasaron ampliamente a sus seguidores, entrando en el ámbito mismo de quienes se reconocen deudores y continuadores de la enseñanza de Jacques Lacan.

A mi entender, el abordaje de su problemática requiere un espíritu de verdadera investigación y honestidad intelectual, esto es, colocar la perspectiva en disposición humilde ante lo real que la práctica impone. En ese caso será posible desestimar inútiles espejismos que invitan a una empobrecedora dualidad e indagar las razones que orientan la dirección de la cura en el análisis de un niño. Éstas han de considerar, por supuesto, atentas al estatuto de científicidad que le cabe al psicoanálisis, la formalización lógica de los conceptos en los que sostiene sus afirmaciones. Su validez no sólo alcanza la atención de niños, también reclama sus razones en la clínica de adultos. Como ya lo he indicado, justamente porque tal distinción entre niños y adultos parece limitada, prefiero distinguir tiempos del sujeto, que de ninguna manera se constriñen a la cronología ni a la edad.

Me dejaré guiar por ese propósito para localizar la función del juego en el análisis de un niño. Su importancia axial hace preciso colocar, en primer término, el lugar relevante que el juego tiene en la estructura misma del ser humano, la connotación definitoria que su promoción adquiere en los diferentes tiempos constituyentes del sujeto.

Respecto al juego y su función intrínseca, constitutiva para el ser humano, me interesa subrayar al menos cuatro aspectos insoslayables en mi práctica como analista de niños, cuya consideración también se ha mostrado orientadora para otros analistas. En primer término, el papel esencial que cumple el juego en la construcción de ese pilar fundamental en la estructura del sujeto que es el fantasma. En segundo lugar, acentuar la ganancia clínica que se alcanza atendiendo a la dimensión tempo-

ral en el armado del fantasma. Dicho de otro modo, resulta esencial afinar cada uno de los tiempos en que el fantasma se articula. Afirmar que en la infancia no hay fantasma o bien que ya lo hay es la imagen de un mismo extravío, que enclava referencialmente la clínica con niños a modalidades propias del abordaje de pacientes adultos. Con los niños debemos atender a las especificidades temporales, a los tiempos en que el fantasma, como un gran edificio, construye su andadura, al modo en que va colocando, paso a paso, las vigas que enmarcan sus ventanas, los cierres y aperturas con que se van diseñando las relaciones del sujeto con los objetos, y con ellas, sus inclinaciones deseantes, sus orientaciones y también sus desorientaciones. Del mismo modo, debemos entender al no menos importante indicador de cómo, en ese trámite, se va pergeñando y poniendo en juego la adquisición de la realidad.

En tercer lugar, quiero enhebrar, colocando el acento en el análisis de un niño, los tiempos del sujeto a los tiempos del fantasma. Esto es, las manifestaciones particulares que el analista ha de leer en el juego y sus vicisitudes.

Por último, y sobre todo, me interesa realzar la notoria dependencia que guarda el despliegue de esos tiempos con la dinámica de otro juego que, jugado en la escena del mundo, se realiza entre el niño y sus padres. Dicho de otro modo, prestar atención a las modalidades singulares del encuentro del sujeto con el Otro primordial, en la medida en que ellas condicionan como un vaso comunicante cada tiempo de la infancia propiciando o motorizando sus progresiones, pero también complicando y hasta paralizando su devenir.

EL JUEGO EN LA ESTRUCTURA

El juego, para el ser humano, es uno de los máximos goces de la existencia. Su importancia merece un capítulo aparte, más allá del interés que éste guarda para un psicoanalista de niños. Pero para quienes atendemos niños, situar el lugar del juego en

la estructura resulta ineludible. Cabe pensar que su consideración permitirá luego alcanzar su función en el análisis mismo.

Algunos analistas proponen abordar al niño en los tiempos de la infancia sólo por la vertiente de la palabra y, por ende, evitar el juego. Sostienen que el niño es un sujeto de pleno derecho, y desprenden de esa proposición una clínica que atiende exclusivamente la vía de la palabra y considera el abordaje lúdico como un error. La discusión no ocupará el centro de mi desarrollo; sin embargo, pienso que el analista no ha de eludir las problemáticas de su tiempo. El desconocimiento de la polémica deja al analista en un sitio indefinido y finalmente empobrecedor.

Para Freud, dos concepciones diferentes de la repetición y un avance teórico, que va del principio de placer a un más allá del principio de placer, están en la base distintiva de dos perspectivas del juego. El niño que juega en 1908 no es el mismo que juega en 1920. El analista que lee el juego tampoco es el mismo. Si bien en ambos textos la propuesta es que el niño jugando juega a dejar el lugar de objeto para erigirse como sujeto, no es lo mismo apuntar al sujeto del placer que al sujeto de la palabra. En ese punto podrían surgir diferentes perspectivas para los analistas de niños.

Comencemos por reconocer que el juego no es un invento del psicoanálisis. En primera instancia, él se produce en la infancia, más allá del analista. De hecho Freud se dedicó a observar el juego espontáneo de los niños al intentar formalizar la etiología de las neurosis.

Sin embargo, que el juego se presente en la infancia no quiere decir que sea natural de la infancia. La producción lúdica, pero también su ausencia, son indicadores del modo en que la estructura se está estructurando. Tal como sabemos, para que haya escena lúdica, es necesario que en el basamento de la estructura esté operando una falta, puntapié inicial de los juegos vitales para el sujeto en la infancia.

Lo que ocurre es que en el comienzo de la vida las reglas del juego vienen del Otro. Tempranamente, el salvoconducto para darle inicio estará absolutamente en manos de quien aloje al recién nacido. De él depende que surja el primer juego.

EL PRIMER JUEGO

¿Cómo y cuándo comienza? El primer juego que juega el niño es a destetarse. Lacan lo recuerda en su seminario sobre la angustia (clase del 12/12/1962) a propósito de aquel juego paradigmático que jugara el nietito de Freud, el del carretel, juego de presencia/ausencia.

Quien haya observado un recién nacido ha visto que el bebé toma la teta, luego la deja, vuelve a tomar la teta y luego vuelve a dejarla. De ese modo, el curioso observador habrá podido reconocer la precocidad con que esa actividad introduce un tinte lúdico. Su ejercicio inicia una alternancia que es vital para el niño. Ese mínimo gesto le otorga un primer derecho a su incipiente humanidad, un intervalo para jugar sus barajas, para iniciarse como participe en el juego que le ha sido propuesto. Que ejerza una primera emisión, reflejo de su singularidad personal, siendo tan dependiente en todas sus necesidades, sorprende una vez más nuestra perplejidad de adultos, siempre tendientes a creer en lo evidente. Desprendidos los ojos de la fijeza de aquello que nos impide ver, la escena nos enseña que para el ser humano llegar a vivir no es equivalente a haber nacido. Como ya he dicho, la vida no abarca la existencia. Por eso, que la relación del bebé con el pecho de la madre fluya en una periodicidad alternante es desde el comienzo una nota mayor, un tiempo anticipatorio del sujeto, una toma de posición, una respuesta al Otro.

Para el niño, tal posición es tempranamente respuesta a la demanda del Otro: «Déjate alimentar». Más tarde, escucharemos a las madres relatar lo ocurrido de modo invertido, ellas dirán: «Mi nene, él, tomó teta hasta los nueve meses». Y en cierto modo es así, ya que es el bebé quien toma la teta y también quien la deja, introduciendo desde el inicio un mínimo intervalo diferencial entre responder completamente a la demanda del Otro y colocar una respuesta propia. En esa pausa anida un principio de subjetividad, una separación de la alienación primera. Ahora es preciso que nuestra maravillada mirada no quede fascinada por el logro tan precoz de nuestro sujeto y

recordemos que tal respuesta jamás podría llegar de no darse una condición: que el Otro no equivoque el estatuto de la demanda e intente colmarla. Vale justamente el juego de palabras, no equivocar el estatuto de la demanda quiere decir que ella preserve algún equívoco.

A ninguna madre suele escapársele la discordancia originaria entre la cantidad de comida que amorosamente le ofrece a su hijo y aquella que él toma. Es cierto, desde el inicio, el alimento puede tornarse fuente no de un equívoco sino de un enorme malentendido. Esto ocurre cuando su significación toma el valor de un signo inamovible.

Recuerdo la historia de un joven psicótico cuya madre lo había obligado a ingerir, sistemáticamente, hasta el último bocado de alimento. Así, firmemente, lo había hecho desde los primeros años de vida, con la certitud de cuidar su salud. Tal era su inconvencible certeza, que no se detenía ante los vómitos del niño, al que obligaba a reingerir lo expulsado. Impedida toda expulsión, le fue negada al sujeto también toda afirmación, *Behajung* (Freud, 1925), de su existencia.

Dista del caso de otra madre cuyo cuerpo engrosado delataba su valoración del goce oral. Había abandonado ya las curvas femeninas cuando consultó en una oportunidad por su hijo, un púber de once o doce años. El muchacho, retraído y poco abierto a expresar sus inquietudes, preocupaba a su progenitora dejándola con la pregunta de por qué si ella le preparaba sus ñoquis predilectos y él los comía con verdadero gusto, dejaba sin embargo, indefectiblemente, uno o dos en el plato.

Serie mínima, uno o dos, le otorgaba al sujeto oportunidad para descontarse a la demanda, e iniciar con ello las cuentas del deseo, poniendo en juego sus apetitos. Claro que esta madre se interrogaba por la enigmática actitud de su hijo, a diferencia de la otra que con las mejores intenciones ni siquiera dudó en hacer valer su criterio.

Como nos advierte el saber popular, el camino del infierno está plagado de buenas intenciones. Bien sabemos, la gravedad de muchos casos lo muestra, qué ocurre si se equivoca el estatuto de la demanda y se le otorga una respuesta colmante, equivo-

cando justamente ese estatuto. Y si bien es cierto que el sujeto a falta de palabras puede apelar al recurso de la acción («comer nada»), también él puede quedar sin recursos ante el sentido apabullante. El sujeto se efectúa respondiendo al Otro. Pero no siempre alcanza a responder. Puede no tener respuesta.

A propósito de esto, me fue relatado el caso de una nenita de cinco años que había sido internada en un hospital con una probable intoxicación salicilica. La madre le administraba aspirinas, y la nena, a su vez, se encerraba en el baño a tomarlas. Ya padecía una intoxicación crónica que le había producido una gastritis sangrante. Había quedado hipoacúsica a raíz de un antibiótico «mal dado», y en esa oportunidad podría haberse muerto. Durante la reciente internación, la madre seguía administrándole aspirinas a su hija argumentando que ella «se las pedía», o que también «se le había caído un poquito» en el vazo de la nena, o que «le dio un beso y que le quedó polvito en la boca». La nena, muda, no atinaba más que a abrir la boca y recibir las aspirinas.

La analista intervino de la siguiente manera: por un lado con la madre; ésta debía permanecer afuera durante los encuentros con la hija. Y por otro lado, con la nena; *introduciendo* un juego que consistía en sacarle punta a un lápiz y llenar un recipiente con el polvillo de la madera. En un momento la analista hizo ademán de levantar una cuchara y observó cómo la nena abría la boca dispuesta a ingerir el polvillo realmente. «¡Pero estamos jugando!», le dijo la analista mientras hacía como que le daba de comer a un muñeco. A partir de esa intervención, será la niña quien alimente muñecos.

Tal vez no se trata de un psicoanálisis en el sentido tradicional, pero sí de una intervención analítica atenta, reconocedora del tiempo del sujeto que posee aún pocos recursos simbólicos para dar a la demanda materna una respuesta no automática.

La dependencia real coloca a todo bebé, cachorro humano, sujeto acéfalo, en manos del Otro. Aun cuando el juego se inicie tempranamente por virtud de la falta que opera en la relación del sujeto y el Otro, la hiancia, que inaugura la oportunidad de existencia para el sujeto, no estará aún asegurada. Durante bastante

tiempo el niño necesitará recrear la pérdida del objeto que él era para el Otro, engendrar asimismo por esa vía el objeto como falta, operación en la que requerirá de pequeños objetos reales, y también reproducir, en la relación con el Otro, la imposible complementariedad. Será esencial en cada tramo el tiempo del sujeto y los recursos simbólicos con los cuales habrán de redistribuirse los goces.

Estos recursos pertenecientes al tesoro significativo hallarán procedencia en las arcas que el Otro provea; como dijo ese gran poeta Joan Manuel Serrat en su canción sobre los locos bajitos: «con la leche templada y en cada canción». Así es, con la leche templada con la cual se lo alimenta es como se sumerge al niño en el circuito de la demanda.

LA DEMANDA EN JUEGO

Ahora bien, cuando el juego se inicia, lo hace perturbando el campo de Otro. ¿A qué me refiero?

Las condiciones que causaron la llegada de ese bebé, las significaciones en las que él halló cabida, incluyen un hecho de inicio. Es que el sujeto encontró lugar, en ese campo, por la simple pero insoslayable razón de haberle hecho falta al Otro. Sin falta no hubiera habido entrada. Pero, a su vez, cuando la hay, ella lleva adherido de modo indeleble el anhelo de encontrar «lo que le hace falta». ¿Qué ocurre entonces? En el mejor de los casos, el bebé no encuentra medida exacta en el Otro. La expectativa que abrió las puertas a la alienación primera puede dar un estruendoso portazo al momento de la separación. Los padres esperan un bebé, pero cuando nace, resulta que es una nena o un nene, nunca logra eludir un resto que no encastra en la demanda anhelada y perturba de una u otra forma la relación. De la tolerancia que el Otro disponga ante esa perturbación de su campo dependerá la continuación o detención de una dialéctica singular que ofrece o niega la posibilidad al sujeto de jugar su cifra. Cuando digo tolerancia a la perturbación

de su campo, claro está que me refiero a la que ocurre más allá de las buenas intenciones. Un nuevo ser nunca será lo esperado, más bien introducirá lo nuevo en lo familiar, algo inesperado y desconocido.

«Si todo anda bien», como decía ese excelente clínico de la infancia que fue Winnicott (1972), el niño tendrá «perturbadoras costumbres» como decía Freud (1920). Sólo si todo anda bien, la relación entre el niño y el Otro se incomodará. En otros términos, el niño no procurará una satisfacción completa, ni el goce esperado. Según lo diría Lacan, con su lógica de los goces, el goce fálico, que siempre incluye la incompletud, incomodará el goce del Otro, amante de la complementariedad. Entre el Otro y el niño como objeto no habrá «enteridad».

Puede parecer paradójico, pero sólo si todo anda bien encontrará cabida cierta medida de perturbación. En ese caso, escucharemos decir que, o bien el niño llora y no se sabe exactamente qué le pasa, o que el niño come de más o de menos, o también, más tarde, que el niño tira los objetos al suelo, donde es difícil e incómodo encontrarlos. El niño, aparentemente, romperá los hermosos juguetes bien armados que le regalamos. En definitiva, si todo sale bien, aquello que los niños romperán son los esquemas previstos, día a día irá introduciendo como respuesta al Otro una marca diferencial. Manifestación sensible de la emergencia de un trazo distintivo del sujeto, que habiendo surgido en el campo del Otro, toma posición, ocupa su lugar. Lugar anticipado en el Otro primordial si con su presencia deseante ofreció también su falta, donando con hechos reales y no sólo con palabras su castración.

De esta manera, las piezas del engranaje «harán juego». Con ellas, la estructura se irá construyendo con piezas móviles. En ella, los juegos que el niño vaya jugando le otorgarán un sesgo privilegiado que intentaré desplegar, un marco alojador a los goces de la existencia.

Ese marco se irá diseñando, tiempo a tiempo en la infancia, por la vía de una escritura específica, esencial e insustituible para cada uno de esos tiempos. El factor temporal se muestra en todo su esplendor. Si los juegos difieren y sus manifestaciones

se muestran disímiles es en la medida en que ellos expresan diferentes tiempos de la escena. Tiempos equivalentes de construcción del fantasma. Es que en el despliegue del juego se producen trazos en los que el sujeto se recrea, haciéndose notoria la presencia de un tránsito que, redistribuyendo los goces de la infancia, va dando sus primeros pasos hacia la entrada en el lenguaje, y sólo más tarde hacia esa conformación definitoria posterior que es la neurosis infantil, constituida sobre el andamiaje fantasmático. De uno a otro mojón, ese transcurrir reclama al sujeto de la estructura recrearse en tiempos de juego.

LOS TRES TIEMPOS DEL JUEGO DEL CARRETEL

Un texto freudiano en el cual pueden delinearse claramente tiempos de redistribución de goce es el conocido *Más allá del principio de placer* de 1920. Freud, al describir el juego de su nieto, el juego del carretel y la oposición significativa *fort-da*, lo hace en una secuencia de tres tiempos, tres tiempos de juego. No ha sido bastante resaltada la secuencia de estos tres tiempos, pero son tres, uno se enlaza al otro, lo que quiere decir que sin uno no se sucede el otro. Los recuerdo brevemente.

En el primero, el niño arrojaba los objetos donde era difícil hallarlos, fuera del campo esperado del Otro. Este tiempo se muestra previo y necesario al segundo, productor de la oposición significativa: el juego del *fort-da*, en el cual el niño arroja el carretel dentro y luego lo retira fuera de la cuna. Este juego sostiene al sujeto situado fuera de la cuna, en exterioridad al lugar donde previamente él estaba. No sólo el bebé está fuera de la cuna, también el sujeto *ek-sistere*, está fuera de lugar. Pero si la ubicación del bebé, por fuera de la cuna, es de localización espacial, la existencia del sujeto se revela más como un tiempo que como un estado. El tiempo del sujeto es el de recrearse fuera del lugar en el que estaba originalmente ubicado por el Otro. Por eso Lacan dice que el sujeto *ek-siste*. *Ek*, fuera, *sistere*, lugar, porque existe en ese intervalo de significación que da

aire y emergencia al sujeto, gracias a atravesar el sentido que le ha sido propuesto para su vida. Habiendo traspasado, pues, ese sentido, el sujeto se efectúa como tal en esa oposición de significantes emitidos y extractados de la lengua materna, oooo-aaaa. Éste será, a su vez, un tiempo anticipador y anterior al juego del espejo, citado por Freud a pie de página. El niño que se había encontrado con el vacío de la cuna, sitio preciso del que había sido restado, nombra significativamente su ausencia como objeto del Otro y juega, en tercer lugar, a sustraerle la imagen al espejo. Es posible ubicar con precisión en este texto los tres tiempos. Tiempos de juego con predominio de lo Real primero, luego de lo Simbólico, y, en tercer término, de lo Imaginario, al final. Tiempos no sólo de corte, sino también de secuencialidad y reversibilidad, solidarios de una recreación del sujeto y una redistribución de goce.¹

Muchos años antes, en otro magnífico texto, «El creador literario y el fantaseo» (1908b), con verdadera inquietud investigadora Freud se preguntaba por el destino de los juegos que los niños, placentera y espontáneamente, ejercitan en la infancia. Observador nato, percibió el sesgo reproductor del juego y la cuota gozosa que incluye su puesta en acto. También el ensimismamiento del niño sumido en su universo creado e indiferente al testigo de su accionar. Complacido en sus derroteros, Freud se interesaba también por entonces en por qué y de qué modo se van sustituyendo los juegos de la infancia por actividades adultas. Es un texto realmente ilustrativo. Al leerlo me dio gusto seguir los pasos tan puntualmente descritos por Freud, cada pieza del andamiaje sobre el que se montan, siguiendo la eficacia de una operación de sustitución, los tiempos de articulación del fantasma.

1. El tema de los tiempos encontró estímulo en el desarrollo que Héctor C. Rúpulo realizó en *Notas de la Escuela Freudiana*, n° 3, diciembre de 1979.

LOS TIEMPOS DEL FANTASMA: LA ESCENA EN JUEGO

En realidad, el texto de Freud apunta explícitamente a indagar las razones que promueven la creación literaria. Pero, a mi entender, otras líneas quedan tendidas, disponibles a quien quiera ir a la pesca de ellas. Una presa interesante, que bien vale la pena seguir en el texto, paso a paso, es la cuestión de los tiempos. Tiempos que, de modo notable, describen cambios de punto de vista del sujeto. En ellos es apreciable la movilidad de la mirada. La descripción pintada por Freud con exquisita retórica permite advertir matices que, siguiendo el hilo del movimiento de la mirada, hacen presente al lector tiempos sucesivos en los que cambia el punto de vista del sujeto, arrastrando con él un cambio de escena.

De este modo, en un primer tiempo el niño juega, él no muestra ni esconde su juego a la mirada. La escena se recorta desde la perspectiva del observador: el sujeto es visto jugando.

Cuando el niño juega no oculta sus juegos pero tampoco los representa teatralmente ni los ofrece a la gozosa mirada de un público acomodado a la presentación de un espectáculo; juega, simplemente juega. No lo hace para otro, pero sí con el Otro. Al observar a un niño jugando, no deja de ser conmovedor advertir que el plano del juego se teje con hilos complejos, de finas y delicadas texturas, de frágil materialidad; sus cuerdas guardan una tensión insoslayable, ellas pueden averiarse o sufrir un corte en cualquier tramo de su desarrollo. También anidar una trama para dar lugar a un pasaje o segundo tiempo de la escena. En este segundo tiempo se produce el ocultamiento de la escena a la mirada. Es la manifestación sensible de una operación realmente significativa. El sujeto, colocado en otra perspectiva, pasa a verse jugar en el despliegue del ensueño diurno que su pudor, dique pre-represivo, le impide relatar.

Los sueños diurnos o fantaseo de vigilia se pueblan de escenas anheladas en las cuales héroes y heroínas representan sus roles ideales; pero a diferencia del tiempo anterior ellos juegan en la imaginación. Con la fineza clínica que lo caracteriza, siempre admirable, en el mencionado texto de 1908 Freud hace notar el

recelo con que el niño mantiene secreto el relato de su fantasía. Advierte el pudor que lo embarga y le impide exteriorizarlo. Pudor, vergüenza, verdadero índice clínico. Freud ya lo había situado magistralmente en los *Tres ensayos de teoría sexual* en 1905. La vergüenza, como dique pre-represivo, da cuenta y relevo de un tiempo del sujeto y de su relación fantasmática. La vergüenza también indica cierta ubicación de la mirada, ante ella el sujeto supone que su intimidad está a la vista, lo interior no está salvaguardado suficientemente a la mirada, cierta transparencia deja expuesto y al descubierto aquello que el sujeto no quiere mostrar, pero no logra aún preservar. Me recuerda ese momento en que el niño cree que el otro conoce sus pensamientos, el temor que lo embarga, lo que lo lleva a frenar su librepensamiento y alimenta el terreno sobre el que germina más tarde el pensamiento mágico. Es que el pensamiento se ha tejido con los significantes del Otro, y entre el sujeto y el Otro no están asegurados los límites de lo propio, un carácter transitivo sostiene la relación. Sólo más tarde, adicionará Freud, afianzado el telón que guarda la escena original preciada, una vez que el velo haya cubierto lo real sexual, surgirá la escena como recuerdo. En él, la mirada no se ve gracias a la pantalla eficaz del fantasma. El recuerdo, buen encubridor de lo real, se presenta como cara de la realidad. Claro que para entonces ya estamos en el análisis del adulto que dice recordar su infancia, adulto en el que ha precipitado la neurosis infantil y discurre por las vías de la neurosis de transferencia embarcado en las aguas oceánicas de su fantasma. Sin el fantasma, que le ofrece su cara de realidad, jamás podría recordarse. Esto es, verse jugando en la infancia, en un tiempo en el cual el niño que era ya no es más que un recuerdo encubridor infantil del adulto.

¿Acaso los recuerdos no son la evidencia misma de lo encubridor? Los recuerdos en tanto encubridores se revelan siendo más que reproducciones de acontecimientos vividos, producciones sustitutivas. Ellos, más que reproductores fieles de una mismidad, son productores de una falta de identidad, creadores de una diferencia. Freud señala, al abordar su dinámica, la idiosincrasia del recuerdo con imágenes plásticas, similares a las

que ofrece lo teatral. Sólo que en ellas, a diferencia de los recuerdos, el espectador mira la escena; en el recuerdo hay otro giro de la mirada, lo llamativo es que el sujeto se ve, se ve en la escena.

«El creador literario y el fantaseo» es un artículo que siempre ha renovado mi interés en volver a él. No sólo por el bello estilo freudiano, grato y atractivo al lector, sino también porque abre cada vez otra agradecida sorpresa, un nuevo camino insospechado en la lectura anterior. Es un texto rico para un analista de niños, revelador de algunas otras cuestiones sobre los tiempos de la escena y del fantasma.

En un primer tiempo, el niño no oculta a la mirada del otro la escena lúdica, él juega. Luego el sujeto pasa a verse en el ensueño diurno, la escena no es percibida pero es hipnótica, los niños pasan horas imaginándolas y suelen ya ocultar la escena de su fantasía, no quieren contarla. Los hilos del fantasma van preparando el tejido, las tramas de la futura puesta en el mundo, de la entrada en escena, momento crucial de alcanzar, en la llamada realidad, una cierta medida de realización para los soñados goces. Me pareció encontrar en ese texto una referencia sumamente precisa para pensar la cuestión del juego y articularla a los tiempos en que se produce la puesta del sujeto en la escena. La retomo porque el pasaje de una escena a otra parecerá situarse más que en una transformación espacial en una discontinuidad temporal.

Cuando dictó su seminario sobre la angustia, a Lacan le interesó, respecto al *Hamlet* de Shakespeare, la tensión dramática que se resuelve en el plano de la puesta teatral final y decisiva. En esa clase, hace una mención a tiempos de la escena, lo que resulta sumamente útil para pensar la cuestión del juego. Lacan plantea como primer tiempo de la escena, como la primera escena, la escena en el mundo. Corresponde a un tiempo casi mítico, pues el sujeto no hizo aún su entrada a ella. Luego, en un segundo tiempo, surge la escena sobre la que el sujeto hace entrar, montar ese mundo. Una vez montado sobre la escena, eso da lugar a otro tiempo, comienza a discurrir como historia.

El cuarto tiempo es la dimensión de la escena sobre la escena, el teatro mismo. En ese espacio, el personaje trata de dar cuerpo a algo, a algo que no es estrictamente idéntico a él, y al mismo tiempo conserva algo de él. El arte se muestra justamente en eso. Para ubicarse en el lugar del personaje, el actor deja de ser él mismo; para jugar a ser, se hace necesaria una pérdida de identidad, de identidad con uno mismo. Jugar a ser el personaje es también jugar a no ser, implica un lugar de desprendimiento. Un lugar de diferencia.

El juego humano es el único que guarda esta ganancia. El animal también juega pero lo que nunca él hará es jugar *de...* Es decir, ofrecer apariencia de ser, jugar con el equívoco o producir el engaño. Jugar *de...* implica una diferencia entre el personaje al cual se juega a ser y el ser mismo. En esta distinción entre la apariencia y el ser pareciera centrarse la esencia del juego, su carácter recreativo. Paso a paso, en el despliegue del juego, se recrea un vacío apto para engendrar movilidad, empuje a la efectuación del sujeto. En el lenguaje castellano, este movimiento ha encontrado una feliz expresión lingüística. Solemos decir que las piezas móviles «*hacen juego*» o bien «*hay juego*».

Se trata de un tema apasionante, no sólo para el psicoanálisis, también lo han abordado distintas corrientes del ámbito teatral. La línea tradicional plantea que la «puesta en escena» es la reproducción, en la escena, de un texto. En el punto de partida está el texto y el recorrido va desde él a la escena. *El teatro de la muerte*, de Kantor, plantea un movimiento inverso. Es a partir de la escena que se produce un texto. Al leer sus propuestas evoqué la breve mención que hace Lacan en el Seminario 10, y ella condujo mis elucubraciones sobre los tiempos del sujeto, los tiempos del fantasma y, por supuesto, la función del juego no sólo como contribuyente obligado a la construcción del fantasma, sino también al lugar que el juego ocupa en el análisis de un niño y cuál ha de ser la relación entre el lugar del analista y el movimiento de ese tercer tiempo, el de la escena sobre la escena.

La frase típica que dicen los chicos antes de empezar a jugar, «dale que era», ¿no es una frase en la que el tiempo verbal

parece disonante?. ¿Cómo «dale que era»? ¿No se dice acaso dale que soy o que fui o que seré? ¿Qué releva el «era» como tiempo verbal correspondiente al pretérito imperfecto? La factura esencial del pretérito imperfecto es lo no realizado, que, como tiempo verbal, impide cristalizar el ser del sujeto en una identidad permanente. Es un tiempo verbal incumplido, apto para el juego. A salvo de la identidad, se abren vías para las identificaciones. El juego del personaje implica justamente eso, jugar a perder las identidades. Desde que se inicia, el juego es proveedor, productor de una ficción, de un texto que va recreando una realidad y produciendo una representación del mundo. De allí en adelante, el texto, por su parte, irá llevando –Freud lo subraya– a la represión de la escena lúdica. Es decir, el texto que se produce en el juego lleva a la represión del juego. Los adultos dejan de jugar y a veces, lamentablemente, llegan a instalarse en identidades que les impiden el movimiento en la escena.

El juego parece dar lugar a la escena que, subiendo y bajando el telón, hace girar el escenario de la escena real a la Otra escena. Por esa vertiente el niño también será un creador literario, él crea letra personal con el texto del Otro, pone una letra en juego que irá reprimiendo el juego mismo. En ese juego el objeto real, que era su sustento, pasa a la ficción. Por lo tanto, de tiempo en tiempo, ya no se actuará moviendo la imagen en la escena real, la representación pasará a ser «mental». En su ínterin, el niño juega a producirse como lugar simbólico, despegándose de la significación que le recae desde el campo del Otro.

LA REPRESENTACIÓN LÚDICA

«Es sólo un juego» se suele decir al banalizar la seriedad de un acto. Es más, se afirma que *sólo es eso*, queriendo acentuar una distinción entre algo real y algo ficticio, entre lo realmente acontecido y lo representado.

El juego, así propuesto, sería considerado una representación alejada de la realidad efectiva, o bien una reproducción teatralizada de la misma. Pero esta distinción entre el juego como representación y aquello que llamamos realidad, ¿es acaso natural y evidente? ¿Qué entendemos por realidad?, ¿qué quiere decir que la reconocemos?

Sabemos cuán inquietante puede ser no estar demasiado seguros de ello, qué extrañeza nos embarga cuando un acontecimiento vivido se presenta recubierto de irrealidad o cuando uno soñado toma el viso pesadillesco de real. Qué ocurre cuando el telón no deja ver su tela y la frontera de la escena en la que estamos se desdibuja, emergiendo lo *unheimlich*, lo siniestro.

En la escena lúdica, cuando el niño actúa su representación, *él sabe* que se trata de un juego y *aun así* cree en él. Lo hace tan intensamente que se alegra, se envalentona, se angustia, en fin, se emociona de verdad. La intensidad afectiva afecta al actor invitando una multiplicidad de preguntas.

¿Cómo es posible que una escenificación de la realidad –no la realidad misma– cause sentimientos y aun afectos? (Vegh, 1998). ¿Cómo es posible que una escenificación muestre sus efectos en la realidad? ¿Qué relación guarda aquello que llamamos realidad con el juego o escena lúdica que parecerían contraponérsele? ¿Cómo definir la realidad?

REAL Y REALIDAD EN JUEGO

La distinción entre lo Real y la realidad no se la debemos a la formalización freudiana sino a la lacaniana. Con la distinción de los dos principios del suceder psíquico –principio de placer y principio de realidad–, Freud alcanzó a circunscribir conceptualmente el conflicto y también las eficacias de su dinámica, pero al encontrarse con un más allá del principio de placer, aceptó que quien tiene principios tiene finales. Así, puso punto, y a renglón seguido, por los años veinte, tiró una línea a la pesca de un concepto fundamental, aquello que vuelve al mismo

lugar, lo Real. En el citado artículo, algo insumiso al principio de placer se hace presente sin concesiones, mostrando al experimentado analista el costado más patético del fracaso clínico: la repetición. Aquello que vuelve una y otra vez al mismo lugar, lo eternamente idéntico, el rechazo de toda distinción, la ausencia de trazo diferencial, fueron algunas maneras de nombrar lo Real en la enseñanza de Lacan.

Enseñanza que, a lo largo de los años, fue afinando más y más el lugar de lo Real en el sujeto de la estructura, sujeto R.S.I. De la mano de una delimitación cada vez más precisa, fue mostrando, en diversas escrituras, que lo Real tomaba puntualidad y reclamaba distinciones.

Atravesando la retórica, transitando por la matematización y la lógica con anudamientos y trenzados, Lacan coloca su invento, el objeto *a*, en el entrecruzamiento real de sus tres registros. Allí localizado, el objeto será de lo Real, pero lo Real no será sólo el objeto *a*. Si bien el trauma será de lo Real, el goce será de lo Real, la letra será de lo Real y lo *unmerkant* será de lo Real, lo Real no será equivalente todo él ni al trauma ni a la letra, ni al goce, ni al objeto *a*. Sólo el nudo permitirá localizar que hay un real de lo Real, un real al cuadrado, que para Lacan es lo Real de la vida.

Claro que a la hora de abordar el tema de lo Real, las distinciones mencionadas anudan también distinciones clínicas, incidencias diferenciales en la dirección que imprimimos a la cura y, aún más, variantes en nuestras intervenciones como analistas.

Junto a la formalización progresiva de lo Real pudieron enhebrarse otras distinciones. El concepto de repetición, antes mencionado, alcanzó con ello una ganancia enorme. Fue de gran importancia clínica articular, tal como lo hizo Isidoro Vegh, la diferencia entre la repetición de lo Simbólico, como insistencia distintiva, y la repetición de lo mismo, propia de lo Real; distinguir la secuencialidad temporal que implica lo Simbólico, de la mismidad que conlleva lo Real.

Tal distinción ocupa un lugar preponderante a la hora de considerar el juego del niño en la clínica del sujeto en los tiempos de la infancia, tiempos que irremediabilmente sobrepasan

o desconocen toda cronología y sí reconocen una materialidad real, simbólica e imaginaria del tiempo. Ellos permiten, con más precisión, afinar tiempos de efectución del sujeto, que no es infantil ni adulto, del sujeto que no es un *a priori* sino que se efectúa; tiempos del objeto, del deseo, del amor y del goce, objeto que no es en sí sino que se engendra diferencialmente con localizaciones precisas en cada tiempo; tiempos del inconsciente, como tiempos de producción y reproducción, y también la lógica de los tiempos de construcción del fantasma, tiempos subsidiarios del armado de la escena y de una de sus facetas: la realidad.

Una nena jugaba a golpear mi brazo aprovechando que yo no la miraba. En tanto lo hacía, sonorizaba el golpe: «Pum, pum, pum». El juego continuaba con mi pregunta:

—«¿Quién es?»

—«Victoria» —respondía.

—«¿Y quién es Victoria?» —yo continuaba.

—«¡Yo!» —decía ella, aplaudiendo jubilosa, con risa franca y festiva.

El juego se repitió varias veces, ella continuaba gozosa del encanto del *moi*. Hasta que apareció su primo en la escena. Ante mi pregunta: «¿Quién es?», ella respondió «Javo», pero al preguntarle «¿Y quién es Javo?», su respuesta fue curiosa. Respondió «ella», en lugar de «él».

El juego completo nos permite localizar cada tiempo del sujeto. La niñita inicialmente se nombra como la nombran, Victoria. Luego se descuenta del campo del Otro y logra la ganancia del *shifter*, puede nombrarse «yo». El pasaje, de nombrarse inicialmente como el Otro la nombraba a decir «yo», requiere una operación de descuento del campo del Otro y una nueva producción. También el tiempo para adminir la diferencia de los sexos que aún ella no ha alcanzado.

A medida que acuñamos mayor precisión para delimitar cuáles son los tiempos necesarios en la constitución de la estructura, accedemos al reconocimiento de las fallas y tropiezos propios de la realización contingente de tales tiempos. Con tal formalización distintiva nos desprendemos de problemas

inconducentes, que fallan en la propuesta misma, planteos que quedan varados en falsas opciones tales como si hay o no fantasma en la infancia y nos confinan a una disyunción sin salida.

Es preferible considerar que el fantasma, sostén de uno de sus rostros que es la realidad, se construye en tiempos. Tiempos en los cuales es posible ubicar las piezas de una ventana con bisagras diferenciales que enmarca la relación del sujeto con los objetos en el mundo, orientando su deseo o anclándolo a la inmovilidad de un goce para cada tiempo de la infancia, con consecuencias perdurables en otros momentos de la vida. Lacan introduce el término *fantasma* con la intención de aclarar y establecer mayor precisión lógica al concepto de fantasía, teorizado originalmente por Freud, pero cuya significación siguió reinterpretaciones imprecisas. Empeñado en volver a Freud y darle al psicoanálisis un estatuto científico, se acercó a la lógica como ciencia de lo real.

No es mi objetivo detenerme en detallar sus razones; no obstante, apelo a la consideración de esa lógica con la finalidad de acercar, a quienes gusten hacerlo, la vía para alcanzar las fuentes en las que nutrí algunas de mis propuestas. En esos términos, haré una breve mención a qué me refiero con tiempos del fantasma.

Lacan escribió el matema del fantasma y se abocó a establecer su lógica en un seminario específico sobre la lógica del fantasma. Lo escribió así:

$$S \diamond a$$

Sujeto S , *point* $\diamond$, y objeto a .

En una de las clases toma el articulador $\diamond$ y lo desarticula, presentando sus cuatro operaciones: mayor que ($>$), menor que ($<$), alienación ($\vee$) y separación ($\wedge$). Considerando sus variantes, es posible pensar los tiempos del fantasma.

A medida que se cursan los tiempos de la infancia, el andamiaje fantasmático reconoce al sujeto mayor que el objeto, cuando prima la articulación del deseo, pero al comienzo es mayor el objeto que el sujeto. Es otro modo de plantear que los

tiempos incluyen, también, momentos predominantes de alienación y otros de puntual separación. Lo podríamos escribir así:

$$S > a$$

$$S < a$$

$$S \vee a$$

$$S \wedge a$$

Todos ellos expresan tiempos del sujeto y de su relación con los objetos de deseo, de amor y de goce. En la infancia, cada tiempo del fantasma articula para el sujeto cierta medida de acceso a los goces; como consecuencia se aparta de ser el objeto que da goce al Otro. Es la vertiente del fantasma como articulador del deseo. Desde luego, el fantasma también es soporte de una identificación con el objeto con el fin de desconocer la castración del Otro, pero esa identificación posterior con el objeto, una vez constituido el fantasma, debe distinguirse del lugar de objeto que un niño tiene para el Otro cuando aún no ha constituido su propia pantalla fantasmática.

En la atención de niños, no se trata de una diferencia menor, ella es de suma utilidad para la clínica y de gran ayuda para delimitar coordenadas diagnósticas cuando está comprometida la construcción de la realidad.

La construcción de la realidad requiere una operación sostenida y reiterada de la castración sobre cada uno de los objetos pulsionales. Los tiempos del fantasma son tiempos de pérdida y redistribución de goces, y esto es así hasta el enmarcado definitorio, no definitivo, del fantasma con que el sujeto accede al acto sexual. Sin embargo, para alcanzar tal acto, para dar ese paso, le es imprescindible haber construido un marco orientador del deseo para dirigir la búsqueda del objeto en la realidad. Como ya he dicho, el objeto que escribimos en el nudo no registra tiempos. Sus aptitudes para funcionar como causal del deseo o como plus de goce no se muestran en el nudo, mucho menos su alternancia, su fijeza o su recreación. Tal movilidad no se enhebra naturalmente. Requiere ciertas condiciones.

En los tiempos de la infancia, dos grandes tiempos de des-pertar conmueven con su real las variantes de la escena, en tanto se dialectizan el lugar del sujeto y del Otro. Sin embargo, su dialéctica sólo se produce si las piezas que intervienen hacen juego y no se complementan en un encastre trágico.

El curso constituyente de la estructura del sujeto, cuyo entramado se teje en la incompletud, se realiza en tiempos cuyo engranaje no es mecánico. Cada tiempo del fantasma será un tiempo de la escena si la escena lúdica, en los tiempos de la infancia, sitio preciso donde el niño juega su existencia de sujeto, halla lugar.

El niño como objeto *a*, pudiendo ser causal del deseo de los padres, puede ser también enclave de un plus de gozar más y más. Enclaustrado en el fantasma materno, si nada de él se expulsa en lo real, queda impedida la construcción de la realidad. En definitiva, el acceso a la realidad reclama, por lo tanto, una pérdida inexorable. Perder un trozo de real, alcanzarlo como imposible.

En síntesis, la dinámica, sin la cual se frena el transcurrir, requiere un soporte. Ella reclama un entramado lúdico, tiempo necesario e insustituible, que viabiliza el pasaje de una escena a otra. El espacio se transforma en escena cuando hace su entrada el sujeto. En el espacio creado en el juego se va engendrando un cambio esencial de tinte escópico, un cambio de punto de vista que conlleva una distribución del goce en la escena. Desde la escena lúdica, en la cual el niño no oculta sus juegos a la mirada del Otro, a la ensoñación diurna, que su vergüenza le impide relatar, un cambio de perspectiva va pergeñando la Otra escena donde el sujeto se reproduce como sujeto del inconsciente. Para ello el juego es necesario como productor de un texto a reprimir. Él ha de jugarse para cada tiempo del sujeto, pues jugando el niño dinamiza, pone en movimiento lúdico la demanda del Otro y va dando ocasión a que opere un resto, promovedor, causal de deseo y orientador de los goces enlazados a él.

LA ESCENA LÚDICA: SUS CONDICIONES

Hasta aquí situamos la importancia del juego en la constitución del sujeto, en el modo mismo en que la estructura se va construyendo. Anticipamos la importancia axial que le cabe a los padres en el origen y renovación de los tiempos del sujeto. Nos aguarda dar un nuevo paso y abordar otra pregunta dirigida al esclarecimiento de qué debemos leer en el juego o en su ausencia: ¿qué es lo que opera en la escena lúdica motorizando el pasaje de un juego a otro?

La escena lúdica parece resaltar como elemento relevante el movimiento, el pasaje de una representación estática, de estilo cuasi fotográfico, a la representación dramática que implica un desarrollo. Pero ese transcurrir, ¿por qué se produce? Hay chicos que no juegan y adultos a los que en la vida no les ocurre casi nada. ¿Por qué? Anticipo la respuesta que propongo y luego desarrollaré: es que, en el juego, la imagen especular —precipitado jubilatorio que acentúa la cobertura imaginaria del objeto, escrita por Lacan con el matema $i'(a)$ — se mueve; da así posibilidad a un contrapunto temporal, el *semblant*.

JUEGO Y SEMBLANT: LA IMAGEN EN JUEGO

En 1953, en los albores de su enseñanza, Lacan publicó un texto dirigido a demostrar, con un modelo óptico, los ejes sobre los que se constituye el yo. Como un precipitado químico, en el espejo sostenido en los muros de la mirada del Otro, ese instante de coagulación imaginaria, propio del estadio del espejo (Lacan, 1971b), es jubilatorio. Lo notable es que no sólo es jubilatorio por el júbilo que produce, sino porque como una jubilación perdura en nosotros. Tal precipitado contribuye a conformar la estructura, irremediabilmente.

La primera imagen en la cual el sujeto se reconoce, apropiándose por identificación, no se mueve. Viendo su imagen en el espejo, configura en ella la realidad de su cuerpo, olvidando que se trata de una exterioridad, y la toma como propia. Esta apre-

hensión de la realidad se caracteriza por un estatismo cuasi fotográfico. La fijeza, que da forma a la imagen, se contrapone a la turbulencia de los movimientos corporales del sujeto que, si se mueve, es para buscar el testigo real que certifique la apropiación de la imagen. Instante humano por excelencia, el júbilo será el índice del investimento libidinal.

Con el cuerpo imaginario que ha tomado forma en el narcisismo especular, se protagonizan los juegos de la infancia, moviendo la imagen en la escena lúdica cuya primera puesta en escena podría llamarse: engañar la demanda del Otro.

Jugando a engañar la demanda del Otro, el sujeto va recreando el vacío en el que se constituye su existencia, al mismo tiempo que el velo con que oferta su apariencia. Y como dicen los cuentos de hadas, que tan bien han simbolizado la significación fálica: «Y entonces... lo tocó con la varita mágica y los objetos inanimados tomaron vida». Como Pinocho que se convirtió en niño, las imágenes de los espejos se animan, se ponen a andar, los personajes salen de los libros y viven sus propias aventuras, es decir, juegan.

En el juego hace su entrada en escena el sujeto, produciendo un goce sustitutivo inicial. Acordonando lo viviente a la imagen, en el juego se pierde una y otra vez —con el disfraz que el sujeto viste— la fijeza con que precipitó, en un tiempo necesario e instituyente, la imagen coagulada del cuerpo propio. Vestidura imaginaria a la mirada del Otro.

Pero el niño sólo podrá tomar cuerpo protagónico en los juegos, moviendo la imagen, sin el riesgo de que se desanuden Real e Imaginario, gracias a la incorporación de la letra del Otro. Pues la imagen especular contiene un resto no libidinizado, un real que se sustrae al recubrimiento imaginario, dejando en la escena de lo conocido algo no localizable, no reconocido por el sujeto. La escritura $i'(a)$, para nombrarla, nos recuerda la presencia del objeto a , ese real que en la imagen se anuda, dando forma al cuerpo. En este estado de cosas, el movimiento puede dañar la imagen. De modo que la intrusión de lo real requerirá, cada vez que se presente, una operación de reasunción de la imagen especular.

De todos modos, así como en el tiempo del estadio del espejo el sujeto se aliena a la mirada del Otro identificándose con su imagen, en los tiempos de la escena lúdica el sujeto recrea su ausencia dando lugar a constituir otro operador: el *semblant*. Su mención es temprana en los seminarios anuales del maestro francés; de hecho habla de él hacia la misma época de «El estadio del espejo», pero esta vez refiriéndose a las psicosis. Sin embargo, su conceptualización fue tomando fuerza y definición muchos años más tarde, cuando su lógica y sus escrituras, con la búsqueda del acercamiento del psicoanálisis a la cientificidad, habían afianzado la localización y relevancia del concepto de lo Real. Buscando incansablemente pasarnos un «*bout de réel*», un pedazo de real, a quienes nos situamos como tributarios de su enseñanza, fue emparentando al concepto de *semblant* una afinidad propia, capacitándolo especialmente para presentar, para señalar, ese real tan imposible de abarcar.

Atenta a la complejidad del tema pero también a la ganancia que acerca su abordaje, me aboqué a investigar la incidencia y las vicisitudes del *semblant* no sólo en la clínica psicoanalítica, sino también en la estructura misma del sujeto. Recorrí la formalización del concepto, paso a paso, en cada seminario, sin encontrar una definición clara y definitiva. Pero, apoyada en las menciones recogidas, de gran utilidad para dar un paso más preciso en nuestro campo, aposté a definir el *semblant* como la cobertura imaginaria de un trozo de real anudado simbólicamente (Flesler, 1997 y 2002). El *semblant*, como cobertura imaginaria, guarda una ganancia respecto a la imagen especular. Es la de indicar, en la realidad, lo real del objeto, tanto por su ausencia como por su presencia.

Con la ganancia de un contrapunto entre imagen especular y *semblant*, se hace posible ubicar dos tiempos respecto al objeto. El tiempo del $i'(a)$, propio de la coagulación primera, con acento en el ocultamiento, y otro tiempo del *semblant*, tiempo revelador, que descubre un índice de real. Es en los últimos seminarios donde Lacan subraya, especialmente respecto al *semblant*, su afinidad con el objeto a . El *semblant* resalta la presencia del objeto en su doble función: como presencia de goce o

como falta que llama al deseo. En este caso, su función será prevalentemente agalmática.

El interés del *semblant* para un analista de niños toma relieve cuando el objeto es puesto en juego, contribuyendo al pasaje de una a Otra escena, y desencadenando una serie de eficacias. En primer término, como ya he anticipado anteriormente, con el juego se tiende a la producción de un texto renovador: el acervo simbólico con que el sujeto responde al Otro. El sujeto se acrecienta y enriquece, a su vez, con esos recursos, él se efectúa, da respuesta a la demanda, construye su ventana fantasmática y abre espacios para dimensionar su deseo. Por esa senda, paso a paso, si se realiza la progresión temporal, el juego irá variando por efecto de la renovada pulsación inconsciente.

Lo que ocurre es que esta pulsación, desligada de cualquier ideal de progreso evolutivo natural, no cuenta con garantía alguna para su sincopada apertura, ella puede permanecer en cierre. Sin tal pulsación, que opera gracias a una sustitución metafórica, hay pulsión constante. En lugar de *epokhé*, discontinuidad simbólica, la escena no se hará escena histórica, ella seguirá como un presente, tomada, o bien por la continuidad del goce o por la emergencia de la angustia que, como señal, no sólo impide el dormir, abortando el sueño; también, cuando traspasa el umbral, desencadena los fenómenos llamados de pérdida de realidad.

Tal como ocurre en el arte, la pintura será realista si vela lo real. En cambio, si lo real desborda, la pantalla de la representación puede estallar, el hilo de la realidad se pierde. Por el contrario, cuando el *semblant* va hilando su trama, con más y más recursos simbólicos, conjuntamente va asentando el buen enlace de lo Real y lo Imaginario. De hecho, el *semblant* permite no sólo recrear la Otra escena, sino anexarle un tinte recreativo a la escena del mundo. Con ello van cediendo los sueños de angustia, las pesadillas y los terrores nocturnos promovidos por la no intermitencia del objeto que, permanente como mirada, no deja cerrar los ojos, ni siquiera pestañear.

Recordaba el caso de una nena, Sofía, cuya angustia al momento de la consulta se había extendido, diurna y nocturna. En

ese momento, nadie podía pegar un ojo. Durante ese tiempo de análisis, Sofía hablaba y miraba, jugaba y volvía a mirar a su mamá, cuando ella estaba presente, y a mí, en transferencia. Es que su mamá tenía muchos miedos y no le sacaba los ojos de encima. En un tiempo posterior del análisis, comenzó a desplegar un juego y, en ese momento, introdujo una escena en la sala de espera donde estaba su mamá. Llegando en puntas de pie, escondida hasta el lugar donde su mamá aguardaba sentada, se aproximaba a ella, de repente, y hacía un gesto de asustarla, mientras gritaba emulando un monstruo: «¡Buh!». La madre respondía en el marco del juego con un grito, haciéndose la asustada, «¡Uy!». El juego en sesión, a su vez, la hacía representar una maestra que reprendía duramente a su alumna —que era yo—, pues esta última tocaba la pulsera que tenía en su mano en lugar de mirar al pizarrón. La maestra se enojaba. ¿Se enojaba porque Sofía miraba su objeto en lugar de atender a la mirada del Otro y en lugar de mirar, se tocaba? La mirada fue virando de la oscuridad vasta de la noche a la luz de alguna fobia delimitadora, basculando en el juego de Sofía el pasaje de la imagen especular al *semblant*.

Los miedos a la oscuridad de los niños pequeños no son fobias sin objeto; la oscuridad amplifica la vastedad del espacio dando cabida ilimitada a la mirada del Otro. Con la luz, resurge la representación imaginaria de los objetos, delimitando lo real del objeto de goce donde el niño se ve. Vuelve la realidad.

Recordar un sueño implica verse en una escena donde no se está. Del mismo modo, vaciando la mirada, extrayéndola del cuerpo, el niño se proyecta en el recuerdo, captando, con él, el índice de verosimilitud propio del principio de realidad.

Un niño que juega prepara su equipaje para transitar, camino al aprendizaje. La escritura, momento altamente simbólico, de corte real, dividirá el tiempo del sujeto en un antes y un después. Para alcanzarla, afortunada herramienta para nombrar los objetos ausentes, el niño ha de jugar con objetos reales. Con ellos, recreándolos como objetos simbólicos, él va a simbolizar la privación de un goce actual. Apoyado en esos objetos, en la secuencia del juego, se irá produciendo el trazo del sujeto. De

manera original, el juego cumple de ese modo su función promotora de un texto que produce represión. Con él, verdadero salvoconducto, se va efectuando el pasaje de esa escena, llamada lúdica, a Otra escena, vía la represión del juego mismo.

En el curso del juego, el niño hará una creación artística. Las letras del argumento, propuesto para su desarrollo, no desconocen su lugar de ficción, requieren verosimilitud y representan, para él, una inmensa carga afectiva.

Desde el juego de la infancia hasta el juego contingente del amor y los juegos amorosos, el juego se juega toda la vida. Tal vez porque los objetos con los que se va a recrear nuestro destino siempre son otros que los de la satisfacción. Ese juego se juega en inexorables desajustes. Algunos adultos pierden su potencial lúdico y se sumergen con severidad en las exigencias de la vida. Ellos prescinden del goce recreativo, padecen de aburrimiento. Para los niños, en cambio, el juego se presenta como necesario, promotor de un tiempo constituyente. Las contingencias de su devenir hacen frecuentemente a sus fallas. Cuando la represión, que necesita el soporte simbólico del Otro, no se produce por falla de la palabra, el *acting* llama al Otro mostrando una escena que está *out*, fuera del Otro. Es esperable, en el mejor de los casos, que la escena pase *in*, dentro, por incorporación del Otro, donde el sujeto halla lugar, sustituyendo el juego por la fantasía. La represión ha operado, la vergüenza que produce contar la escena fantasmática es su manifestación sensible.

Pero el juego no es el *acting* en la infancia. Si bien no es para el Otro, tampoco es sin él. El niño no muestra su juego buscando al Otro en tanto público; lejos de ser egocéntrico, su juego es conversado con el Otro «*que siempre va conmigo*», como canta Joan Manuel Serrat.

Cuando el Otro no acude, el *acting* lo llama. En los tiempos de la infancia, este llamado se dirige a los padres. Ellos lo transmiten en múltiples ocasiones. Cuando no lo hacen, se interrumpe la producción de saber y se produce la consulta, estableciendo transferencia con aquel al que se le supone saber.

LAS INTERVENCIONES DEL ANALISTA

Respecto al analista, ¿cuál es su función? Y ¿cuál es la función del juego en la escena analítica? Haciendo *semblant* de que juega (pues él juega a que juega y lo sabe) pro-mueve el juego. Destraba la eficacia impedida de la represión fundante. Promoviendo la pérdida de la imagen coagulada como referente de la representación, apunta a que el trazo no sea representativo del sujeto más que para otro trazo. Pone en marcha el juego detenido y con ello contribuye a la represión del juego mismo. Leyendo su texto, interpreta la cifra que un cuerpo muestra o la letra que en la insistencia significativa se reflota.

De esta manera el análisis, en los tiempos de la infancia, trata de promover en transferencia el recorrido pulsional tendiente a cerrar, al fin, el abrochamiento fantasmático en la pubertad. En ese sentido, los juegos y sus vicisitudes en la clínica con niños son reveladores de los tiempos y destiempos del fantasma.

A Palmira la miraron fijo. Demasiado tiempo sin responder, sintió sobre ella el ojo indagatorio de su madre que con angustia se alarmaba ante cada movimiento de su hija, también la mirada hipercrítica de su padre, quien subrayaba continuamente las insuficiencias en lugar de avalar los logros de la niña. A pesar de contar con diez años, Palmira lloraba como una nena pequeña cada vez que la vida le presentaba algún desajuste. No tenía amigas, sus pares se burlaban de ella y la única respuesta de Palmira ante el mundo era aislarse o llorar. Entretanto, en las sesiones de análisis se quejaba del trato injusto que le deparaban sus congéneres y las maestras en general. Ante esas situaciones, Palmira lloraba sin responder.

En los encuentros conmigo abandonaba el juego ante el primer traspie. En cierto momento eligió jugar al juego del «Mentiroso», juego que la habilitaba a mentir, pero llamativamente ella no sabía hacerlo. Siempre perdía. Sus gestos la traicionaban; eran demasiado transparentes, no atinaba a velar su intimidad. Lo Imaginario compacto no hacía juego, fijo en la imagen especular. Jugando me decía asombrada: «¡Pero vos mentís! ¿Cómo hacés?».

Finalmente me ganó un partido. Pudo lograrlo porque comenzó a ganar la capacidad de hacer juego con la imagen. El narcisismo coagulado empezaba a vitalizarse alojando una falta posibilitadora

del movimiento. La mirada ya no la perforaba automáticamente. Con el *semblant* había logrado engañar la mirada demandante del Otro.

El juego cambió notoriamente; aceptaba otros juegos y se quejaba al perder. «¡No es justo!», me decía. «Sí, es justo», le respondía yo. «No, no es justo», replicaba ella. «Es cierto», le dije finalmente, «no es justo lo que vos querías, pero sí es justo lo que quería yo». La risa de Palmira fue la expresión del alivio que produce en el sujeto el hecho de desprenderse de la coraza con que tantas veces debe defender su fragilidad.

En algunas ocasiones, el *semblant* fracasa carente de contenido y sólo hay apariencia. La imagen, fruto sin semilla real, se impone rígida haciendo que la imagen misma, vacía de verdad, se realifique, tal como describe bellamente la novela de Bioy Casares *La invención de Morel*. Su forma más extrema se presenta en la radical exclusión que ofrece la cáscara sin contenido en la parafrenia, o también cuando el sujeto, apresado en un narcisismo mal enlazado, se halla identificado totalmente con un personaje, no encontrando máscara para evadirse del personaje que habitualmente representa en su vida. Dicho de otro modo, pierde su capacidad de juego. Recuerdo una nenita pequeña que conocí en la Maison Vert, en París, comiendo como un perrito en el piso sin que el intento de hacerla jugar «a ser perrito» fuera posible.

En otras oportunidades, el velo imaginario desfallece ante lo Real, dando ocasión a transparencias descarnadas. Entonces, se transparenta lo que la represión debiera ocultar, y al sujeto se le anuncia el *a* desnudo, en tanto ve a qué lugar queda reducido en el Otro. Puede angustiarse, como Juanito, en el momento en que descubre que su lugar de falo metonímico de la madre no podía hacer juego con su lugar de falóforo, o quedarse paralizado como un nene que tenía nueve años cuando su mamá lo trajo al consultorio. Su cuerpo había dejado de crecer desde que había sido testigo obligado de cómo su papá casi mata a golpes a su madre. Llegó a mi consultorio tapado íntegramente hasta la cabeza, y sólo pudo confiar en mí y asomarse cuando constató en mi presencia la *Versagung*, mi abstinencia

a gozarlo. Para ello debí sostener nuestro primer diálogo sin impedir que su campera funcionara de cobertura real ante la falla de la otra, la imaginaria.

Por último, cuando el *semblant* permite hacer presencia de lo Real sin denunciar el ocultamiento, con el velo imaginario se descubre lo Real. De ello se sirve el analista para soportar lo Real de la transferencia en la escena analítica, las variantes del objeto de goce. En esa temporalidad, el analista vale más por lo que él presenta que por lo que representa, pues «el goce sólo se interpela, se evoca, acosa o elabora a partir del *semblant*», dice Lacan en junio de 1972, en *Encore* (Lacan, Seminario 20).

Pero interpelar, evocar, acosar o elaborar el goce a partir del *semblant*, ya no se trata de serlo, requiere del analista maleabilidad, disponibilidad para descoagular sus propios enclaves jubilatorios en pro de un deseo más fuerte, el deseo del analista. Pues si el deseo del analista es más fuerte es que no es puro.

Así, él, el analista, podrá ser «juguetón», como decía Winnicott, «*faire semblant*» —que no es lo mismo que simular— o hacer impostura, término que en nuestra lengua tiene connotación de hipocresía. La presencia del analista se dirige a «*S'embler*» (precipitar) la efectuación del sujeto (Lacan, Seminario XXIV, clase del 8/3/77). En ese sentido, él no es... sino oficiante del avance de la cura hasta su fin.

Capítulo 6

Los tiempos del dibujo

En una oportunidad, años atrás, Guido, un niño de cinco años, intentó reproducir en sesión el dibujo de la boa que se había comido un elefante. Seguramente había visto la ilustración en el clásico libro de Antoine de Saint-Exupéry. Sin embargo su dibujo apenas era un atisbo de aquel que se presenta en *El Principito* como un sombrero de buena forma.

Aunque parezca lo contrario, no va de suyo que el dibujante logre, con la sola voluntad, la representación anhelada. En realidad, el aprendizaje de la técnica no hace sino ocultar que la buena o mala forma del grafismo es dependiente de múltiples factores. Unas palabras sobre el dibujo en la estructura humana nos darán pie y fundamento para abordar la vertiente analítica, pudiendo constatar, desde esa perspectiva, que el dibujo de un niño es índice de un tiempo estructural, revelador de los tiempos del sujeto.

Por esa razón me interesa, sobre todo como psicoanalista, la pregunta por la función de un dibujo realizado en el encuentro con un analista.

EL DIBUJO EN LOS TIEMPOS DE LA INFANCIA

¿Quién no recuerda la simpática anécdota relatada por Saint-Exupéry en su libro *El Principito*? Un pequeño mostraba entusiasmo, a los adultos, el dibujo de una boa que se come a un elefante, éstos decían que era el dibujo de un sombrero. La respuesta obtenida no contenía una pizca de hilaridad para el niño.



«Los adultos no entienden», se decía a sí mismo. Desconocía, por supuesto, aquello que todo dibujo resta a la mirada. Esperaba que la mirada del Otro viera todo.

Decepcionado, pero no amedrentado, ofrecía su segundo dibujo; esta vez, dejando ver su contenido real.



El pequeño ignoraba que, entre el segundo y el primero, la diferencia no es sólo pictórica, sino ilustrativa de una escritura, profundamente solidaria de los tiempos en que se escritura la infancia.

Sin embargo, si efectivamente se trata de una escritura, no deja de plantear un enigma. ¿Qué escribe el dibujo? ¿Cuál es su eficacia? En principio, el dibujo es una escritura de la imagen. Su trazado conlleva una operación de velamiento. Dicho de otro modo, cuando lo real del objeto está enlazado a lo simbólico de la palabra, la cobertura imaginaria se expresa en el dibujo como un logro: la representabilidad.

Lo expresado por los dibujos de *El Principito* es el precio que paga el dibujo para representar lo real. Sólo al velar la transparencia de ese real, el primer dibujo era realista. La boa no se veía.

Si un dibujo logra una buena representación es en la medida en que presenta una representación imposible. La representación, «la más lograda», muestra la eficacia de una pérdida, producto de la represión.

Recuerdo el dibujo que una nena de tres años hizo de su mamá embarazada. La dibujó de perfil con una panza enorme y desproporcionada. Su diseño indicaba el magno lugar que otorgaba al niño por venir, y dejaba ver, dentro de la panza, un bebé con una gran sonrisa, llamativamente contrastable con el llanto persistente de la niña, que había provocado la preocupación de los padres y motivado la consulta.

En esta dimensión, podemos afirmar que el dibujo será más realista cuanto más dibuje la pérdida de lo real. De tal manera, en esta línea, él puede ofrecer a quien lo mira tanto la buena forma, la *gestalt* lograda, como el límite donde ella se pierde; expresando en ese caso —y éste es su interés clínico— una falla de represión, desbordante de la representabilidad.

De este modo, el dibujo, al realizarse como escritura de la imagen, ofrece una doble eficacia. Por una parte, la representación pictórica del objeto dibujado implica, indefectiblemente, un pasaje del objeto, desde lo real a lo simbólico, pero también logra al presentarlo un anudamiento imaginario, brindándole logro a la representación y cerrando la buena forma. Lo que ocurre es que el velamiento logrado en el dibujo oculta a la mirada un resto no percibido, presente en toda percepción.

El dibujo se torna de este modo revelador. Él se muestra, en la transferencia al analista, apto para leer las operaciones irrealizadas en los tiempos de asunción de lo imaginario. Leyendo los dibujos, es posible localizar, por ejemplo, en mamarrachos malogrados, los desgarros o inacabamientos en la constitución del cuerpo como propio. Es esencial no confundirse, aquello que parece ser una actividad sin sentido, está cumpliendo siempre una operatoria subjetiva.

Los trazos iniciales que los niños realizan en el papel o en las paredes, para alarma de los padres, garabatean y delimitan la espacialidad para el sujeto. Con esas marcas se inauguran las primeras distancias de ese lugar de objeto que el sujeto debe abandonar. Ellas son marcas iniciales. Cuando el cuerpo aún no ha otorgado a la mano la firmeza del trazo, o cuando la motricidad llamada fina aún está ausente, el trazo busca un rasgo distintivo para el sujeto, diseñando el sitio para su ex-sistencia.

A pesar de ello, si bien el niño tempranamente deja sus marcas en las superficies inmaculadas del Otro, paredes, pisos y mesas, no son lugares elegidos por él. Sobre ellos recae, sin elección, el gesto pulsional producto del espacio aún no recortado. En ese tiempo, el marco de un pizarrón o el de una hoja no funciona como delimitador para el trazo del sujeto. Sólo perdiendo espacio, al ceder la amplitud de las extensiones en el espacio del Otro, las paredes dejarán de ser blanco de garabatos, marcas y manchas. Sólo apartando un goce ilimitado, adquirirá el dibujo la buena forma. Conjuntamente se comenzará a diagramar un marco para el despliegue del deseo, un escenario escritural que engrane lo pulsional a alguna ficción. Un enlace más allá del principio de placer, propio del actuar pulsional.

Mi experiencia con niños de diferentes edades me ha llevado a confirmar que el dibujo de la buena forma requerirá pérdidas sucesivas y reiteradas de goce. Sólo con ello el dibujo se hace reconocible para otro, pues lo reconocible lleva la marca en el orillo de lo que oculta tras el telón. De ese modo, lo percibido contiene un carozo fuera de la mirada. En la producción de trazos simbólicos, engarzados, metáfora mediante, se ha promovido un desconocimiento.

Los niños dicen de sus dibujos: «Es un nene», o «Soy yo» o «Es una casa». Estas formas expresivas no sólo afirman lo que el dibujo es, también afirman lo que el dibujo escribe de un no. Es que, dicho con precisión, en realidad el dibujo muestra la escritura de un no. No es un nene, el dibujo no lo es, no, tampoco es una casa; todos ellos escriben una ausencia. Más aún, en ese precioso instante, dan ocasión a que en el pasaje al plano algo no pase de lo real. Por lo tanto, de un modo conmovedor,

con el dibujo, con cada dibujo, se realiza un acto inaugural, un paso del sujeto, un trazo existencial. Se revela, por esa vía, los modos en que se expresa la función del dibujo en la constitución del sujeto de la estructura.

A su vez, sumado a lo anterior, cuando el dibujo se realiza en transferencia, cobra otra especificidad que invita a la pregunta: ¿qué hacemos los analistas con tal dibujo?

EL DIBUJO EN TRANSFERENCIA

Cuando el dibujo se realiza en transferencia, invita a una lectura. Al leer se conmueve el sentido cerrado, que como tal niega al sujeto la posibilidad de una nueva significación. Pero para aproximarse a ella, en principio, el analista debe suspender el sentido evidente que un dibujo puede presentar. En ese caso, la lectura puede abrir la puerta a que el sujeto escriba una diferencia.

Por ejemplo, si avanzando en la grafía del dibujo, el niño llega a un punto donde el trazo se detiene, ese punto puede indicar el sitio donde se enclava la fijación del sujeto.

En los tiempos instituyentes, los recursos escriturales del sujeto varían para cada tiempo de la infancia. Entre ellos, el dibujo ocupa un sitio escritural privilegiado, permite leer a la letra (Vegh, 2006) dónde está retenido el sujeto, mostrando así mismo la opacidad de algún goce parasitario. Leer un dibujo ha de ser, en la práctica analítica, una de las vías posibles de liberación de la letra del sujeto en los tiempos de la infancia.

UN DIBUJO

Hace un tiempo, recibí a los padres de un niño de nueve años que consultaban por el *decaimiento escolar*. Algunas cifras surgidas en la entrevista concertada con ellos fueron cobrando, en el encuentro con el niño, otra significación. La edad del *padre* era 65 años y la de la *madre*, 46. Hacía unos 5 o 6 años que, según

expresaron, no mantenían relaciones sexuales. La mujer manifestaba abiertamente su descontento hacia el marido diciendo que no le gustaba sentirse «una cosa»; lo encaraba instándolo a que confesara ante mí sus dificultades sexuales: «¡Decí que explotás y después me dejás pagando!».

El pequeño, que había sido traído por sus padres, en una de las entrevistas dibujó a su familia.



Según se veía, su mamá estaba cocinando, él estaba haciendo un gol y su papá se estaba bañando. De un armario, en el cuarto de baño, caía un frasco cuyo movimiento descendiente aparecía en el dibujo señalado por una línea punteada. También había escrito los nombres y las edades de su padre y su madre: 60 y 40 años respectivamente, aunque tenían 65 y 46.

Si describiéramos a simple vista el conjunto, diríamos que se trata de un dibujo proporcionado, armónico, rico en detalles, pero que podría, sin duda, presentar a los ojos de cualquier observador, múltiples posibilidades de interpretación.

Las figuras son pequeñas y diagramadas sobre el borde inferior de la hoja, las líneas fueron remarcadas por la presión del lápiz. Acaso ¿se podría inferir analógicamente el control ejercido frente a los impulsos, o el mundo sentado sobre la realidad y mojado en la fantasía, o quizá la pobreza yoica que manifiesta la proporción diminuta de las figuras?

Quien crea que un dibujo es evidente, o diga que se ve en él con toda claridad, siempre ha de sorprenderse si le pregunta a un niño *¿qué dibujaste?* La respuesta que emerge refuta toda evidencia muda ante el dibujo de un niño: «Mi mamá está cocinando, mi papá se está bañando y esto se le cayó a mi papá». *Eso se le cayó al papá... ¿hace 5 o 6 años?».*

El decaimiento escolar, como signo de un problema de aprendizaje, hace una torsión a tal sentido, tomando un valor significativo que remite a que algo se le cayó al padre en la fecha inscripta fuera de la edad cronológica sustentada por los años. En una entrevista posterior con los padres los escucho decir: «El nene no comentó nada de lo que hizo aquí, sólo nos dijo los hice quedar bien, les puse 5 y 6 años menos».

Leemos el significativo de la edad de los padres devueltos a ese instante de las relaciones sexuales, sólo en su relación con el significativo del decaimiento. El síntoma del niño se había hecho expresión del sujeto alienado en su decaimiento escolar, en tanto, dedicaba su esfuerzo a hacer «quedar bien» a los padres. Hacía su gol, pero pagaba con un síntoma.

EL DIBUJO DE UNA LETRA¹

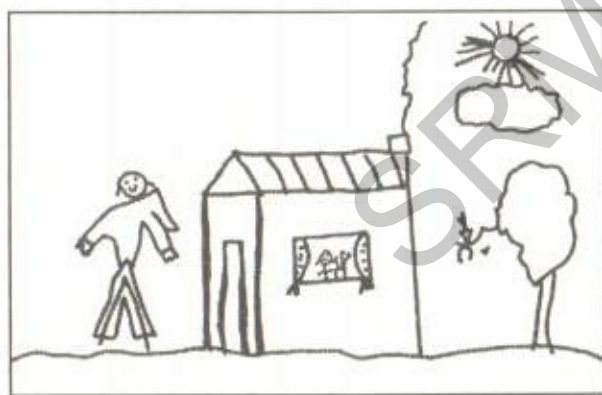
Los padres de un niño con serias dificultades en la asunción de su virilidad vinieron a consultarme cuando el niño tenía siete años. Un rasgo dominante en el discurso del padre de Sandro era el titubeo. Afirmaba que le parecía —pero no estaba seguro— haber visto a su hijo disfrazarse con un corpiño, agregando que tampoco le parecía, aunque no sabía, que estuviera bien que el niño durmiera con la madre.

Ella, por su parte, con voz contundente, ronca, casi masculina, reivindicó enfáticamente en la entrevista el decir de la directora

1. Este apartado fue publicado anteriormente en *Las letras del análisis. ¿Qué lee un psicoanalista?*, de Isidoro Vegh, Buenos Aires, Paidós, 2006.

de la escuela a la que asistía el niño. Repitió literalmente sus frases, y también manifestó su alto respeto por el decir de la pediatra, «¡Que sabe tanto!», y se despidió de mí en las entrevistas con una mirada de fascinación que no me pasó inadvertida, al tiempo que me agradecía calurosamente todo cuanto yo haría. El saber de las mujeres que tanto enaltecía la mamá, contrastaba caricaturescamente con las dubitaciones del padre y su no saber qué hacer con ellas o qué decirles.

El chiquito concurrió algunas veces a mi consultorio e hizo un dibujo en el pizarrón. Meticulosamente, con gran cuidado por los detalles, fue logrando dar proporción y forma a cada objeto que dibujaba: casa, árbol, nube, sol, hasta que, por último, con dificultad, intentó dibujar un hombre. Grande como una casa, su tamaño no armonizaba con el resto, era realmente desproporcionado. Comenzó por dibujar la cabeza y luego el tronco, pero borraba y se quejaba: «¡No me sale!», «¡No puedo!». Volvió entonces a dibujar el tronco (en el dibujo se ve el doble intento) y al llegar a los pantalones, dos líneas los recorren y no llegan a apoyarse en la primera línea que dibujó, la línea del suelo.



Le pregunté, en ese momento, atenta a la transparencia en el dibujo: «¿Qué tiene en el pantalón?». Sandro respondió, sin dudar: «Las piernas». Ante lo cual, con tono premeditado de decepción opté por decirle: «¡Ah! ¡Las piernas!». Se quedó pensativo unos segundos, y luego agregó en la mano del hombre un bastón de siete ondas, con el cual sí lograba apoyar su figura en

el suelo. Al mismo tiempo que dibujaba el bastón y justificando el agregado, decía: «¡Es un viejito!», «¡Para que no se caiga!».

He aquí el dibujo del bastón que sostiene al viejito.



La transparencia del dibujo fue un indicador para localizar dónde el cuerpo estaba retenido incestuosamente, sin dar lugar a un goce en los pantalones.

LA INTERVENCIÓN DEL ANALISTA

La pregunta «¿qué tiene en los pantalones?» apuntó a dialectizar, en primera instancia, el sentido que en el decir materno impedía enlazar simbólicamente un pantalón con su significación fálica. ¿Acaso no pertenece a *lalangue* el dicho «llevar los pantalones bien puestos», como metáfora de estar en posesión del falo?

En la escena transferencial, el sujeto intenta escribir con la cifra de su edad —siete— la vertiente donde él sostiene al padre y muestra dónde el agente de la castración no ha producido su marca. La renovación de la prohibición del incesto, restricción de goce que reinstaura en la fase edípica para el varón el pasaje del ser al tener, se presentaba ausente. A falta de localización discursiva que lo extrajera de la fijeza en que se encontraba retenido, Sandro hallaba inhibido su avance fálico.

UN DIBUJO PARA MIRAR

Una niña, a la que llamaré Anita, tenía nueve años cuando los padres consultaron por ella. Al llegar dice tener «un poquito de miedo», y continúa contándome su teoría causal del temor. «Una vez me chocaron y desde entonces no puedo mirar.» «Había en el camino al *country* una camioneta caída y tuve un poquito de miedo pero después pensé que no, porque el colectivo sabe manejar.» «También una vez casi se tocan con otro colectivo y casi se rozan, pero no.»

Su preocupación y temor por los choques, toques y roces entre uno y otro, derivó rápidamente al interés que retenía su mirada por ver lo que su tortuga y el tortugo de su primo hacían cuando estaban juntos.

Al respecto de la mirada, los ojos poblaban sus dibujos. Soles y nubes tenían caras con ojos grandes y abiertos. Pero el valor de su síntoma lo expresó en un dibujo acompañado de un lapsus que inconscientemente produjo como letra a leer.



Dibujó una muchacha a la que puso su nombre y figura, pero la colocó en una fecha adelantada dos años al tiempo que le signaba su edad. El rostro que dibujó tenía los rasgos y adornos de una joven mayor. Contaba nueve años, pero sus ojos

hipnotizados miraban sin ver. Un profundo desencuentro entre los padres que no «se rozaban» ni «tocaban», sólo «chocaban» una y otra vez, la había impulsado a relevar a la madre, acompañando al padre en los eventos sociales. También acudía a cenar con él a pequeños y románticos establecimientos, aptos para confundir a esta niña respecto a los alcances de la situación real.

EL DIBUJO DE UNA ADOLESCENTE

Una adolescente cuyo aspecto sombrío correspondía sin duda a la profunda depresión instalada en su escena familiar desde hacía demasiados años, permanecía callada frente a mí luego de haberme confesado su desgano persistente y su perdurable aislamiento del ámbito social. Le costaba enormemente relacionarse con sus congéneres, de modo que atravesaba tirada en la cama los interminables fines de semana.

Los motivos de la depresión familiar habían sido celosamente silenciados, negándole a la palabra ejercer su virtud para descoagular los sentidos y significaciones tantas veces mortificantes.

En una oportunidad, al verla silente inclinar su torso en señal de franco decaimiento, le propuse hacer un dibujo a su elección. Dibujó «La Palmera» (con mayúscula, como quien le otorga nombre y apellido a la cuestión). Transcribo el dibujo para que en él leamos la cifra del sujeto. En el tronco estaban los quince años de la jovencita expresándose depresiva y «palmada» tal cual lo dejaba ver su imagen corporal.

En algunas ocasiones el dibujo se convierte en una oportunidad. Pues, con su hechura, el sujeto gana una vez más para sí la ocasión de constatar cuán benéfica y liberadora resulta la sustitución que en el dibujo se opera. Con el trazo y con la línea se va imprimiendo un trueque. La representación pictórica simboliza, sustituye al objeto real. De ese modo, da la oportunidad de escribir oscuras e innombradas pasiones en el terreno del simbolismo.



Esta evidencia se me hizo notoria en un caso singular y realmente conmovedor.

DIBUJO DE UN DUELO

Hacía un tiempo que atendía a Romina, una nena de diez años, quien a pesar de su corta edad había presenciado, tempranamente, la dolorosa y disruptiva muerte de su padre. Lo cierto es que los días iban pasando, pero su dolor se acrecentaba traducido en resentimiento.

Convencida de que la mala fortuna la había alcanzado y rebelándose contra su desventura, agredía con objetos y atacaba verbalmente a las chicas que tenían padre. Por entonces, llega a mi consultorio relatando su odio por una compañera que le «rompió un papel». Para defenderse, Romina le espetó: «Tus padres son ridículos». La otra respondió: «Tu papá parece la Mona Jiménez». Furiosa, dibuja ante mí a la compañera en cuestión con el papá al lado. A continuación, con el lápiz, les clava «cuchilladas» con violencia y odio. Luego llora con rabia.

En medio del llanto, dibuja una secuencia. Primero un trébol de cuatro hojas, expresión de un anhelo de tener buena suerte, y luego un monigote junto al cual escribe mi nombre. Tomé la cifra que el dibujo expresamente me dirigía. Pude entender cuán cierto era que, en los tiempos del monigote, cuando ella tenía a su padre con vida, sin duda era mejor su suerte.

El dibujo apuntaba a escriturar, en transferencia, los difíciles tramos de un duelo que llevaba consigo la etiqueta del trauma y la tragedia.

Capítulo 7

Los padres y la transferencia

En el año 1933, en sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, Freud plantea una diferencia entre el análisis de niños y el de adultos. Lejos de ser un aspecto técnico, la refiere a una cuestión ineludible para el fundamento mismo de un análisis. Se trata de la transferencia. Con precisión, afirma que ella tiene, en el análisis de un niño, otro papel, y la causa de ello es que «los progenitores reales siguen presentes».

Sin duda, ningún analista desconoce en cuánto difiere el lugar de los padres como presencia fantasmática en el análisis de adultos, de su presencia real en la infancia. Sin embargo, esta distinción no se establece como una sustitución repentina, sino en virtud de tiempos discontinuos. Acentuando la incidencia del valor temporal, es más justo decir que en el análisis de un niño los progenitores reales siguen presentes aún. Pues luego siguen presentes, ya no como padres reales de la infancia, sino como padres del fantasma. Pero ¿qué ha de ocurrir para que se opere una sustitución de lo real a lo fantasmático?

En primera instancia, una recolocación de los términos iniciales. Escrito al modo de la metáfora quedaría como sigue:



Los padres reales son de la infancia en curso, por consiguiente actual. Los anoté arriba a la derecha, colocando los términos según el orden temporal de la operación metafórica. Luego, pasan bajo la barra, son sustituidos –según indica la flecha– por los padres del fantasma infantil. Es comprobable que esa operación de sustitución no se realiza naturalmente. Muchos son los adultos que siguen en dependencia real con los progenitores, conservando para sí una posición de niños. Ello demuestra cuán necesaria es tal sustitución para que los padres pasen a ser parte de la historia infantil. La dependencia respecto a los padres puede mantenerse no sólo presente en la edad adulta, sino mantener intacto y coagulado el tiempo, sin sucesión, sin que al sujeto le suceda nada nuevo. La historia no se realiza como tal, no sucede, por eso solemos utilizar la expresión «no pasó nada». Algo no logra convertirse en pasado, sigue permanente y vigente, detenta una eficacia que, lejos de ser actualización en el presente de un tiempo ya transitado, permanece como presente actual.

Ningún tránsito se genera por causalidad espontánea. Los tiempos de la infancia tampoco. Al reconocer la infancia como un tiempo en curso, y atendiendo al hecho constatable de que la presencia de los padres no es banal o puramente fenomenológica, sino de estructura, Freud señala la especificidad de la intervención del analista con los padres, otorgándole estatuto de influjo analítico. Pero no explicita exactamente a qué se refiere. Ello dista, a mi entender, de proceder a psicoanalizarlos.

Si lo específico de la intervención del analista con los padres es el influjo analítico, no el psicoanálisis de padres, ¿a qué se refiere ese influjo, cuál es su estatuto? La pregunta abre, al menos, dos cuestiones previas para abordar el tema sobre el que avanzaremos luego. Una apunta a definir el lugar de los padres en los tiempos de la infancia, y la otra a delimitar la especificidad de la sugerencia de Freud.

Dado que la operatividad del analista jamás podría eludir el rostro transferencial, ¿cómo debemos entender la distinción entre padres reales y padres fantasmales al considerar el tema de la transferencia? Una vez más, el carácter temporal resulta esclarecedor. Al analizar niños, ¿cómo no distinguir los tiempos constituyentes de la transferencia, de los constituidos que le siguen?

ALGUNAS NOTAS SOBRE LOS TIEMPOS DE LA TRANSFERENCIA

La transferencia no fue creada por el psicoanálisis. Freud recuerda, en los textos dedicados a su abordaje, que el psicoanálisis la toma de la neurosis misma. No es otra la razón que lo lleva a detenerse en formalizar la esencia de la transferencia en la neurosis, considerando su relación con la neurosis de transferencia.

Pero ¿cuál es la relación entre neurosis y transferencia?

El término francés *rapport* se traduce como relación pero también significa «proporción». Sentido matemático, su relevancia estriba en la pregunta por la proporción entre neurosis y transferencia: efectivamente, ¿hay proporción entre éstas? La respuesta nos permitirá, a mi criterio, abordar numerosos problemas presentes en la instalación de la transferencia.

Cuando el 26 de junio de 1957, Lacan define la neurosis, lo hace de una forma simple, pero rigurosa. Dice: «La neurosis es, como lo he dicho, reedicho y repetido, una pregunta» (Seminario 4). Esta definición sitúa tempranamente en su enseñanza la importancia de la búsqueda del saber en la estructura de la neurosis. Más tarde, por ese mismo derrotero, emplazará el concepto de sujeto supuesto saber (S.s.S.) como soporte de la transferencia en la neurosis. El S.s.S. será tanto la suposición de un saber como la suposición de un sujeto, al que se le supone un saber. Como todo concepto, el S.s.S. fue engendrándose en la enseñanza en cuotas anticipadas. Ya en uno de sus escritos, «Fun-

ción y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis», se había referido a dos tiempos en la constitución de la transferencia. Lo cito:

De hecho esa ilusión que nos empuja a buscar la realidad del sujeto más allá del muro del lenguaje es la misma por la cual el sujeto cree que su verdad está en nosotros ya dada, que nosotros la conocemos por adelantado, y es igualmente por eso por lo que está abierto a nuestra intervención objetivante. Sin duda no tiene que responder, por su parte, de ese *error subjetivo*, que confesado o no en su discurso, es inmanente al hecho de que entró en el análisis, y de que ha cerrado su pacto inicial. Y no puede descuidarse la subjetividad de ese momento, tanto menos cuanto que encontramos en él la razón de lo que podríamos llamar los *efectos constituyentes* de la transferencia en cuanto que se distinguen por un índice de realidad de los *efectos constituidos* que les siguen. (Clase del 26/06/1957. En 1966 Lacan agrega en una nota al pie: «Aquí se encuentra definido lo que hemos designado más tarde como el soporte de la transferencia: a saber, el sujeto supuesto saber».)

En el párrafo anterior, me parece subrayable que el error subjetivo del que habla Lacan se muestra como tiempo necesario y anterior en el camino hacia el posterior encuentro del sujeto con la verdad. Siguiendo esa línea, que enmarca operativamente el error como una ganancia subjetiva, veremos que la suposición emerge restándole una porción a la creencia. Un texto de Freud —me refiero a «Teorías sexuales infantiles»— recuerda que el «esfuerzo de saber» de los niños no despierta espontáneamente, sino con la caída de una creencia. Un día el niño descubre con gran decepción que él no era lo que *creía saber ser*: el falo.

Conmovido por el descubrimiento, desestabilizador e inquietante, el niño comienza a preguntar, dando inicio al tiempo de las preguntas. Buscará saber el origen y la causa de lo que le ha ocurrido. Incentivado por la decepción y la incertidumbre, preguntará la procedencia: de dónde viene el intruso que lo destronó. El tiempo de la búsqueda de saber será un tiempo instituyente.

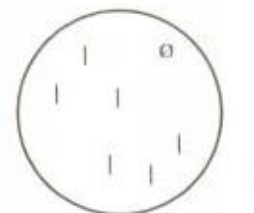
Base de preguntas futuras, de ella dependerá el destino de la transferencia, que es jugada en primera instancia con los padres. En este tramo, la participación de ellos es crucial, pues las respuestas obtenidas abren el surco para las investigaciones del porvenir. Sabemos que si el Otro responde, responde no todo, pero hay respuestas y respuestas. Ello acarreará, según lo que mi experiencia me ha dejado entrever, diversas consecuencias para las futuras preguntas. Dicho con otras palabras más cercanas a nuestro campo, si los padres responden, toda la verdad no toda, surgirá luego, en otros tiempos, la serie signifiante inconsciente a la que se enlazarán el signifiante de la transferencia. Así lo escribe Lacan en su fórmula de la instalación de la transferencia en la Proposición del 9 de octubre:

$$\frac{S}{s (S^1, S^2, \dots, S^n)} \longrightarrow S_q$$

La suposición es inherente al hecho de ser *parlêtre*, modo de definir lo que del ser se pierde por la palabra. La suposición, por lo tanto, no será pues idéntica a la creencia. El sujeto puede creer que el otro no sabe, y sin embargo hablarle porque le supone saber.

Sucedánea de lo simbólico, la suposición es producto de una lógica de incompletud. El no todo. En la teoría de los conjuntos se escribe así:

| = elemento
o = Subconjunto vacío



El conjunto de elementos contiene un elemento que es el vacío, conlleva necesariamente la falta de un elemento. Ello es lo mismo que decir que no hay conjunto universal.

Sigo este rodeo para desplegar, en primer lugar, una razón esencial a nuestra práctica: la transferencia depende de una serie

de operaciones sin las cuales no hay establecimiento de la transferencia. A su vez, en segundo término, estas operaciones abarcan tiempos, tiempos de tránsito, que van de lo actual de la infancia a lo infantil fantasmático del adulto.

La neurosis de transferencia no siempre se establece (Heinrich, 1993) porque ella es una consecuencia de la neurosis infantil, tiempo posterior a la conclusión de la infancia. Me interesa resaltarlo, porque los efectos constituyentes de la transferencia se realizan, a mi entender, en la dialéctica del niño con sus padres, en la relación del sujeto en la infancia con el Otro primordial.

Por otra parte, una razón no menos esencial, su despliegue se muestra dependiente del deseo de los padres y su enlace a la castración. De ningún otro modo ellos podrían ser transmisores de la historia ni relatarla con valor de verdad.

Más tarde, pero sostenidos en los hilos tejidos en el tiempo anterior, los efectos constituidos que le siguen se realizarán en la escena analítica dependiendo del deseo del analista. En función de él, el analista será soporte de lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario de la transferencia y no menos de la resistencia, según la preeminencia de cada uno de ellos en los tiempos de la cura (Flesler, 2000).

Cuando en la infancia se toma a cargo la transferencia, su direccionalidad apuesta a promover en el discurso la producción de saber. Su movimiento apuesta a entramar el saber al goce que, caso contrario, sin discontinuidad transferencial, continuará de una generación a otra: de abuelos a padres y a hijos. Ello se me hizo notable en reiteradas ocasiones al atender a las vicisitudes de la transferencia del niño y de sus padres, en la consulta por un niño.

LOS PADRES Y LA CONSULTA

Los padres llegan al consultorio del analista por muy diversas vías. Solemos decir que por ellos comienza la consulta, pero lo cierto es que no siempre ellos consultan. Si llegan a hacerlo es

porque alguna pregunta los trae y buscan saber. El síntoma del hijo ha despertado una inquietud por desentrañar el enigma. Cuando una pregunta ha promovido el llamado, encontraremos en consecuencia la vertiente más apta para intervenir, la cara simbólica de la transferencia. En ese caso está funcionando la suposición de saber que ellos nos otorgan ante el goce del síntoma en el niño. En esa posición, a mi modo de ver, ellos están más disponibles al proceso analítico gracias al motor de la transferencia.

Pero no todos los padres consultan, pueden llegar a vernos sin consultar. En ese caso, no consultan pero demandan. El niño ha herido la imagen del narcisismo paterno, o bien molesta por su falta de ajuste a lo esperado de él. En ese estado de cosas, los padres no alientan sino que llegue la respuesta por ellos anhelada, que el niño se coloque en adecuación a la demanda que recae sobre él. Ellos esperan «que se cure a su hijo, que es neurótico e indócil. Por hijo sano entienden ellos uno que no ocasione dificultades a sus padres y no les provoque sino contento. El médico puede lograr, sí, el restablecimiento del hijo, pero tras la curación él emprende su propio camino más decididamente, y los padres quedan más insatisfechos que antes» (Freud, 1920a).

La transferencia en esos casos no se deja guiar por la lógica de lo Simbólico, toma más bien tintes imaginarios. Se aprecia en poco la virtud de la palabra, se reclama una respuesta acorde a la demanda. No hay búsqueda de saber. Semicerrados a cualquier pregunta que reinstituya «la dignidad del síntoma» (Lerner, 2004), esos padres se muestran refractarios a cualquier movimiento dialéctico.

Más compleja aún es la situación cuando los padres llegan enviados. No consultan, no demandan: están molestos. Ellos jamás se hubieran acercado a un analista y, si lo hacen, es porque alguna instancia los ha dirigido allí. Tal terceridad suele ser aquel que ha registrado la persistencia de algún goce parasitario que, sin duda, no causa malestar en los padres. Son otros entonces quienes se hacen eco ante lo silenciado de una voz que clama expresión, generalmente haciendo ruido en el ámbito público: la escuela, la calle, el hospital, el juzgado.

De ser así, los padres vienen molestos por la interrupción de un goce que a ellos no los perturba y el analista ha de vérselas con el costado más real de la transferencia que lo enfrenta con perfiles francamente pasionales. En síntesis, según mi experiencia, el primero de los casos es el más abierto al lugar de síntoma que el niño ocupa en la pareja parental; el segundo presenta el costado amoroso del narcisismo de los padres, y el tercero, la expresión más o menos rotunda del goce cuando el niño encarna o bien el lugar de objeto en el fantasma materno o en el goce del padre, la perversión.

Los padres	El niño	La transferencia
Consultan. Buscan saber (preguntan).	El niño como objeto de deseo.	Vertiente simbólica de la transferencia.
No consultan, demandan (no preguntan).	El niño como objeto de amor.	Vertiente imaginaria de la transferencia.
No demandan, los mandan (no hay preguntas, sólo hay respuestas).	El niño como objeto de goce.	Vertiente real de la transferencia.

Nuevamente al respecto, resultan ilustrativos los historiales freudianos. El padre de Juanito es un padre que consulta. Él se dirige a Freud otorgándole el lugar del sujeto supuesto saber de niños. Ya le había enviado anteriormente notas de observación sobre las primeras investigaciones de Hans en contribución a sus teorías sobre la sexualidad infantil. Era un reconocedor de las propuestas del psicoanálisis, al punto de aplicarlas en la educación del pequeño Juanito.

En consecuencia, cuando escribe al profesor, dado el miedo que su hijo ubica en los caballos, acude a él buscando saber. Formula preguntas, se las formula e incluso despliega su propia teoría sobre el origen causal del síntoma. «¿Habrás visto en alguna

parte a un exhibicionista? ¿O el todo se anuda solamente a la madre?» (Freud, 1909).

También confiesa su dificultad para responder ante los enigmas que plantea el niño, «No nos resulta agradable que desde ahora empiece a plantear enigmas», abrevando por esta vía la transferencia de Juanito con Freud y contribuyendo a la eficacia de la única intervención directa que éste realizara en el encuentro con el pequeño.

El padre de Dora no consulta, pero demanda. Desresponsabilizándose de interrogar el saber en relación a la verdad que lo implica, reclama a Freud que coloque a la joven en la buena senda, le pide que vuelva a su hija dócil, que la encuadre dándole bienestar y confort al pacto de la pareja familiar que la rebelde jovencita perturbaba con su denuncia. En su pedido funciona la transferencia pero no hay búsqueda de saber.

Por último, el padre de la joven homosexual concurre a la entrevista con Freud sin siquiera confiar decididamente en el psicoanálisis. De hecho sus expectativas eran limitadas en tanto guardaba otra opción, anticipando el fracaso del tratamiento analítico. Enviado por la impotencia de sus restricciones a la hora de torcer la inclinación de su hija por una dama mayor, ensayaba la visita a Freud francamente molesto, más por la escena que la joven presentaba a sus ojos que preocupado por ella, única hija mujer a la que su mirada sólo percibió de soslayo.

Los tres padres llegan a verlo a Freud pero sólo uno de ellos consulta abriendo sesgos singulares y diferentes a la transferencia que Juanito, Dora y la joven homosexual establecerán con él. Es que la relación del sujeto al saber y a la falta de saber, que causa interés por su búsqueda, se va engendrando en la infancia entre el niño y sus padres, entre las preguntas y las respuestas que invitan a nuevas preguntas. Por eso son tan valiosas las preguntas de los niños: ellas atesoran en germen las futuras gemas transferenciales dependientes de las vicisitudes del saber en los tiempos de la infancia.

LOS DESTINOS DEL SABER EN LA INFANCIA: LA BÚSQUEDA DE SABER Y EL AFÁN DE VERDAD

«Lo que estimula la pregunta es más bien la respuesta, la respuesta que la sustenta y la estimula a repetirse en lo real» (*L'étourdit*).

Volvamos al texto «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908). Me interesa retomar su lectura porque en él Freud recoge la puntualidad de ese tiempo en que despierta la curiosidad en el niño. ¿Qué da inicio a la búsqueda del saber en el niño? ¿A qué se debe que él pregunte de dónde vienen los niños?

Freud responde. No es natural ni espontáneo que esto suceda. Aún más, el contenido de la pregunta misma es sorprendente: ¿por qué el interés del niño recae sobre el origen de los niños? La respuesta no es evidente. Lo que ocurre —dirá Freud— es que su curiosidad está movida por intereses predominantemente egoístas. El narcisismo, de quien se creía «his majesty» para los padres, se ha conmovido. La presencia del intruso le resta algo a su lugar y él lo percibe.

La aparición del hermanito o sustituto es vista por el niño. ¿Dónde? En la mirada materna. De modo que ese pequeño pero gran acontecimiento despierta el interés del sujeto por saber. Inquieto, él quiere saber el origen, de dónde viene el que vino, qué originó su llegada. Él quiere saber la causa de ese deseo que desvió la mirada materna hacia aquello que un hermanito representa.

Ese instante sumamente conmovedor en el que se corre el telón y la ilusión habida cae de la escena, deja al niño *palidus*. Tal como se puede apreciar en el relato de San Agustín en *Confesiones*, en ese tiempo germinan la envidia y los celos. Pero lo interesante es que si emergen las preguntas es porque hubo despertar. Si el niño busca saber es porque la real aparición plantea una emergencia. El saber urge ante tamaño desvelo.

Con fineza investigadora, Freud advierte que poco importa que el hermanito se presente o no. Para el caso, lo esencial es que el sujeto percibe la presencia de algún otro niño en el deseo de los padres. Un niño que adiciona un plus, escindiendo la

ilusión unificada de ser uno, el único. En consecuencia, el origen de la búsqueda de saber se produce tempranamente a causa de una percepción.

Freud dice que se trata de la aparición de un hermanito: ¿qué percibe el niño ahí? A mi entender, con la percepción de un hermanito, intruso que atrapa la mirada de los padres, el niño podrá reconocer un apercibido en la imagen especular. Reflejo de su ser, esa imagen contiene un carozo duro de roer, no visible en la brillante superficie del espejo: el objeto que la imagen cubre es no especularizable.

Dicho sea de paso, y aunque Freud no lo hace, en ese tiempo es esencial precisar el calibre de aquello que el niño descubre. No será equiparable, para él, verse ubicado en el lugar del objeto que causa el deseo de la madre, que como extracto para su goce. Es que el descubrimiento realizado se instalará como piedra basal de un tiempo inaugural para el niño, llevándolo a constatar lo falaz de una creencia: él no era el supuesto ser que cabía, sin resquicio, en las ansias del Otro. Este magno hallazgo sembrará los trazos por los cuales se encaminarán o desviarán futuras creencias, supuestos saberes, ilusiones y también decepciones.

Saber la causa, buscar el origen de tan displacentera aparición, lo despierta, motivado por una operación sin la cual nada sería posible: verse restado en la demanda del Otro. Si tuvo la fortuna de haber sido acogido anteriormente en la ilusión de los padres, al niño, en este otro tiempo, se le corre el telón y con él, su lugar en el narcisismo de los padres. Pero gracias a esa pérdida y a ver restada la asistencia que se le prestaba, se aguza su pensamiento y se aguijonea su deseo de investigar.

La búsqueda del saber humano se inicia con una negatividad al saber consabido. Se sabe que no se sabía.

Tamaño descubrimiento impulsará al niño, si él no está demasiado amedrentado —Freud aclara— a dirigirse a la fuente, y la fuente del saber son, para el niño, los padres. Ellos son el primer blasón, tanto de la creencia como de la suposición del saber. Con ellos se anuda la transferencia. A ellos se orientará la pregunta. No olvidemos: si el niño no está demasiado amedrentado. Es

decir, si el sentido que ha recibido a sus preguntas no ha quedado plasmado como único ideal empobreciendo el juego del saber inconsciente y produciendo, en lugar de gusto por saber, inhibición en la búsqueda de saber.

La razón es que no siempre la respuesta invita a la pregunta, la pregunta sólo se produce donde no hay relación de complementariedad. Sólo desde esta posición tendrá lugar la emergencia de las preguntas. El porqué, el dónde, el cuándo. El niño buscará saber porque hizo un descubrimiento. Descubrió aquello que estaba cubierto, que él no era el pequeño falo de mamá. Entonces, una vez que quedó al descubierto lo que su ser cubría, buscará un saber que reubique su lugar. Desde ya, el destino de esa recolocación deparará vicisitudes diversas según el niño encuentre o no respuestas, y también, según las respuestas que obtenga.

En una supervisión una analista me relataba el caso de una nena de diez años, adoptada, que no preguntaba sobre su origen. Llamativamente, la madre decía que no le habían hablado de la adopción porque la hija no había preguntado y ellos suponían que debían esperar ese momento para contarle. Claro está que esta mamá no sospechaba la magnitud que su demanda de silencio había cobrado para que la niña se inhibiera de preguntar.

Freud se inclina a pensar que las respuestas de los padres decepcionan a los hijos a causa del engaño. Ellos «hacen el cuento», y por eso pierden la confianza. De ser considerados la fuente de todo saber, ellos descienden al sitio del descreimiento y los niños continúan su investigación por una operación de transferencia. Se dirigirán a educadores, guardadores, instructores y tal vez a analistas. El tiempo de las preguntas del sujeto en la infancia guarda el germen de la transferencia que jugándose al comienzo con los padres podrá enlazarse más tarde a otros.

Leer en Lacan que la neurosis es una pregunta, me llevó a pensar en las serias dificultades que se le plantean a algunos sujetos para instalarse en la neurosis de transferencia a causa de no haber transitado el tiempo de las preguntas en la infancia.

EL TIEMPO DE LAS PREGUNTAS

¿Por qué el ser humano, único viviente capaz de hacer preguntas, de formular interrogantes sobre la causa de la existencia, de abrir las suposiciones para indagar los orígenes, puede también anquilosar un sentido, estrechar su pensamiento, consagrar enteramente su vida a sacralizar el saber consabido o tomarlo incuestionablemente a la letra? ¿Por qué la letra que vivifica puede también causar un vuelo en picada hacia la muerte?

Interesada en el tema de la transferencia, siguiendo su derrotero, me propuse explicitar la ganancia que experimentó mi clínica al situar fina y puntualmente los tiempos del sujeto y su consecuencia en los tiempos de la transferencia.

En primera instancia, dos eficacias puntuables se desprenden de ese tiempo de las preguntas en la infancia. Una alentará la producción de las teorías sexuales infantiles, vertientes del fantasma; la otra dará empuje a una operación de transferencia. Si se realiza esa transferencia, tal como decimos de una transferencia de fondos en una operación bancaria, la falta en el saber transfiere la búsqueda de saber a otros, sentando la base del sujeto supuesto saber.

Finalmente, no quiero soslayar una pregunta colateral pero pertinente para mí: ¿todas las teorías son teorías infantiles?, ¿cuál sería su distinción y qué importancia reviste para la clínica del psicoanálisis?

TEORÍAS Y «TEORÍAS»

En los comienzos del siglo XX, Freud puntualizó ese momento inaugural en el cual el niño comienza a preguntar. Paso a paso, el artículo localiza el origen, la causa de la curiosidad que da inicio a las preguntas.

Mientras corre 1908, Freud nos presenta al pequeño investigador, su curiosidad, sus preguntas sobre la sexualidad y también sus respuestas, es decir, sus teorías para la sexualidad (cf. «Sobre

las teorías sexuales infantiles). Curiosamente, él mismo en 1905, tres años antes, había escrito los tres ensayos de su teoría sexual.

Las teorías no son, desde ya, patrimonio de los niños; también los adultos elucubran teorías. Y cómo no habrán de hacerlo, si la sexualidad, llevando el sello de lo humano en el orillo, coloca a todos los sujetos en similares condiciones, desde el niño hasta el adulto (Lacan, Seminario 11).

Sin embargo, a pesar de acordar esencialmente con esa afirmación general, insisto: ¿todas las teorías serían teorías sexuales infantiles? A mi entender, las teorías, aun las proferidas por adultos, pueden ser teorías sexuales infantiles, respuestas para ficcionalizar la sexualidad; pero no todas las teorías son teorías sexuales infantiles. Las teorías de la ciencia en numerosas ocasiones alcanzan a ser —he ahí su mayor apuesta— teorías que abordan un terreno real. La distinción, cuyas consecuencias también incumben a las teorías psicoanalíticas, lleva a otra pregunta: ¿qué interés conlleva para nosotros, psicoanalistas, el derrotero seguido en la infancia por el tiempo de las preguntas? ¿Qué contrapunto hacen resonar sus vicisitudes en la futura relación del sujeto con el saber?

Retomando la afirmación anterior decíamos que, si los padres responden a todas las preguntas, ellos dirán la verdad no toda (Lacan, Seminario 20). Esto significa que, diciendo todo lo que saben, ellos dirán que el saber no coincide con toda la verdad (Lacan, Seminario 17). Pues la verdad es la verdad del sujeto; ella apunta a lo real del objeto que lo implica pero jamás lo abarca en su totalidad. En el resquicio entre el saber de los padres y la verdad es donde se asoma lo real, nuevo matiz con el cual el niño ganará más tarde otra eficacia necesaria e ineludible para su avance: el descreimiento. Jugado también con los padres, permitirá que los niños sostengan un supuesto saber en algunos otros; operación en la que se asienta la base y el motor de nuestra tan preciada transferencia. Cabalgando en el límite de la creencia que vacila, en tanto ya no se es lo que se creía ser, en esa instancia se montará el supuesto saber.

Vale la pena aclarar, pues no va de suyo, que no es lo mismo el descreimiento que la falta de confianza. Al respecto, el texto

de Freud no disipa las confusiones propias de colocar a la cuenta del niño el freno de las preguntas que venía realizando para avanzar en su investigación. La posición de los padres es decididamente determinante para lograr la confianza del niño, también para agenciarse la desconfianza. Nuestra clínica puede nutrirse, en la singularidad de cada caso, de los destinos corridos por las preguntas en la infancia y también de las consecuencias habidas según el sujeto haya encontrado o no lugar para la pregunta en el campo del Otro.

LAS RESPUESTAS Y SUS VICISITUDES: INHIBICIÓN, SÍNTOMA Y ANGUSTIA¹

Tomadas a grandes rasgos, las respuestas de los padres permiten localizar tres destinos del saber, sus enlaces y sus desenlaces.² Si el sujeto, en los tiempos de la infancia, ha recibido en las respuestas de sus padres un saber enlazado a la castración del goce, un saber que dice hasta el límite de lo indecible, él hará grandes descubrimientos. Sin saberlo se encontrará con la falta en el saber. Con ello descubrirá lo ilusorio referido a su ser; descubrirá que el niño no es idéntico al falo. Gracias a eso, disfrutará el beneficio de una distinción lógica: ser igual al falo no es lo mismo que ser idéntico. La igualdad no es la identidad. Y la no identidad no sólo inclina la balanza a favor del establecimiento de futuras equivalencias —que serán equivalentes y por eso nunca idénticas—, también abre las compuertas a desmentir la percepción construyendo teorías sexuales infantiles, primeros pasos en la articulación del fantasma.

Si, en cambio, ha hallado como respuesta la censura, el silencio o un saber pleno de sentido absoluto, propenderá a una

1. Este desarrollo se apoya en la escritura del nudo tal como Lacan lo presenta en el Seminario R.S.I., 1974-1975, inédito.

2. Cf. el capítulo 3 de *Hacia una clínica de lo Real* (Vegh, 1998).

inhibición en la búsqueda de saber. En ese caso, el movimiento se frena, la búsqueda se detiene, el sujeto se empobrece.

Finalmente, si encontró como respuesta la renegación, se encontrará proclive a la angustia.

Es apreciable hasta qué punto estas dos últimas opciones, cuando mantienen sitios estancos, crean serios obstáculos para el entramado fantasmático. En esa situación, el sujeto no logra estructurarse en alguna respuesta. Lejos estará de plantear una teoría sobre su padecimiento y mucho menos de formularse preguntas. A veces podrá formularlas a alguien y esperar respuestas, y otras permanecerá sufriendo en silencio o mostrando en la escena el precio de un saber sin cuestionar.

La clínica me ha enseñado que sólo alcanzando a descubrir la castración del Otro, su decir de verdad, encontrará lugar a la pregunta y el sujeto podrá enhebrar teorías como respuesta a ese descubrimiento. Sin ello sobrevendrá puro padecimiento, no atinará a disponer de la pregunta para interrogar el saber hasta su límite, para alcanzar la verdad.

En cambio, si el saber producido, en su enlace simbólico, sigue la lógica del significante, lógica de lo Simbólico, devendrá un saber que halla su límite en lo Real y en lo Imaginario que lo anudan. La búsqueda de saber le hará falta, habrá deseo de saber. El sujeto podrá preguntar a otro, podrá preguntarse, podrá interrogar su condición de sujeto que pregunta, podrá descubrir su existencia de sujeto en la pregunta misma, podrá alcanzar el goce de deleitarse en las preguntas sin anticiparse en las respuestas.

Pero si en sus vicisitudes el saber toma la valía de un objeto que se fetichiza, como un plus de gozar, se tornará enclave de ese goce y pretenderá identificar el saber con la verdad. En lugar de enunciar «yo, la verdad hablo» (Lacan, 1966), el Yo hablará, pretenciosamente, en nombre de la verdad. La palabra emitida, vacía de la falta que le conviene para alcanzar la dignidad de una palabra plena, adquiere, en su lugar, el sentido mortal del superyó. Pues el superyó no es más que el saber de lo Simbólico sin enlazar, el saber que como goce se presenta sin agujero. Tal es la ley del Libro Sagrado sin castración. Cuando

no admite, en él, la segunda muerte que el significante imprime a la existencia (Lacan, Seminario 2), precipita la muerte primera sin atisbar ninguna simbolización.

Parece increíble cuánta agua ha corrido bajo el puente desde aquellos tiempos en que el punto de mira freudiano ubicó al niño en una nueva perspectiva. A partir de entonces, los pequeños pasaron a contar no sólo como sujetos sexuados sino también como seres con derecho a la palabra. Sus decires, sus preguntas y sus expresiones afectivas pasaron a considerarse desde un novedoso punto de vista. La literatura escrita en torno a ellos proliferó en abundantes consejos sobre cómo criarlos y educarlos, sobre qué hacer y qué decirles. Mucha tinta fue vertida para avalar que a los niños «hay que decirles la verdad», sin alcanzar a definir a ciencia cierta qué se entiende por tan bienintencionada fórmula.

Lo cierto es que, a propósito de las respuestas de los padres, a partir del texto de Freud «Sobre las teorías sexuales infantiles» en el que menciona el efecto sobre los niños de las historias engañosas de los padres al relatar el cuento de la cigüeña respecto del origen de los bebés, se abrió una vía poco feliz en lo que atañe a la verdad y el engaño de los padres. Lamentablemente un gran malentendido coadyuvó a alimentar falsos ideales de autenticidad, alimentando el fantasma de los padres engañadores.

LA VERDAD DE LOS PADRES

Está ampliamente difundido y aceptado en nuestros días que a los niños hay que decirles la verdad. Su legítimo derecho a ella no ha dejado de plantear, sin embargo, más de una confusión en muchos padres que me consultaron.

Recibí en una oportunidad la visita de un hombre proveniente de Mar del Plata, ciudad en la que residía con su esposa y su hija adoptiva. Venía a consultar muy angustiado, pues la psicóloga de la escuela a la que asistía la pequeña, atribuía los

severos síntomas de la niña al hecho de que sus padres no le habían dicho «la verdad». Al preguntarle cuál era la verdad que no le habían dicho, sin titubear aunque sorprendido ante mi requerimiento, me dice: «Que no es nuestra hija».

—¿No lo es? —pregunté con expresión de sorpresa. Mi intervención intentaba abrir el sentido sobre la falla acaecida, no en la adopción legal sino en la adopción simbólica. Esa adopción, requerida para todo hijo, más allá de la naturaleza que originó su engendramiento, se hallaba vacilante y como tal irresuelta. Ese hecho impedía a los padres hablar de la adopción dando fluidez a las palabras.

La difusión masiva de información para padres ha hecho suponer que a los niños hay que decirles la verdad sobre la sexualidad del cuerpo y cómo se hacen los bebés. Los tiempos han cambiado notablemente. Ya están superadas las hipocresías victorianas. Es difícil que se siga apelando al mito de la cigüeña, es más, ya casi no se recurre a los mitos. Se muestran libros, dibujos, diapositivas, videos; la tecnología actual y al instante permite al acceso casi directo a cualquier información.

Foucault ha señalado con gran acierto que la sexualidad al desnudo ha promovido una nueva versión de represión sexual. Atendí, en una oportunidad, a una nena de once años cuyo padre consideraba natural permanecer desnudo a la vista de su hija dado que el cuerpo debía ser tomado sin represión. Sumido en argumentos provenientes de sus años de análisis, él se hacía exponente de un gran malentendido. La nena padecía de miedos a la oscuridad. Ella no formulaba preguntas a los padres sobre cuestiones familiares que se evidenciaban complejas, que eran innegables pero que estando a la vista no se mencionaban. La niña casi no hablaba en sus sesiones. Pero jugando hablaba no sólo de «los palitos» y «su ubicación», también del hecho que ella «vio cuando el palito se movía». Asimismo negaba «haberlo tocado» y proponía que en el juego de cartas «ganaba la que ponía la mano antes».

De ninguna manera la verdad es el desnudo. Los padres responden con la verdad, y ella se sustenta en la transmisión cierta del deseo de los padres. Por ese deseo restringen, con

amor,³ el goce que también anida en ellos. En la medida en que el saber queda ahuecado, aloja en ese vacío una falta de saber. Los padres van a responder con la verdad, que se distingue radicalmente de lo real. No es lo mismo mostrar lo real del cuerpo que decir la verdad. La verdad corresponde al sujeto y lo real, al objeto. No es asimilable responder lo real que decir la verdad.

Si los padres responden a las preguntas diciendo la verdad, estarán hablando desde su deseo. Qué podrían contestar a la pregunta «¿de dónde vienen los niños?» sino que vienen del deseo, que allí está el origen. Por eso es inherente a la verdad remitir a la enunciación más que a los enunciados de los padres. Los enunciados pueden dar una información real del objeto en cuestión pero es en la enunciación donde se revela la verdad, que se dice a medias. Y esto ocurre así más por incompatibilidad entre la sexualidad y el saber inconsciente que por afán de engaño.

Es sorprendente, pero constatable, que muchas veces los niños afirman que la mamá está embarazada, y a veces la dibujan, incluso antes de recibir la confirmación del laboratorio. ¿Cómo saben? Su ficción se muestra reveladora. Esto ocurre en la medida en que el saber se enhebra con la verdad del deseo del Otro, no con lo real. Ellos saben la verdad del embarazo al localizar el deseo. El descubrimiento se produce gracias a una vestimenta previa. Y es interesante constatar que lo descubierto no tardará en desmentirse, por la vía de la estabilización fantasmática. Las teorías sexuales infantiles son su expresión.

De modo que la teoría sexual trata de responder con ficciones al enigma que el deseo del Otro hace presente. Si esto ocurre, el saber que se produce será promotor de la neurosis misma y del pasaje de la neurosis de la infancia a la neurosis infantil. Desde ya, en su tránsito tiene incidencia la verdad de los padres.

3. Apunto al anudamiento del amor, el goce y el deseo tal como fue planteado por Isidoro Vegh en su libro *Las intervenciones del analista*, Buenos Aires, Acme-Agalma, 1997.

Capítulo 8

Las intervenciones del analista en el análisis de un niño

En 1920, Freud ya era un avezado psicoanalista que contaba en su haber con muchos años de experiencia. Seguramente eso mismo lo había estimulado, tras una buena serie de fracasos, a escribir con empecinada vitalidad un texto clave para su producción como fue *Más allá del principio de placer*. En él toma cuerpo un concepto mayor, esencial a la práctica analítica: la pulsión de muerte. Por entonces, hacía tiempo que sus reflexiones lo habían llevado a enhebrar las pulsiones y sus vicisitudes a la dinámica de la transferencia. Su teoría sobre el buen encuentro amoroso había recibido años atrás la bofetada de Dora en pleno rostro; y también había reconocido la insuficiente eficacia de su operatividad en el análisis de un niño cuya dirección aceptó compartir con el padre, a cargo de quien estuvo, en líneas generales, el sostén del tratamiento.

Sin duda por esa época los años lo habían alcanzado con los avatares y tropiezos de una práctica sostenida que le mostraba una y otra vez los límites de sus formulaciones. Entonces escribió, a raíz de un fracaso, aquella suma conocida de notas ideales

indicadas no sólo para analizar a un sujeto sino para arribar a algún fin a través del método psicoanalítico.

En el historial de una joven, llamada homosexual -nombre que refleja tal vez trágicamente la ausencia de otra nominación-, Sigmund Freud diseña el perfil de la aptitud analizante. Según afirma, algunos requerimientos básicos, como venir por sí mismo, reconocer un padecimiento y formular un pedido de ayuda, serían indispensables para dar lugar a nuestra intervención.

¿Cómo no recordar su advertencia cada vez que la práctica nos presenta una provincia inexplorada, un terreno real no incluido en la cartografía freudiana?

A pesar de tales complejidades, los años que siguieron a los desarrollos de Freud mostraron que los analistas no deseaban retroceder ante los continuos desajustes presentes una y otra vez en el quehacer cotidiano. De manera que, debatiéndose entre omnipotencias e impotencias del acto analítico, entre afirmar que «todo se puede» o «nada se puede hacer», se lanzaron a investigar qué pasaba con aquellos sujetos que acudían a los consultorios a pesar de no responder a la anhelada etiqueta ideal. Así es que, contrariando en cierta medida los valorados consejos del maestro, fuimos analizando niños, viejos, psicóticos, narcisistas, en tanto continuamos interrogando sobre los alcances y límites de la práctica analítica.

¿Cuántas veces hemos recibido consultas que presentan muestras graves y estrepitosas de la fallida construcción del fantasma, sin el mínimo andamiaje del cual sostener articulado algún deseo, incluso sin mostrar «efectos de neurosis»? Lacan alude a ellos, en su Seminario 11, para mencionar los casos que sí serían abordables por la vía de la palabra en el análisis. Cuando ciertas operaciones del origen están ausentes, los tiempos no realizados en la constitución de la estructura se aprecian de modo patético en los estancos enclaves de goce mortificante, en las inhibiciones, angustias o síntomas, versiones manifiestas del punto en que han quedado detenidas o impedidas las progresiones de los tiempos de la infancia.

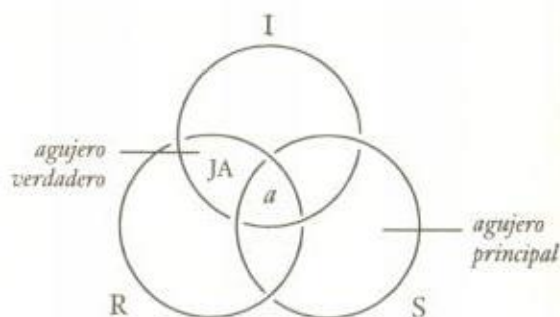
El analista, al atender a un niño, ha de delimitar desde el inicio no sólo el tiempo del sujeto, sino esencialmente los des-

tiempos y contratiempos que expresan sus padecimientos. Su perspectiva no ha de desdeñar las vicisitudes sufridas en la infancia, los enredos sufridos por los destinos existenciales, y las versiones singulares en que se manifiestan cada uno de los tiempos de la infancia.

La consecuencia es inmediata: al localizarlos, el analista afina el alcance de la operación analítica. Y avalado en esa perspectiva, diversifica las intervenciones en el análisis de un niño, desprendiendo su saber-hacer de cualquier guía intuitiva. De ese modo, su acto no queda desorientado, sino liberado de falsas y ambiguas creencias. Pues el analista no sólo ha de saber lo que hace, también ha de dirigir la cura que, como ya es sabido, en nada se asemeja a dirigir la vida de su paciente. En definitiva, quiero subrayar que las intervenciones del analista tienen brújula y timón. Para ello el analista ha de atender al niño apuntando siempre al sujeto y los tiempos que hacen a su constitución.

Que tal sujeto, sujeto de la estructura, no tiene edad pero sí tiene tiempos es constatable cuando un adulto aparente se presenta ante nosotros sin revelar manifestaciones típicas de la neurosis infantil, no obstante su apariencia. Con respecto a ella, nunca está de más aclarar que la neurosis llamada infantil no corresponde al niño, ni al tiempo de la infancia, sino a un momento posterior, resultante y producto de la infancia.

Es que los tiempos del sujeto, tiempos de lo Real, de lo Simbólico y de lo Imaginario en la constitución de la estructura, sólo hallan promoción de uno a otro en la discontinuidad de un goce cuya pérdida es condición ineluctable para dar causa a la dialéctica deseante. Entiendo que así lo presenta Lacan cuando, en la estructura ternaria de los tres registros, escribe en lo Simbólico el agujero principal, acentuando -a mi modo de ver- la razón relevante y de fundamento que conlleva tal agujero. No ha de pasarnos inadvertido que el agujero principal no se anota de modo inespecífico sino en lo Simbólico. Sólo luego, entre Imaginario y Real, donde aparece la escritura del goce del Otro (JA), queda localizado el agujero verdadero. Este último, aunque no menor en importancia, será sucedáneo del anterior y principal, el agujero de lo Simbólico.



En el psicoanálisis de un niño, se hace notable cómo en numerosas ocasiones la falta que le conviene al orden simbólico no está cavada sino apisonada por alguna sustancia gozante. Cuando su densidad avanza sin valla sobre el agujero principal, son evidentes las dificultades para engendrar el agujero verdadero en el curso del análisis. Su eficacia obturante determina destinos diferentes en el precipitado estructural. Especialmente si el esquema subsiste permanentemente a lo largo de la infancia, si mortifica al sujeto, puede devenir eterno y hasta resultar mortal.

Pero si bien la escritura del nudo es aclaratoria, abre una pregunta: si la estructura es RSI, tal como Lacan la escribió en los últimos años de su enseñanza, ¿cómo escribir tiempos en un nudo que, reclamando su estatuto de real, deja sin embargo en evidencia que hay un real fuera de él, el tiempo real? A mi entender, la inclusión del objeto *a*, con sus dos funciones en el entretejido de los tres registros, permite introducir tiempos en el nudo. Para ello es necesario considerar una variante del objeto: su alternancia. Claro que la escritura del nudo no siempre la explica, más bien deja su apreciación a la cuenta de nuestra lectura.

Si el objeto puede funcionar como objeto que falta, y de ese modo causar el deseo, también puede operar como presencia de un goce que frena la dinámica deseante. Es de imaginar qué ganancia acarrea la presencia y ausencia periódica del objeto. Sin su renovación, jamás podríamos, como reza la canción infantil, «abrir la puerta», y mucho menos «para ir a jugar». La alternancia del objeto es recreativa, nos salva del aburrimiento

al poner en juego alternante la presencia y la ausencia de goce, invitando a su renovación. Con eficacia dinámica, el intervalo reanuda y diversifica la sucesión simbólica, la continuidad imaginaria, y la mismidad de lo real como permanencia o irrupción, tres dimensiones del tiempo.

De esta manera, será relevante desde el primer encuentro, para todo analista, hallar respuesta a la siguiente pregunta: el sujeto, ¿qué tiempo tiene? De su conclusión se desprenderán las diversas intervenciones del analista, intervenciones en lo Real, en lo Simbólico y en lo Imaginario. Con esa herramienta, al considerar con fina distinción los tiempos del sujeto, evitará constreñirse a instrumentos puramente técnicos. A partir de localizarlos, pondrá en la mira reanudar cada tiempo si lo encuentra detenido en estable continuidad. Dicho de otro modo, las variadas intervenciones apuntan a un solo fin, que haya juego del objeto para que el sujeto pueda existir.

Guiado por esa finalidad, el analista a veces interviene en lo Simbólico cuando interpreta, o lo hace entre lo Real y lo Simbólico cuando construye, otras juega interviniendo entre lo Imaginario y lo Real, o bien observa el juego; en algunas oportunidades cuenta un cuento, operando entre lo Imaginario y lo Simbólico, o también realiza un «influjo analítico» en los encuentros con los padres, tema del que nos ocuparemos luego más detalladamente. Lo esencial, siempre a tener en cuenta, es que cada una de estas variantes no desatienda el fin que se propone: la promoción de los tiempos del sujeto de la estructura. Su transcurrir incluye también los tiempos de engendramiento del objeto hacia el cual se orienta el deseo y, no menos, los tiempos en la construcción del fantasma que paso a paso van desde la infancia a ese tiempo posterior que Freud llamó lo infantil del adulto.

LAS DISTINTAS INTERVENCIONES DEL ANALISTA

El relato de algunos ejemplos de intervención en los tres registros, en lo Real, en lo Simbólico y en lo Imaginario, me permitirá explayarme sobre lo antedicho.

Intervención en lo Real

Carmina tenía cuatro años cuando sus padres vinieron a verme. Un año atrás había nacido su hermanito, sumándose a sus ya anteriores dificultades para dormir, llantos, gritos, patadas, angustias nocturnas y persistentes pesadillas.

El apego de su madre a ella se había favorecido por un hecho ocurrido dos meses antes de ser adoptada: había muerto la abuela materna. Por lo tanto, el padre admitía que la beba fuera un consuelo para su esposa en momentos de tanto dolor; él no intercedía.

Desde que era chiquita se buscó colmarla brindándole satisfacción. No sólo por gusto, sino también, y especialmente, porque el llanto de la beba angustiaba enormemente a la madre, quien, desorientada entre las acusaciones que se autodirigía, equivocaba el estatuto de la demanda. Dándole respuestas plenas, se sometía a la tiranía del circuito que se había creado entre ellas. Carmina pedía y pedía, todo lo que pedía le daban y nada la contentaba. De esta manera, todo logro se malograba y la llevaba a un lloriqueo pertinaz.

Cuando llegó a verme, hablaba en un idioma que podríamos llamar familiar, siendo su madre la encargada de traducirlo, pues era la única en entenderlo. Entraba y salía del consultorio, dejando las puertas abiertas. Llegaba a perder la orientación espacial. Al entrar, agarraba todos los objetos pero no jugaba con ninguno. La continuidad de su movimiento sólo era frenada por algún ruido externo que la sobresaltaba un instante o por una caída, tropezón y lloriqueo. Se presentaba a nuestros primeros encuentros con sus manos llenas de objetos. Comía, tocaba, miraba, todo junto. Se subía a la mesa e intentaba cubrir todo el espacio del pizarrón. Por encima de mi altura, ponía su mano en mi cabeza y me decía: «Vos no sabés» tal o cual cosa, no importaba qué. Pasaba por encima a los adultos. Se les subía literalmente a la cabeza.

Un informe escolar describía la contrapartida. Decía cuánto le costaba a Carmina integrarse con otros chicos, cómo permanecía apegada y pendiente de su amiga Karina. Hablaba de

sus caídas en los desplazamientos y de sus dibujos primitivos para la edad.

En una oportunidad, al llegar, encontró el consultorio sin juguetes. Me ordenó autoritaria, pero infructuosamente, que se los diera.

- Dame los juguetes —me decía imperativa.
- ¿Cuál? —preguntaba yo.
- Todos —esgrimía.
- Ése no lo tengo —le respondía.
- Dame los juguetes —volvía a repetir amenazante.
- ¿Cuáles? —volvía yo a preguntar en tono tranquilo e inmutable.
- Todos —insistía elevando la voz.
- Ya te dije que ése no lo tengo, ¿quierés algún otro? —le sugería.

Pero ella insistía y se repetía el mismo diálogo: ella me ordenaba que le diera los juguetes, yo le preguntaba cuál, ella nuevamente decía «todos», hasta que convencida de mi inmovible decisión, atinó a preguntar: «¿Cuál tenés?».

A partir de entonces se inició un tiempo de preguntas. Preguntaba por los objetos que no estaban, por aquello que no se veía, por lo ausente. Uno a uno empezó a discriminarlos, uno a uno ocuparon su investigación, uno a uno comenzó a pedirlos y así Carmina empezó a jugar.

Intervención en lo Simbólico

Rafaela, una nena de once años, vino a mi consultorio medicada con ritalina, pues decían que padecía de un déficit atencional. Su aspecto era desgredado y poco atractivo, agravado por un estrabismo de su ojo derecho que afeaba su imagen, en concordancia con los ojos con que su madre la había mirado. Ella hacía verdad aquello de «dime cómo te miraron y te diré cómo te ves». Rafaela era una nena desagradable, ofrecía un cuadro poco estético a la mirada. También en la primera entrevista, escudriñando mi consultorio con gestos despectivos, observó con ojo crítico cada uno de mis objetos.

Unos meses más tarde, en su juego escenificaba una escuela. Prefería jugar al juego de la maestra y una directora mala, que acusaba constantemente a la primera por sus encuentros clandestinos con el profesor de gimnasia, o también a una alumna. Hiciera lo que hiciera, era perseguida por la directora que la tenía «entre ojos».

Un día, jugando, dijo:

—Me fue mal en la prueba.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—No presté atención —me respondió.

—Pero, ¿dónde estaba prestada tu atención que no se la prestaste a la prueba? —le pregunté para su sorpresa.

Riéndose, francamente distendida, me respondió:

—Estaba mirando a las chicas y a los chicos, hay muchos que están de novios en mi grado.

El *mauvais oeil*, mal ojo, comenzó a perder su *Fixierung*, su fijación, pues Rafaela halló legítimo cambiar su punto de vista. En lugar de mirarse fijo en el espejo deslucido que le ofrecía el Otro materno, empezó a mirar a las chicas que estaban de novias. Su aspecto cambió llamativamente, volviéndose atractiva a la mirada. Incluso corrigió su estrabismo para sorpresa de su oftalmólogo. No para nosotros, que diríamos que corrigió «su ojo desviado».

Intervención en lo Imaginario

Cuando Joaquín nació, su mamá estaba demasiado enojada con su marido y las peleas entre ambos comprometían casi toda su libido como para interesarse en atender al niño más allá de sus necesidades. En realidad, las demandas de la maternidad, más que entusiasmar su deseo, la fastidiaban. Sentimiento exacerbado por las críticas constantes del padre.

Joaquín se presentó en mi consultorio con sus cuatro años y una gran desorganización. Decía frases entrecortadas y muchas

inentendibles, ajenas a él y propias de las películas que había visto en exagerada repetición. Hablaba con frases típicas de programa de TV. No cerraba las puertas en sus desplazamientos desordenados en el espacio y, cuando se golpeaba, no mostraba registro alguno de dolor. No jugaba, iba pasando de un objeto a otro en metonímica repetición.

Habiendo pasado unos diez meses de nuestros encuentros, algunas cosas habían cambiado. Joaquín entraba al consultorio con su mamá, a la que fuera de ese ámbito no quería ver desde que sus padres se habían finalmente separado. Él quería ir sólo a «casa de papi» y por entonces la madre deseaba recuperar la relación con su hijo.

En una oportunidad propone que juguemos su mamá, él y yo a un juego repetido sesión tras sesión: los dos kioscos. Él era el productor del texto: yo era la kiosquera, él escondía una valija con un autito, la mamá venía primero a comprar a mi kiosco y debía decir: «¡Quiero un autito! ¿Tiene?».

Yo debía responder (según él me ordenaba): «¡No tengo!». «Vos te ponías triste», le indicaba a la madre. Ella, entonces, debía decir: «¡Qué macana!», y hacer como que lloraba.

Entonces yo debía tranquilizarla y decirle: «No se preocupe, puede ir al kiosco de enfrente», señalándolo a él. Entonces, la mamá se dirigía hacia él y le decía: «¡Quiero un autito! ¿Tiene?», y él, exaltado, abría grandes sus ojos y mirándola le decía: «¡Tengo!». Y ella debía ponerse contenta.

Así varias veces mientras él iba agregando cada vez un objeto más que la madre debía desear y él albergar con él.

En un momento, Joaquín va al baño y su mamá se queja angustiada: «Resulta demasiado pesado lo mismo tantas veces». Le digo que no es lo mismo, que él tiene cada vez más cosas para ofrecer. Ella se tranquiliza y sigue jugando.

Al salir, Joaquín pregunta a la madre «¿Seguimos el juego afuera?», y la madre asiente.

LAS INTERVENCIONES DEL ANALISTA EN LOS CASOS DE FREUD

El encuentro con Juanito

En los historiales freudianos también es posible leer diversas intervenciones. Por ejemplo, en ese encuentro único que mantuvo con el pequeño Hans. Su riqueza merece recordar la cita, relatada por Freud:

La consulta fue breve. El padre comenzó diciendo que a pesar de todos los esclarecimientos la angustia ante los caballos no había aminorado. Debimos confesarnos también que los vínculos entre los caballos ante los cuales se angustiaba y las descubiertas mociones de ternura hacia la madre eran poco abundantes. Detalles como los que conocí en ese momento —a saber, que le molestaba particularmente lo que los caballos tienen ante los ojos y lo negro alrededor de la boca— era evidente que no se podían explicar a partir de lo que sabíamos. Pero al ver a los dos así, sentados enfrente, al tiempo que escuchaba la descripción de su angustia al caballo, se me hizo la luz sobre otro fragmento de la resolución que me resultó comprensible que se le escapara justamente al padre. Pregunté a Hans, en broma, si sus caballos llevaban gafas, cosa que él negó, y luego si su padre los llevaba contra toda evidencia, le pregunté si con lo negro de alrededor de la «boca» quería significar bigote y le revelé que le tenía miedo a su padre justamente por querer él tanto a su madre. Él no podía menos que creer, le dije, que el padre le tenía rabia, pero eso no era cierto, el padre le tenía cariño y podía confesarle todo sin miedo. Que hacía mucho tiempo, antes que él viniera al mundo, yo sabía ya que llegaría un pequeño Hans que querría mucho a su madre, y por eso, se vería obligado a tener miedo del padre, y yo le había contado esto a su padre. «¿Por qué crees tú que te tengo rabia?» —me interrumpió el padre en ese punto—. ¿Acaso te he insultado o te he pegado alguna vez?» «¡Oh, sí!, tú me has pegado», le rectificó Hans. «Eso no es verdad. ¿Cuándo pues?» «Hoy por la mañana», indicó el pequeño y el padre se acordó de que Hans inopinadamente lo chocó, con la cabeza, en el vientre, tras lo cual, como por vía de reflejo, él le había dado un golpe con la mano, era notable que

no hubiera recogido ese detalle dentro de la trama de la neurosis, pero ahora él lo entendía como expresión de la predisposición hostil del pequeño hacia él, quizás también como exteriorización de la necesidad de recibir a cambio un castigo.

En el camino de regreso a casa, Hans preguntó al padre: «¿Acaso habla el profesor con el buen Dios, pues puede saberlo todo desde antes?». Me enorgullecería extraordinariamente esta admisión de labios del niño si yo mismo no la hubiera provocado con mis fanfarronadas en chanza. Desde esa consulta recibí informes casi diarios sobre las alteraciones en el estado del pequeño paciente. No cabía esperar que mi comunicación lo librara de su angustia de un golpe, pero se demostró que ahora le era dada la posibilidad de presentar sus producciones inconscientes y desovillar su fobia. Él siguió desde ese momento un programa que yo pude comunicar de antemano a su padre.

El 2 de abril se comprueba la primera mejoría sustancial. Mientras que hasta entonces no se lo podía mover a que permaneciera un tiempo largo ante la puerta de calle, y siempre que se acercaban caballos trotaba hacia adentro con todos los signos del terror, esta vez permanece una hora allí, aunque pasan carruajes, lo cual es muy frecuente delante de nuestra casa. Una que otra vez corre adentro cuando ve venir a lo lejos un carruaje, pero enseguida retoma como si lo hubiera pensado mejor. Comoquiera que fuese, sólo subsiste un resto de angustia, y es inequívoco el progreso realizado desde el esclarecimiento.

Al anochecer dice: «Si ya vamos a la puerta de calle, también iremos al parque» (Freud, 1909).

Sigamos, paso a paso, la secuencia. Pues a mi modo de ver, es realmente ilustrativa de un cambio de enunciación, concomitante a un viraje en la colocación transferencial de Freud.

Al comienzo de la entrevista, habla el padre. Es para decir —Freud lo cuenta— que, a pesar de todos los esclarecimientos, la angustia a los caballos no había disminuido. La propuesta freudiana «informativa», como intento de solución del síntoma, no había alcanzado el resultado esperado.

Algunos antecedentes nos permitirán entender con mayor claridad lo ocurrido en ese encuentro. Freud había escrito el historial en un clima de agradecimiento, los aportes que sus allegados le acercaban para confirmar su teoría sobre la sexualidad

infantil le despertaban un explícito agradecimiento. Respecto al análisis del niño, justificando su intervención en él, plantea que ha «orientado» el plan del tratamiento en su conjunto y admite «hasta intervine personalmente una vez», pero «el tratamiento fue llevado a cabo por el padre del pequeño a quien debo agradecer formalmente por haberme confiado sus notas a los fines de la publicación».

Considero que Freud, agradecido al padre y movido por su propuesta inicial, me refiero a la conjunción de la «autoridad paterna con la médica» que posibilitaron el tratamiento, comienza su intervención en posición de paridad. Por esa razón, el relato lo inicia en plural: «*debimos* confesarnos», o bien, «los detalles no se podían explicar por lo que *sabíamos*».

Sin embargo, más adelante surge, expresa y decididamente, un verdadero reposicionamiento. ¿Qué llevó a un cambio de posición en Freud? Por toda explicación el psicoanalista aduce que fue «Al ver a los dos así». Pero cabe preguntarse: ¿cómo los vio? «Sentados enfrente», según podemos leer.

En ese preciso instante, instante develador a la mirada de Freud, se «le hizo la luz». ¿Con respecto a qué? Al verlos sentados frente a frente, ¿no vio acaso la imagen de paridad que los asemejaba? Sin duda, al pequeño no se le escapaba la profunda ligazón que el padre mantenía, como hijo, con su propia madre. ¿No le había propuesto el niño a su padre saltar juntos la cuerda prohibida? ¿Por qué extrañarnos que la solución alcanzada por Juanito, al final del historial, sea quedarse cada hijo con su madre? ¿Acaso no dice la cita de Freud que «todo termina bien, el pequeño Edipo no ha hallado una solución más feliz que la prescrita por el destino. En lugar de eliminar a su padre, le concede la misma dicha que ansía para sí; lo designa abuelo, y también a él lo casa con su propia madre»? (Freud, 1909, pág. 80).

Al verlos a los dos bajo una nueva perspectiva, algo se ilumina y Freud cambia de posición. Deja de colocarse junto al padre, diciendo «no sabíamos», impotencia del saber, e interviene directamente con una broma. Lo quiero subrayar: no interpreta, interviene por la vía de la chanza, preguntándole si el caballo

tenía gafas. Juanito le dice que no. Freud insiste, bromeando sobre el sentido. ¿Qué intervención es ésta? La broma privilegia la articulación entre real e imaginario y recae, como rebote, invitando a conmover el sentido del padre. El diálogo continúa: el padre, ¿tenía gafas? Juanito también dice que no, contra toda evidencia. La sagaz criatura se montó sobre la broma de Freud, pues el padre las tenía.

En esta escena lúdica, Freud pronuncia la recordada intervención que retoma Lacan. Aquella en la que le dice a Juanito, haciendo *semblant* de saber, «que hacía mucho tiempo, antes que él viniera al mundo, ya sabía que llegaría un pequeño Hans que querría mucho a su madre y por eso se vería obligado a tener miedo al padre». Le dice que «ya sabía», salto y contrapunto respecto del decir anterior —«no sabíamos»— cuando Freud se colocaba en paridad con la impotencia del padre. El efecto de esas palabras dirigidas a Juanito extienden su resonancia en el padre. Por esa razón, en ese preciso instante, interrumpe a Freud con su necesidad de disculparse. Atento a los ideales de la no represión freudiana, lineamiento con el cual se debía educar a los niños, el padre se disculpa ante la posibilidad de ocupar ese lugar. Ser agente de temor del niño. Sin demora, le pregunta: «¿Por qué crees tú que yo te tengo rabia?», «¿Acaso te he pegado alguna vez?».

«¡Oh, sí!», responde raudo Juanito, sin perder la oportunidad. «Tú me has pegado por la mañana.» Aliviado y sin atinar a escuchar las razones que motorizan la expectativa del niño, el padre recuerda que esa mañana, llevado por una acción refleja, el niño —es mi interpretación— había logrado que él le pegara. Sin duda, su logro mayor fue que el padre «le dé una mano», que una mano caída se levantara y le pegara. Según mi lectura, su eficacia dio comienzo, para el sujeto, a una producción ficcional: «Mi padre me pega».

Al leer atentamente el modo en que se fueron desarrollando los diálogos en aquel histórico encuentro, me surgió una pregunta: la sordera de un padre que sostiene su ideal de bondad de los ideales de no represión freudiano, padre que le pregunta a su hijo, ¿cuándo te he pegado?, o ¿te he pegado alguna

vez? —y que no tolera jugar de padre agente, motivo de temor, perseverando en la sordera respecto al reclamo de intervención y corte que Juanito reclama de él—, ¿habrá incidido en la intervención de Freud? Me refiero a esa chanza en la que hace *semblant* más que de profesor, de «padre Dios» cuyo saber ofrece sentido al origen del niño.

Sin identificarse con ese lugar, Freud hace *semblant*. Reconoce la diferencia entre creer ser «el buen Dios» y jugar a serlo. A continuación, en la secuencia inmediata, afirma que operó mediante la chanza. Las consecuencias de su intervención se dan a leer en el diálogo posterior entre Juanito y el papá, cuando regresan de la consulta. El niño le pregunta: «¿Cómo sabe el profesor qué es lo que ocurría desde antes? ¿Es que conversa con el buen Dios?».

El movimiento no se deja esperar, lo estanco cede, aparece la primera mejoría de Juanito, la primera mejoría sustancial: pararse en la puerta. Recordemos que antes permanecía siempre adentro. A partir de ese momento inaugural, una puerta enmarca, delimita el adentro y el afuera.

Freud y el análisis de un púber

El otro ejemplo que brinda una lectura de las intervenciones del analista se refiere al caso de un jovencito que fue atendido por Freud hace más de cien años y de cuyo juego, con exquisita escritura, hace el relato, publicado en *Psicopatología de la vida cotidiana* (1911), a raíz de un persistente acto sintomático y casual. Volví sobre él atenta al hecho de que Freud cuenta en ese texto paso a paso sus intervenciones, con la generosidad de un maestro. Sin duda estimulada por mi afán investigador, me detuve en la siguiente pregunta: ¿de qué intervenciones se trataba?

En las páginas previas a la viñeta del caso, en el apartado donde se ocupa de las acciones casuales y sintomáticas, Freud subraya que ellas se ejecutan «sin intención alguna», de manera «puramente casual», «como para tener ocupadas las manos», agregando que «ellas expresan algo que el actor mismo ni sospecha en ellas y que por regla general no se propone comunicar, sino

guardar para sí» y que «se las acepta porque no se sospecha en ellas un fin ni un propósito».

Una vez aclaradas las condiciones de tales acciones, Freud refiere un caso de su experiencia comenzando con una observación: observa una mano. Pero observando, se detiene en una mano que jugando decía. Con tan bella expresión, nuestro autor eleva una acción que de inicio parece «puramente casual», «sin intención alguna», expresión de «algo que el mismo actor ni sospecha en ella», al escenario discursivo del juego. De esta manera Freud describe cómo: «... una mano que jugaba con una bolita de miga de pan depuso una elocuente declaración». Se trataba de un muchacho de doce años que desde los diez venía padeciendo una histeria grave, tratada según los cánones de la época en un instituto hidropático con resultados infructuosos. En principio, y como punto de partida, Freud dice contar con una premisa basada en la sospecha de que el joven «debía de haber tenido experiencias sexuales y estar martirizado por preguntas de ese tenor». Premisa que, según veremos, no deja de guardar en suspenso, fiel a su deseo de investigar analíticamente.

¿Qué hace Freud ante la localización de ese tiempo del sujeto en el cual lo real del sexo que despierta, conmoviendo la pantalla del cuerpo habido hasta ese momento, martiriza al sujeto sin que atine a preguntar buscando algún saber?

Primera intervención: «Me guardé de acudir en su auxilio con esclarecimientos». Freud se abstiene. No interviene como pedagogo sabedor del sexo. Pero, ¿qué lo detiene?, ¿por qué se abstiene?

Por un deseo más fuerte. Podemos leerlo en lo que sigue cuando nos aclara que «con curiosidad esperaba ver por qué camino se manifestaría en él lo buscado». Una curiosidad sublimada impulsa el deseo de saber, pero no es sólo eso. Hay aún algo más fuerte: esperar la vía por la que emergerá el sujeto; el analista aguarda. Sin prisa pero sin pausa, cierto día... surge otro juego. El texto lo describe de este modo: hacía «rodar algo entre los dedos de la mano», lo metía en el bolsillo, donde seguía el juego, luego lo sacaba, etc.

Freud, como el analista con los niños, no pregunta por el sentido del juego, y el juego entonces avanza. «A la sesión siguiente volvió a traer una bolita así...» y «mientras platicábamos» (Freud hace *semblant* de platicar sin mirar lo que el niño hacía con las manos, pues ya sabía, y lo había dicho explícitamente, que «el actor no se propone comunicar sino guardar para sí el sentido de su acción casual»). Por lo tanto, en esa posición y en tanto platicaban, observó la mano. «Plasmaba con ella, de un modo increíblemente rápido y a ojos cerrados, unas figuras», que seguían excitando el interés de nuestro profesor, según él mismo confiesa. «Eran indudablemente hombrecitos —dice Freud— con cabeza, dos brazos, dos piernas, como los más toscos ídolos prehistóricos, y un apéndice entre las piernas que él estiraba en una larga punta» a los que «apenas hubo acabado, lo volvió a amasar», «luego lo dejó estar, pero estiró un apéndice así desde la espalda y otros lugares para encubrir el significado del primero».

Freud no le pregunta qué tiene en la mano, pero ¿qué hace? Lee el juego en su secuencialidad y decide intervenir mostrándole que lo había comprendido pero «coartándole al mismo tiempo la escapatoria de que esa actividad formadora de figuras humanas no perseguía intención alguna». Quiero subrayar esta modalidad en la cual la mostración va haciendo pie en la relación transferencial para sostener la intervención del analista en un discurso sin palabras. Claro que, como veremos, no sin letras localizadoras del significante.

Con ese fin, Freud, que había comenzado observando, termina leyendo. Dirigiéndose al joven le pregunta de pronto «si recordaba la historia de aquel rey romano que dio una respuesta pantomímica en el jardín al mensajero de su hijo». «El muchacho pretendió no acordarse...», pese a que por sus estudios —aclara Freud— debía tenerla muy presente. Es interesante resaltar cómo el analista toma un elemento ofrecido por el orden simbólico de ese momento histórico. Un equivalente tal serían para nuestro tiempo algunas películas como *Buscando a Nemo*, o programas de televisión como *Son amores* o *Chiquititas*. Sin embargo, llamativamente, el joven pregunta «si era la historia del esclavo sobre cuyo rasurado cráneo se ha escrito la respuesta».

Freud no se queda callado, ni le dice «¿a vos qué te parece?». Por el contrario, le responde. Le dice que no (ya tenía la certidumbre de haber delimitado la resistencia), agregando que esa pertenece a la historia griega, y sin más le relata el cuento:

El rey Tarquino el Soberbio había instado a su hijo Sexto para que se introdujese furtivamente en una ciudad latina enemiga. El hijo, que entretanto había reclutado partidarios en esa ciudad, envió un emisario al rey para preguntarle qué debía hacer ahora. El rey no dio respuesta, sino que marchó hasta su jardín, se hizo repetir la pregunta ahí, y calladamente cortó la cabeza de adormidera más grande y hermosa. Al mensajero no le quedó otro partido que informar esto mismo a Sexto, quien comprendió a su padre y se aplicó a eliminar por la muerte a los ciudadanos más notables de aquella ciudad (Freud, 1911).

Freud quiso mostrarle que había comprendido. Nosotros podemos preguntarnos ¿qué comprendió Freud?, y ¿qué tipo de intervención hizo con su relato? Continuando por el sesgo de las intervenciones del analista en los tiempos del sujeto, diría que Freud comprendió que a lo real pulsional del despertar sexual se respondía con una falla de lo simbólico. Que un objeto, la voz del superyó, martirizaba al sujeto inhibiendo sus preguntas, impidiéndole moverse en la búsqueda de saber. Atento al lugar de mirada censora que la transferencia le confería, Freud intervino contando una ficción que trata de un padre y un hijo y de la pregunta que éste le dirige a su progenitor: ¿qué debía hacer ahora con el despertar de la sexualidad? El padre da la respuesta, silenciosamente, ¿con un discurso sin palabras? Se deben cortar aquellas notables cabezas que impiden conquistar un nuevo territorio. Incidiendo con una narración, entre lo Simbólico y lo Imaginario, enlaza lo Real reanudando el movimiento.

El efecto no se hizo esperar: «Mientras yo hablaba, el muchacho suspendió su amasar, y cuando pasé a narrar lo que hizo el rey en su jardín, ya a las palabras 'calladamente cortó', con un movimiento rápido como el rayo arrancó la cabeza a su hombrecito. O sea, también él me había entendido y había tomado nota de que fue entendido por mí».

En ese momento, y recién entonces —dice Freud— «pude pasar a las preguntas directas, le impartí las informaciones que a él le importaban y poco tiempo después la neurosis llegaba a su término».

Así, desde el nudo borromeo, estructura universal del ser humano, en el cual cada registro halla su límite en los otros dos, a lo particular, cuando uno de ellos pierde su agujero o la orientación que le conviene, las intervenciones del analista se dirigen siempre al sujeto atendiendo a las letras de su historia que en lo singular conjugan al uno con el otro.

ALGUNAS PREGUNTAS CLÁSICAS EN EL ANÁLISIS DE UN NIÑO

Con los ejes trazados y habiendo presentado algunos elementos para delimitar las respuestas que alcancemos, acerquémonos a los interrogantes frecuentes y reiterados por quienes atienden niños.

¿Cuándo dar comienzo y cuando finalizar el análisis de un niño?

¿Cuál es la función de los juguetes y del juego en la escena analítica? ¿Qué juguetes incluir en ella?

¿Cuándo citar a los padres? ¿Cómo pensar las intervenciones del analista con los padres?

¿Qué entendemos por «influjo analítico sobre los progenitores»?

¿Cómo aunarlo al análisis del niño?

En definitiva, ¿cuál es la formalización del acto analítico con los padres y con el niño?

¿Cuándo dar comienzo al análisis de un niño?

Dar comienzo al análisis es decisión del analista cuando el tiempo del sujeto no se recrea. O cuando lee que está comprometida la progresión de los tiempos. O cuando, atendiendo al tiem-

po de constitución de la estructura, encontramos que hay una continuidad en lugar de una discontinuidad, que no hay pasaje, tránsito de un tiempo a otro. En ese momento, es dable pensar el comienzo de una intervención. Hay ocasiones en las que pasa el tiempo, un niño tiene determinada edad cronológica, pero el tiempo del sujeto, ya sea el tiempo de lo Real, de lo Simbólico o de lo Imaginario, no se han recreado. En esos casos, diversas manifestaciones fenoménicas prueban el estancamiento.

Si al respondernos la pregunta por el tiempo del sujeto hallamos tiempos que lejos de recrearse han permanecido en estable continuidad de goce, se justifica comenzar. También, cuando la redistribución de los goces no se ha producido, o bien el niño perdura como objeto del fantasma materno y se encuentra comprometida su efectuación como sujeto. También si la manifestación de su respuesta al Otro es el síntoma perdurable, la angustia desbordante o la inhibición paralizante. Comenzamos el análisis atendiendo al sujeto, su tiempo y su destiempo. Recordando que el sujeto responde al Otro pero a veces no responde, no tiene capacidad de respuesta o, si responde, su respuesta es el síntoma cristalizado, la angustia automática o la inhibición inmovilizante.

Por ejemplo, la continuidad de un goce pulsional oral puede presentarse como síntoma de obesidad. En realidad, ese goce tal vez venga asociado a un detenimiento del avance fálico en un varón. O la continuidad de un goce da a leerse en un persistente empobrecimiento en la producción de significantes, como le ocurría a un jovencito, atendido por mí hace años, que tenía un tic. Su boca dejaba salir la lengua en un gesto abrupto y descontrolado, llevándolo a molestar de tal modo a su entorno que dio motivo a una consulta. Él permanecía mayormente callado en la entrevista a la que concurrió con su madre, pero cuando decidí dirigirle una pregunta, era notable que su madre, presa de gran angustia, respondía sin darle tiempo siquiera a balbucear. La inhibición de la palabra apenas se abría paso a través del síntoma con el que «sacaba la lengua» al Otro. En otras ocasiones, el tiempo del sujeto puede estar detenido en uno de los tiempos del narcisismo. Un ejemplo de ello sería la

fascinación ejercida por el ideal de alcanzar la imagen de un cuerpo ideal. Por supuesto, la imagen del espejo nunca alcanzará a reflejar tal aspiración y en consecuencia deja fija la mirada en la discordancia que el cristal hace presente.

Cada una de estas manifestaciones dicen que el tiempo del sujeto, en lugar de recrearse para cada uno de los tiempos de lo Real, para cada uno de los tiempos de lo Simbólico, y para cada uno de los tiempos de lo Imaginario, retiene al sujeto detenido. Por lo tanto, el comienzo del análisis de un niño implica el reconocimiento de un tiempo que continúa sin redistribuir goce e implica un detenimiento en la reestructuración del sujeto.

Las formas varían, pero se pueden manifestar en el origen mismo, desde ese primer tiempo en que el niño ocupa un lugar en el Otro como objeto de amor, como objeto de deseo, o así mismo como objeto de goce.

El nudo presentado en el capítulo 2 (véase página 66), nos muestra los mismos elementos con una ganancia enorme: la de colocarlos enlazados. El enlace permite apreciar, como lo muestra claramente el nudo, que amor, deseo y goce encuentran, cada uno de ellos, un límite en los otros dos. Ubicado al mismo tiempo como objeto de amor, como objeto de deseo y como objeto de goce, ese ternario anudado ofrece una salvedad, apreciable a simple vista. Al estar amor, deseo y goce enlazados, ninguno alcanza plenitud, la incompletud recae y alcanza a cada uno de ellos. Consecuentemente, el niño no satisface ni el deseo, ni el goce, y tampoco colmará la expectativa amorosa de los padres.

Ahora bien, si a esta presentación, que ubica el lugar del niño en el marco de un estatuto topológico, le sumamos la movilidad del objeto como presencia y como ausencia, engarzado en el hueco del amor, del deseo y del goce, arribamos a mi hipótesis central sobre los tiempos. El niño, como objeto, puede ser un niño que en determinado momento satisface y en otro momento falta a la satisfacción. Su posición alterna entre responder sí al Otro, como tiempo de alienación, y emitir con un no su respuesta de sujeto, alcanzando un momento de separación. Ambos, el sí y el no, son respuestas del sujeto.

Está fuera de toda lógica y resulta inconducente considerar al niño sólo como objeto o bien como sujeto de pleno derecho. Resulta un sesgo empobrecedor, que deviene en un planteo simplista y esquemático.

Al respecto del niño, se tiende a naturalizar frecuentemente el valor que él toma para los padres. Se reconoce su valencia narcisística, el sitio privilegiado que lo entrona como equivalencia simbólica o como objeto del fantasma, pero es necesario recordar que nada es natural. Un niño puede no ser incluido en la economía psíquica de sus progenitores, y su presencia convertirse, simple y llanamente, en una molestia. Llega a ser tan delicada esa instancia, que si una criatura al nacer no nace con un valor que le dé sentido a que viva, si sólo molesta su presencia, en lugar de ser incluido él puede ser desechado, en lugar de una representación valiosa, puede ser arrojado a la basura. Las crónicas policiales, lamentablemente, lo denuncian con frecuencia, recordándonos con esas tragedias aquello que tendemos a olvidar, pues nos resulta casi inaceptable, y es que el amor materno y el deseo de un hijo no son naturales, que no hay instinto materno. Las tragedias revelan, de un modo descarnado, la dependencia vital y absoluta que un ser humano guarda respecto del sentido que tiene para otro. Desde el inicio, y para todo viviente, ese sentido decide su vida misma. He sido testigo de relatos espeluznantes, contados por mujeres que asesinaron a sus hijos. Claro que para ellas no eran hijos. Recuerdo dos casos que me fueron referidos en el antiguo Hospital Rawson, en épocas en que atendía pacientes en la Maternidad. Una de ellas había matado a su criatura afirmando que se trataba de un parásito que estaba mamando. Otra justificó su acto como legítima defensa de un gato que la quería atacar, por eso lo ahogó. Si un niño puede ser tirado a la basura es porque él no alcanza valor fálico, y por eso no llega a hacer falta. En ese caso, ni siquiera se constituye como objeto del narcisismo materno. Ocupa, sí, un lugar, pero es un puro objeto de desecho. En caso de ser un desecho, no otorga ningún goce, ni siquiera goce anal. Desde ya que el goce no siempre tiene un signo agradable, como se suele entender. Gozar no implica nece-

sariamente algo placentero, hay goces francamente displacenteros, síntomas que conllevan goce sin placer. Pero hasta un goce anal lleva prendida una valía, caso contrario molesta y sólo se aspira a expulsarlo, a hacerlo desaparecer.

«Él siempre estuvo mal», me dijo la mamá de un jovencito, cuando acudió a mi consultorio por exigencia de la escuela. Decían de él que molestaba a los maestros y a los compañeros, también molestaba en las tareas, impidiendo el normal desarrollo de las clases. Del mismo modo, el encuentro conmigo se realizó en un clima de molestia. Evidentemente, él molestaba al otro, ése era su síntoma, molestaba siempre. Su caso fue uno de esos casos inolvidables para un analista porque rozan fuertemente el límite, presentan obstáculos que generan una verdadera impotencia para ayudar a un sujeto. Es que la mamá de este nene estaba gravemente enferma de psicosis y fue inviable dar curso a alguna intervención posible: no pude evitar que lo sacara del análisis. Desde el comienzo escuché el posicionamiento paranoico de esta mujer indagatoria, que me preguntó hasta el número de zapatos que calzaba. En realidad, había cortado unas cuantas cabezas de analistas. Habiendo consultado contra su voluntad, por requerimiento de una institución escolar cuyas referencias me negó, la desconfianza en juego era extensa y me incluía. Sin embargo, llegó a relatarme las molestias que el hijo le había ocasionado siendo bebé. Pude escuchar hasta qué punto las demandas naturales de un recién nacido eran interpretadas como intencionales —consideraba que el fin del bebé era molestarla—, e incluso me confesó que le pegaba y le gritaba sin obtener el resultado esperado: silenciarlo absolutamente. La verdad estaba en su decir. El chico realmente era muy molesto, no lo aguantaba nadie, pero el rechazo que generaba en su madre iba más allá de cuanto hiciera o dejara de hacer. Se había rechazado su existencia desde el principio. En la última reunión, cuando le comuniqué que debíamos despedirnos, su cuerpo se derrumbó al piso arrastrando la silla junto a él. Le dije cuánto lamentaba no seguir viéndolo y atiné a legitimarle su rebeldía subjetiva, «molestar» era su capacidad de libertad. Molestando se hacía escuchar.

Cuando un niño no está incluido en la demanda del Otro, en la demanda de amor del Otro, no habita el narcisismo de los padres sino que es una molestia, lo que molesta es que exista, no lo que hace. Molesta por existir. Lo único que podía satisfacer a la madre era no existir. Una disyuntiva un poco difícil. El niño ya había sufrido, por otra parte, muchos accidentes. El deseo de muerte apenas admitía resquicio. Sólo ese elemento subjetivo: «ser molesto». Esto hacía que cada institución a la que iba, dado lo molesto que era, tomara a su cargo exigir una consulta. Así, la escuela era una terceridad, lo único que ponía límites al goce de esta madre que le pegaba y lo maltrataba sin piedad.

En algunas ocasiones, el niño ofrece sólo goce a la madre, pero ella no lo considera un ser amado, ella no lo ama. En ese caso, el goce no estaría enlazado al amor. El objeto de amor, no es asimilable a aquel que oferta goce. Más aún, en algunos casos, el goce llega a estar tan desligado del amor, que peligra la vida misma del recién nacido. Pues, sin amor no hay límite para los más variados goces. Por el contrario, muchos impulsos pulsionales encuentran un verdadero freno en la fuente del amor. Una mamá logró suspender su hurgueteo ilimitado sobre el cuerpo de su hijo, cuando registró que ese goce podía llevar a su hijo a la muerte. Hasta ese momento, su mirada no aceptaba barrera alguna. Ella comenzó a registrar su conducta sintomática cuando le señalé que si no paraba de meter mano y mirada en mochila, placard, cajones y hasta el cuerpo de su hijo, al que seguía revisando si se había higienizado bien luego de su diaria deposición, su hijo de diez años no encontraría espacio legítimo para su propia intimidad. No se trataba de un tema menor. Dado que resultaba infructuoso cerrar la puerta, pues esta madre no respetaba ninguna, él se veía obligado, tal como ocurrió efectivamente, a buscar para sí, como vía de salida, geografías inalcanzables para su madre, sin reparar si eran o no peligrosas para él. En una oportunidad, ya había recurrido a la cornisa de la fachada exterior de la casa, lugar en el que fue hallado luego de ser buscado durante horas en los sitios habituales y no responder a los llamados que a los gritos le dirigían.

El amor, como pregonaba una conocida canción, fue más fuerte. Pero su intensidad, sin embargo, no siempre apuesta a la vida: cuando no halla borde para deseos más allá del hijo, se torna riesgosa la relación. Una mujer me fue enviada a la consulta por los médicos que la asistieron en su parto. Ellos estaban realmente preocupados, pues no lograban que ella aceptara que el bebé permaneciera ni un instante separado de su cuerpo. Lo llevaba contiguo a su pecho, continuamente. Al abrir la puerta de mi consultorio la vi llegar con el pequeño alzado en sus brazos. Tras ella, en descendente fila india, fueron entrando siete hijos más, cuyas edades oscilaban entre los quince y el año apenas. Finalmente, cerrando la procesión, el padre, casi como un niño más. Una vez dentro, me explicó sus razones para no permitir que nadie osara siquiera tocar al bebé que adosaba a su cuerpo. Es que lo estaba protegiendo. Ningún otro ser humano podría evitar un desastre si esto no ocurría. Ella lo consideraba anexo a su propia integridad. Lo cierto era que, en su afán por protegerlo, estuvo a punto de ahogarlo varias veces mientras dormía.

Es que, para que opere un desprendimiento, para aceptar que el bebé tiene un cuerpo, que él no es una parte del cuerpo propio, la condición es que en la madre funcione una falta de goce. Esta mujer había tenido un hijo seguido inmediatamente de otro; cada recién nacido suturaba, raudamente, el lugar vacante del otro, sin discontinuidad; pero este bebé era el último que ella podría engendrar a causa de su edad, ya estaba entrada en años, y se lo habían anticipado. Sin capacidad psíquica para incluir en su universo ese vacío, sin enlace posible para esa falta, su estructura de psicosis produjo un delirio persecutorio. Como se puede constatar, nada es menos natural que la naturaleza materna. De ningún modo es natural el deseo materno, no es espontáneo, implica una operación de pérdida de goce. Es necesario no olvidarlo, el deseo siempre es causado por una falta de goce. Querer no es desear. El deseo tiene una lógica precisa. Definitivamente, para desear un niño hace falta que haya falta, luego bien puede ocurrir que el niño represente o no esa falta, tanto en un plano simbólico como imaginario.

A su vez, a este complejo mecanismo de inicio, tan delicado

desde los primerísimos tiempos del sujeto, se le agrega otra dificultad, ya que ese mecanismo puede luego detenerse. Sin mediación simbólica o separación real, un niño queda expuesto, directamente, a ocupar el sitio como objeto del fantasma de la madre. Y más tarde, en cada nuevo tiempo de la infancia, puede aún ocurrir que, habiendo alcanzado a recorrer ciertos tramos de la niñez, el devenir se frene y no se recree, manifestándose como síntoma, como angustia o como inhibición. De manera que no siempre estará garantido para cada tiempo del sujeto que el deseo de la madre pueda, de modo renovado, dar plafón para un nuevo escalón a la vida del sujeto, tampoco estará disponible sin más la procuración nominante por parte de la operación paterna. Sin letra para enmarcar la conformación del fantasma, no se abre la ventana ni se atisba orientación para el deseo.

Fue el caso de una jovencita que me fue enviada por la nutricionista cuando, al alcanzar la pubertad, le era imposible reducir su sobrepeso. De niña no había sentido ningún conflicto en ser la gordita buena y bonita que compartía con su papá y la familia paterna el gusto por las comidas abundantes; pero la aspiración a incluir en su economía subjetiva otro gusto, el de verse apetecible a las miradas de los chicos, la colocó ante una opción para la que no contaba con nuevas significaciones. Su padre, que nominó con beneplácito su niñez, no atinaba a legitimarla como señorita. Preocupado por los riesgos pulsionales de la adolescencia, prefería controlar su emergencia colmando sus redondeces y dificultando el límite a la oralidad, único goce bien visto. Sin duda, estaba justificada la atención de esta muchacha, que permanecía frente a mí, mirándome en silencio, casi sin palabras. La continuidad de un tiempo, más allá de la edad, da lugar a un comienzo. Pero, en primer término hay que localizar el tiempo como tiempo detenido donde no hay efectuación del sujeto. No debemos olvidar que el sujeto no es un «en sí», no se es sujeto, el sujeto es un efecto, y la efectuación del sujeto se realiza cuando hay respuesta al Otro. El sujeto responde al Otro, en el doble sentido. En primera instancia, responde afirmativamente al lugar que el Otro le otorga en su campo, ya que el campo es del Otro, pero también responde

«no» cuando toma su lugar, pues si el campo es del Otro, el lugar es del sujeto. El sujeto se efectúa cada vez que le dice «sí» y «no» al Otro. Por eso me gusta hacer una distinción: el sujeto nace en el campo del Otro pero luego ocupa su lugar. Desde el inicio, en definitiva, aquello que le pasa al niño no es pura continuidad de aquello que viene de los padres. Por eso mismo merece una atención destacada el modo en que los padres llegan, esto es la localización de la transferencia, tema en el que me expliqué en el capítulo anterior. Éste es un tema que preocupa legítimamente a los analistas que atendemos niños, puesto que debemos localizar si hay o no hay demanda de análisis y no sólo determinar la calidad de esa demanda, sino también quién la realiza. Su consideración no puede obviarse, por su carácter ético, en el comienzo de análisis cuando se trata de un niño.

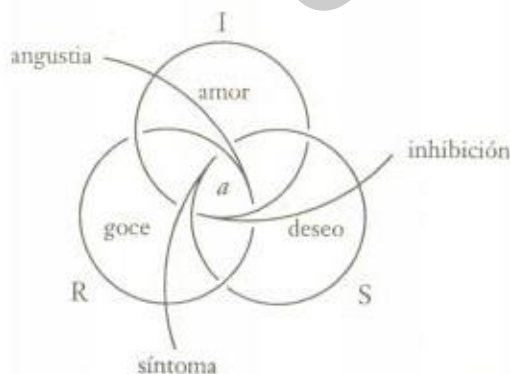
Esperar un sujeto en la infancia en la plenitud de su responsabilidad respecto a la dinámica de los goces, a la dialéctica del deseo y a los lazos del amor, es desconocer la dependencia real que la fragilidad humana guarda en la niñez respecto del adulto que le brinda los cuidados esenciales. Su ignorancia, en la clínica que nos atañe, lleva a forzar un posicionamiento del niño, anticipado como adulto y precipitado por la demanda de serlo por parte de quien lo recibe. Tal propuesta no sólo priva al sujeto del resguardo que la presencia real de los padres le otorga, sino también de la función necesaria que la autoridad y transmisión de los mayores cumple para el crecimiento. Cuando la consistencia necesaria cae anticipadamente, también se contraría la dinámica progrediente de los tiempos del sujeto, y esto no sólo para la infancia, sino también en los futuros tramos de su vida.

Un ejemplo claro de las vicisitudes que entorpecen el pasaje de un tiempo a otro en la infancia es ofrecido por el pequeño Hans, historial paradigmático. Juanito se angustia y responde con un síntoma: la fobia. Si quisiéramos ubicar la angustia en el nudo, Lacan la escribe como la inmicción de lo Real en lo Imaginario. ¿Qué real es el que inmicciona en lo imaginario provocando angustia? Lo real pulsional. Despierta lo real pulsional, el hace-pipí de Juanito, la excitación de ese nuevo goce, e inmicciona en la imagen que él tiene de su cuerpo hasta ese momento. La

imagen, el imaginario de Juanito, es ser el falo de la madre. Entonces, tener un goce fálico provoca angustia. Lo real de ese goce conmueve la imagen habida hasta el momento. Para tratar de reordenar el anudamiento es que Juanito responde con un síntoma: la fobia. ¿Qué tiempo tiene Juanito?, ¿en qué tiempo estaría detenido el sujeto? En el tiempo de ser o no ser el falo de la madre. La excitación genera el primer gran conflicto emplazado en el binarismo significante. Ser el falo o tenerlo. (En el capítulo sobre los tiempos del sujeto lo anotamos como ser o no ser el falo.) Hasta ese momento, Juanito está contento: todo él siendo el falo de la madre. Ser el falo de la madre implica ser el objeto que causa goce a la madre, se trata para él de satisfacer a la madre siendo el falo. Cuando Juanito encuentra que puede tener un goce, entra en conflicto el ser con el tener. No se puede ser el objeto que le da goce al Otro, satisfacción a la madre, y tener un goce. Lo real pulsional despierta y la excitación no entra en la imagen habida del cuerpo. Lacan sitúa el despertar de la angustia en la excitación causada por el prurito genital; yo creo que más que la excitación es la percepción de la excitación la que desvela al sujeto reclamándole incluir en la imagen algo no imaginado hasta entonces, que su cuerpo se excita, es decir, que tiene un goce en su cuerpo y que no agota su satisfacción en satisfacer a la madre. Hasta ese momento, ¿qué daba satisfacción a la madre de Juanito? Que él fuera el falo, no que tuviera el falo. Y expresa claramente su disgusto cuando Juanito la invita a reconocer su condición falófora. Ella le dice «eso es una porquería». De ninguna manera entra en el universo materno un Juanito como hijo falóforo. Sólo hay lugar para un hijo-falo, que brinde satisfacción a su deseo metonímico de falo. Persistente, ella no admite que el sujeto recree su posición, que deje de ser para tener. Tal como habíamos anticipado respecto al lugar de los padres, es necesario para cada tiempo de la infancia que se renueve el deseo de la madre y la nominación del padre legitimando el pasaje de un tiempo a otro del sujeto. Que la madre desee a Juanito como falo, como metonimia de su deseo de falo —dirá Lacan— no cabe duda. Ella lo ha tomado a Juanito como metonimia de su cuerpo; de hecho lo lleva con ella a todas partes como prolongación de su

propio cuerpo. Pero en ella está impedido el deseo de niño con falo. Está detenido el tiempo. Juanito necesita recurrir al síntoma fóbico para encontrar algún significante que lo ayude a diseñar el nuevo mapa erótico, un borde simbólico que lo habilite a delimitar espacios más amplios de goce.

Por otra parte, se lee con claridad en el historial que el deseo de falo retenido en el hijo no era ajeno a lo que ocurría con el deseo de los padres entre ellos. La madre tenía un franco desinterés respecto al hombre que era su marido, y el padre como padre era un teórico. Aunque sabía que el niño no debía ir a la cama con la mamá, aceptaba que lo hiciera. Por eso es importante hacer notar que Juanito le propone resolver el conflicto edípico quedándose cada uno con su mamá. Juanito sabía que su papá como padre era un buen hijo. Seguramente ello incidía para que la madre no atendiera a lo que el marido le decía, no estaba demasiado interesada en el falo proveniente de él. El deseo de hijo estaba activado como metonimia del deseo de falo más que como metáfora de amor por un hombre (Lacan, Seminario 4). Por ende, como una cadena a la que se le agregan eslavones, fallaba el vaciamiento necesario en el deseo de la madre. Ante este cuadro de situación, ¿cuál es la respuesta del niño como sujeto? Juanito primero se angustia y, luego, hace un síntoma como respuesta al Otro. Como inmicción de lo Simbólico en lo Real, el síntoma acerca una cifra a ese real de goce que estaba allí en juego. Una vez más, el nudo nos permite apreciar el enlace ajustado entre inhibición, síntoma y angustia.



En definitiva, y a pesar de que el niño no acude por sí mismo al consultorio de un analista, cabe pensar que se justifica nuestra intervención cada vez que un sufrimiento se hace notorio, revelando el contratiempo o el destiempo del sujeto, la falla en la respuesta del sujeto, o también cuando la respuesta es inhibición, síntoma o angustia. En algunos casos más graves, la ausencia de respuesta del sujeto muestra al niño enclavado como objeto pleno del amor, el goce o el deseo de los padres sin horadar. En todas esas ocasiones es oportuno comenzar. Y el comienzo coloca en el horizonte la perspectiva de la finalización.

¿Cuándo finaliza nuestra intervención?

Nuestra intervención finaliza cuando se reanudan los tiempos. Cuando se relanza la dialéctica entre el sujeto y el Otro. Cuando se redimensiona la producción de saber entre el niño y sus padres y se activa la redistribución de los goces que, estancados, impedían el crecimiento.

Para orientar nuestra posición con respecto al fin del análisis, estaremos atentos más que al progreso evolutivo, a la progresión de la estructura que tiende a su constitución definitiva en la pubertad. Pero no continuamos nuestra intervención hasta el abrochamiento definitivo. Nuestra intervención concluye sin intentar prever ni prevenir el porvenir. Finalizamos cuando el movimiento se reanuda y el sujeto se recrea.

En general, los chicos quieren dejar de venir a nuestro consultorio en ese momento, empiezan a buscar otros goces en la escena del mundo, fuera de la escena analítica. Pero a veces su negativa a venir no significa que se haya finalizado el análisis. En ese caso, estaremos ante resistencias. Uno y otro caso requieren distinciones sustentadas en la remoción de lo estanco, en el relanzamiento de los tiempos del sujeto.

La conclusión arriba con la producción de saber entre el niño y sus padres. El síntoma escribe una cifra transaccional ante un goce empantanado, así lo muestra la paradigmática fobia de Juanito. Por ende, su modalidad se repite hasta encontrar el lector descifrador, en cuyo caso es posible que cese. Pero debe

hallarlo dispuesto a interrogar el mensaje que envía. Si en la consulta, en el inicio, destelló una pregunta, o una falta en el saber interrogó el sentido del sufrimiento, su formulación adquiere una benéfica función inclinada a abordar los implantes estigmatizados del saber. La presencia de una pregunta en el momento de la consulta abre una dinámica renovada, ocasión para recrear la efectucción liberadora del sujeto.

En todos los casos, la distinción anterior respecto a cómo se presentan los padres, se torna siempre orientadora. Algunos lo hacen preguntándose por aquello que no funciona y ponen en juego una falta de saber, un no saber qué hacer. Su posición descubre la impotencia en la que hace pie y asiento la transferencia con el sujeto supuesto saber de niños, pero también perfila y prepara, desde el inicio, la conclusión de nuestra intervención ante la renovación del circuito interrumpido. En cambio, cuando los padres colocaron al hijo en la trama de un saber incuestionable, y ellos mismos no se inclinan a reflexionar sobre la responsabilidad que les cabe ante aquello de lo cual se quejan, cuando sólo esperan y reclaman que el síntoma molesto del niño sea erradicado y se colocan en oposición a toda pregunta que interroge el saber congelado sobre el hijo, en ese caso, ocurrirá, ciertamente, que el avance del niño no los encontrará agradecidos sino disgustados, como lo advirtió claramente Freud en el historial de la joven homosexual. A veces los padres esperan que los hijos no les ocasionen molestia y sólo les ofrezcan satisfacción y contento. Suele ocurrir frecuentemente que si el análisis realiza una apertura para que el niño emprenda su propio camino, los padres lo interrumpen. Y no consultan nuestro buen criterio para la finalización. En algunas ocasiones, la única posibilidad está en legitimar el síntoma al niño, apostar a su perdurabilidad como herramienta subjetiva para incomodar la demanda coagulante del Otro. De una u otra forma, lo esencial está en dirigir la operatividad y alcance del análisis en la vía de relanzar los tiempos del sujeto, pues ellos de ninguna manera se renuevan espontáneamente.

Ahora bien, una vez despejado el panorama que hace al encuentro con los padres, me interesa abordar, en el plano del

encuentro con el niño, un interrogante de suma importancia centrado en los objetos que el analista ofrece en el análisis.

¿Cuál es la función de los juguetes y del juego en la escena analítica?

Pongámonos a salvo de una respuesta precipitada, cierre dogmático de toda actitud investigadora, y consideremos la pregunta sobre los juguetes y el juego en la escena analítica.

Si el sujeto se efectúa en tiempos –que es lo mismo que decir que la estructura toda se realiza en tiempos–, los tiempos del sujeto implican asimismo tiempos de engendramiento del objeto y tiempos de producción del Otro. Como ha sido mencionado anteriormente, en ambos tiempos el objeto se reposiciona. El objeto, buscado inicialmente en el cuerpo de la madre, sólo al concluir la pubertad y como ganancia neta de una ineludible metamorfosis, se hallará en el cuerpo del *partenaire*. De modo que el tránsito que va del objeto en el cuerpo del Otro al objeto en el cuerpo del *partenaire*, expresa tiempos del objeto. En su transcurrir, los objetos de deseo y de goce se enhebran pasando no sólo por el cuerpo propio, sino también sosteniendo su pasaje en pequeños objetos que, según el decir de Lacan, son absolutamente necesarios para relacionarse con el niño.

Han de sumarse a esta perspectiva las vicisitudes diferentes que presentan los objetos de deseo, de goce y de amor en cada uno de los tiempos del sujeto. Tanto el objeto deseado como el amado, y el que procure los goces enlazados a ellos, realizarán un pasaje que va desde el cuerpo primario al cuerpo propio, del autoerotismo a los objetos, y de ellos a la búsqueda del objeto en el cuerpo de otro ser humano en el juego del amor. Lo que debe advertirse es que el pasaje no es sólo de orden o localización espacial, sino de recreación temporal. Sus tiempos son dependientes, una vez más, del funcionamiento del objeto *a*, y de su alternancia, de su ausencia como causal del deseo y de su presencia como plus de gozar. El objeto *a* no vectoriza su ritmo por sí mismo. Su tránsito y movimiento también dependen del discurso de los padres, que otorga legitimidad de goce para

algunos objetos, interdicción o privación de otros, que bendice algunos goces y maldice otros.

En las entrevistas con los padres, en la fina escucha del analista se dejan oír los decires con los que se privilegiaron algunos objetos en la historia familiar, cuáles y cuándo fueron otros degradados. Del mismo modo, en el discurso de los padres se ubica si ellos acompañaron o no los pasos de tránsito de un objeto a otro. También, los acentos y los puntos electivos colocados en los diferentes objetos, como así la incidencia determinante en el hijo de las inclinaciones marcadas por los padres. De esa manera, en cada tiempo de la vida, momento a momento, con cada segundo del reloj se va acompasando el ritmo del encuentro y el desencuentro con los objetos de deseo, con los de amor y de goce, a partir de la relación del sujeto con el Otro.

En principio, abrevando en una privación real, en el niño operó una extracción. La pérdida de una cuota de satisfacción en el cuerpo de la madre motorizó el chupeteo, lanzó la búsqueda, allanó el camino hacia otros objetos del entorno. El chupete mismo, el dedo o la mantita, bien señalada por Winnicott en su función de objeto transicional, serán variantes de un tránsito que parte del objeto ofrecido en el circuito de demanda del Otro, a aquel con el cual el sujeto responde desde el deseo. El objeto comienza en ese entonces a portar la marca de lo propio. Por eso, ningún niño acepta que se lo cambien, ni se lo laven, ni se lo mejoren en nombre de su bien. Su bien es que el objeto se engendre preservando su marca, la de su efectuación como sujeto. Con febril anhelo, todo ser humano apostará a escribir su trazo distintivo ante la uniformidad. He podido verificar en numerosas ocasiones la nunca del todo imperceptible diferencia introducida en la vestimenta cuando alguien debe usar un uniforme. La marca escribe, en lo real, lo no idéntico, la singularidad distintiva.

Por eso el niño necesita de esos pequeños objetos reales con los cuales dialectiza la relación con el Otro. En ello se sustenta también el lugar que los juguetes tienen en la transferencia. Son objetitos, en un determinado tiempo del sujeto, que posibilitan jugar su dialéctica singular con el Otro. Los juguetes

son necesarios para poner en juego al objeto de goce y recrear la causa de deseo.

El objetivo y la función de los juguetes y del juego en la escena analítica es exactamente ése: poner en juego el objeto. Descoagular el goce tapón para recrearlo como causa de deseo. Es por eso que los juguetes, esos pequeños objetos, deben respetar la singularidad del sujeto, poner en perspectiva la recreación. Que no es el divertimento. «Recrear» remite en este caso a la alternancia presencia/ausencia. No es que el análisis sea recreativo para divertir a los niños. Recrear el objeto muchas veces es bastante molesto para ellos. Son momentos en que pueden decir que no quieren venir más —ello ocurre con frecuencia— y no porque haya llegado el fin del análisis.

Con los juguetes se recrean los objetos pulsionales y cualquier objeto puede tomar valor de objeto de juego. Por eso es empobrecedor apelar a la caja estándar. En esto se diferencian notablemente Melanie Klein de Anna Freud y algunos de sus seguidores como Arminda Aberastury, quienes plantean cuáles son los juguetes necesarios para comunicarse con un niño (Aberastury, 1979). Melanie Klein tenía una mesa baja con algunos juguetes lo más neutros posibles, poco cargados de significación, con la única intención de aplicar la técnica del juego.

Me inclino a elegir los objetos que ofrezco a un niño según el tiempo y la singularidad de cada sujeto. Dejo a disposición juguetes para poner en juego en la escena analítica el objeto de goce. El fin es remover la fijación y recrear el deseo. Recuerdo el caso de una nena que no quería ir a la escuela, tampoco relacionarse con ningún extraño a su universo familiar. Por otra parte, ocurría que su rendimiento escolar era realmente pobre: su interés no se dirigía al aprendizaje. No le interesaba saber. Su verdadera atención se colocaba en dirimir si su accionar satisfacía o no las expectativas maternas. Por lo tanto, para buscar saber en la escuela (pero no sólo en la escuela), para iniciar una búsqueda de saber, ella debía abandonar el único lugar captador de su libido. Ella sabía que daba satisfacción a la mirada de la madre. El narcisismo de la madre estaba gordo, ella estaba ancha, la nena era un verdadero objeto de goce: la madre no

se cansaba de mirarla. Mirada unívoca que no iba ni venía, la nena de tanto mirar en esa dirección pagaba el precio de no ver. Su distracción era constante. El goce fijo cobraba su cuota al inmovilizar el deseo. No miraba a otro lugar. No quería saludar a extraños, todo quedaba en el orden de lo familiar. Sus juguetes preferidos en la sesión eran los anteojos y las lupas con los que intentaba mensurar la mirada en el espacio.

A mi entender, los juguetes no pueden desconocer los tiempos del sujeto y del objeto. En ese sentido, no debemos estandarizarlos, pues ellos valen en la singularidad. No somos educadores, no le decimos al niño cómo y con qué juguete tiene que jugar. No les enseñamos a jugar. Si transmitimos las reglas de un juego, es para estar disponibles a que entren en juego según la singularidad del paciente. No se trata de un valor fijo del objeto.

¿Qué juguetes incluir en la escena analítica?

Es una pregunta ineludible para los analistas que atendemos niños. Al recordar que atendemos al niño pero nos dirigimos al sujeto, elegimos incluir en la escena analítica aquellos juguetes que apuntan al objeto singular del sujeto recortados en el discurso y que guardan relación con los objetos pulsionales. Sé que mi propuesta dista enormemente de cualquier burocratización del encuadre. No me parece posible confeccionar un listado estándar de aquello que hemos de ofrecer al niño, pues no debemos olvidar que todos aquellos objetos que ofrezcamos se tiñen como demanda en el encuentro del analista con el niño. Nada es aséptico en tal encuentro, por eso mismo y dado que no intentamos tampoco que lo sea, será preferible atender al hecho de la carga particular que toma ese elemento para cada sujeto. Por otra parte, no parece inoportuna la propuesta que hizo Melanie Klein de ofrecer al niño pequeños objetos primitivos que permitan ser transformados en objeto a partir de encontrar un soporte real para el despliegue fantasmático. Su presencia estará destinada a poner en juego los objetos pulsionales para engazarlos al fantasma en cuyo marco se articulará el deseo.

INTERVENCIONES DEL ANALISTA CON LOS PADRES

Finalmente, quiero abordar un tema que retorna una y otra vez como interrogante en la clínica con niños. Me refiero al lugar de los padres y comenzaré por las preguntas que he escuchado con más frecuencia: ¿cuándo citar a los padres?, ¿cómo pensar las intervenciones del analista con los padres?, ¿qué entendemos por influjo analítico? En definitiva, ¿cuál es la formalización del acto analítico con los padres?

En la mencionada Conferencia 34 de las *Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis*, siguiendo la linealidad del texto, encontramos planteada la transferencia junto a su pivote real: la resistencia. Refiriéndose a la diferencia del análisis entre un niño y un adulto, Freud habla de los padres:

Las resistencias internas que combatimos en el adulto están sustituidas en el niño, las más de las veces, por dificultades externas. Cuando los padres se erigen en portadores de la resistencia, a menudo peligra la meta del análisis o éste mismo, y por eso suele ser necesario aunar al análisis del niño algún influjo analítico sobre sus progenitores (Freud, 1932).

En el curso de los años, desde aquel artículo hasta nuestros días, se han derivado de esta indicación una suma de variables con resultados más o menos adversos. Los analistas de niños han podido constatar qué es lo que no quiere decir «influjo analítico», sin atinar a definir, a ciencia cierta, cuál es su verdadero y efectivo alcance. Apostar a analizar a los padres en lugar de atender al niño, desconociendo que no ha sido por ellos la consulta, resultó indefectiblemente un fracaso. Derivarlos a otro analista con la indicación de realizar un análisis paralelo, la más de las veces quedó en el camino sin que llegaran siquiera a realizar una consulta. Citarlos periódicamente, comprometiéndolos a una serie de entrevistas pautadas como parte del análisis del hijo, llevó a cumplimientos siempre parciales del contrato y los encontró refractarios, más aún si se les proponía revisar sus propias vidas o historias personales. Muchos llegaron a expresar su molestia y hasta su violencia en

el intento. Por lo tanto, ¿cómo llevar a cabo el mentado «in-flujo analítico»?

Muchos analistas optaron por renunciar al intento y sólo se abocaron a atender únicamente al niño, es decir, a intervenir sin los padres en el análisis de un niño; hubo otros que llegaron a desarrollar teorías en las que sostenían la prescindencia de los padres. Así, atender al niño como sujeto de pleno derecho derivó en desconocer que el sujeto tiene tiempos tanto para la realización del acto como para accionar con responsabilidad ante el goce.

Entonces, ¿cómo proceder? Se trata de intervenir, a mi entender, en la línea de reinstaurar la falta donde falta. Es decir, donde encontramos una falla en la estructura. Fundamento mi propuesta en un hecho constatable para mí: los tiempos no se recrean debido a que la falta, necesaria, falta.

Según mi criterio, aunar al análisis del niño un influjo analítico sobre los progenitores se refiere a operar atendiendo a esa presencia real de los padres en la transferencia compartida. Aunar no significa adicionar ni sumar al análisis del niño el tratamiento de los padres. Según entiendo, la puntualidad de las intervenciones con los padres implica otra lógica: la de la unión. La unión es una operación matemática por la cual los elementos de dos conjuntos conforman un nuevo conjunto constituido por los elementos diferenciales de cada uno de los conjuntos iniciales. De modo que nos abstenemos de interferir en la dinámica dialéctica del niño con sus padres, sólo debemos hacerlo en los estancos enlaces que invitan a tomar un elemento fallido en la conformación del conjunto familiar.

Ya me explayé en el hecho de distinguir que no siempre el que trae al niño consulta; a veces sólo demanda y otras lo mandan. Pero en todos los casos debemos, como punto de partida, atender a qué significa el niño en cuestión. Recordemos que fue Freud, antes que Lacan, el que dijo que el niño es un lugar en la economía psíquica del adulto, un objeto de deseo, de amor y de goce.

El pequeño puede realizar el lugar del objeto en el fantasma materno, tal como escribió Lacan a la señora Aubry en las

«Notas sobre el niño», lo cual dificulta mucho más nuestra intervención, pero también puede alternar como causal de deseo de los padres y como goce para ellos. La alternancia, que estaría asegurada sólo en el caso de que funcionase el deseo de los padres entre ellos, más allá del niño, tal como quedó expresado en el capítulo segundo, es promotora de tiempos en la efectución del sujeto, en la medida en que el niño no queda estanco rellenando el agujero del amor, del deseo ni del goce de los padres.

Dado que ni la relación entre ambos como hombre y mujer, ni entre padres e hijos guarda proporción ideal ni exacta, un resto operante dará sus frutos en la estructura del sujeto. Claro que no por aceptar que no hay relación ideal, hemos de desconocer que hay relaciones y relaciones. Distan enormemente las posibilidades de subjetivación para un niño si él es llamado a ocupar ese lugar de objeto en el fantasma del Otro, o si logra producir síntomas. Aun si esos síntomas responden a la verdad de la pareja de los padres, son una respuesta que delimita y diversifica las intervenciones del analista.

De ese modo, cuando los padres consultan y contamos con la vertiente simbólica de la transferencia —por lo tanto ellos buscan saber—, el analista ha de apuntar con su intervención a recrear la falta en la cara signo del síntoma del niño, concluyendo su operación en la reinstauración del curso de la neurosis. Se debe entender, según mi perspectiva, que la infancia se cursa con síntomas, síntomas que dan cuenta de la producción de la neurosis y que deben distinguirse de los síntomas propios de una detención.

En cambio, cuando en lugar de consultar, los padres sólo demandan y nada quieren saber, suelen idealizar desmedidamente la eficacia del analista; esperan de él la concreción de su anhelo, que el niño colme sus expectativas y no dañe su narcisismo. En ese caso, atento al amor de transferencia, incrementado por la idealización y tobogán proporcional del odio futuro, el analista ha de comenzar por reintroducir la castración en el saber que le es supuesto. Dado que en esos casos la vertiente predominante de la transferencia es imaginaria, si llegara a tomar

sobre sí la creencia poderosa que se le adjudica a su poder, pagará el precio de ser rebajado estrepitosamente tal como antes fue elevado bajo el interesado reclamo de la demanda: que el niño «no les cause sino contento».

Por último, cuando el caso es que ellos no consultan ni demandan, sino que los mandan, y se muestran poco dispuestos a conmover el saber cerrado con el que han significado al niño, inclinados a la pasión de lo real de la transferencia, descontentos cuando no enojados por la interrupción del goce, el analista ha de aferrar su intervención a los senderos que abren posibilidades al niño de no quedar apresado en la telaraña paralizante de su subjetividad. O bien el analista ayuda al niño a sostener su síntoma, o bien apela a la instancia social que hizo sonar la campana de alarma para obligar en lo real a interrumpir el arrasamiento del sujeto.

En definitiva, sólo parece indicarse en el curso de la cura la intervención del analista con los padres cuando ellos, más allá de las mejores intenciones, se erigen, por razones ajenas a su voluntad, en portadores de la resistencia, entendida como aquello que entorpece el avance de la cura. Sólo puntualmente, en esos tramos del análisis, el analista interviene con los padres. Como me gusta decir, para orientar. ¿Orientar qué? No a los padres, los analistas no hacemos orientación a padres. Jamás podríamos arrogarnos el timón de tamaña embarcación. Si orientamos el nudo. El nudo del amor, el deseo y el goce de los padres.

El influjo analítico, entendido como la reorientación del nudo que propicia su buen enlace, se impone en esos momentos, cuando los padres —que al consultar derivaron una porción de saber en el analista, alentando la vertiente simbólica de la transferencia— devienen portadores de su costado más estanco, más inmóvil, más resistencial.

Al señalar ese tiempo de avance de la cura de un niño, cuando los padres son ellos también portadores de resistencia, Freud extracta en su texto la presencia de un goce actual, aún no historizado por el sujeto en los tiempos de la infancia.

Por eso no se refiere a los padres de lo historizado infantil que retorna, sino al goce de los padres, real de la infancia, que

encuentra al sujeto aún sin disponibilidad de recursos simbólicos para su actualización, sujeto que no cuenta, por su dependencia respecto a ellos, con medios reales para interrumpirlo. Así como el bebé no puede levantarse de la cuna y procurarse el alimento, tampoco puede apagar la radio ni modular la intensidad de la voz que viene del Otro. En cada tiempo de la infancia, el sujeto hallará, o no, la vía para una respuesta, ventana de libertad para hacer entrar en alternancia la presencia y ausencia del objeto.

Cuando la infancia está en curso, lo actual del goce se hace presente con una particularidad. En tanto los padres reales están presentes, lo Real del Otro puede o no entrar en la discontinuidad simbólica, condición *sine qua non* para dar lugar a tiempos productivos de redistribución de goce en la constitución de la estructura.

La precoz conformación de la estructura no impide, sin embargo, localizar distinciones a nivel del significante, el objeto para el goce y el acto, en cada tiempo del sujeto. La basculación necesaria entre la alienación y la separación constitutiva del sujeto depende, para cada uno de los tiempos de la infancia, de una renovada extracción de goce fuera del cuerpo del niño. De ella depende, asimismo, que el sujeto pueda responder sí y también no al niño propuesto por los padres.

Es en este sentido que podemos entender la conocida apelación de Lacan: que no sea el cuerpo del niño el que responda al lugar del *a* (Lacan, 1991). La razón es simple. El juego de presencia y ausencia del goce no está sólo en manos del niño, por eso no es obvio el lugar de los padres en el análisis de un niño.

Por la misma causa, es fundamental localizar hacia dónde se dirige el acto analítico, cuándo interviene el analista, y, sobre todo, a qué apunta. El analista prudente nunca ha de intervenir en la producción del mito edípico; interviene, sin embargo, cuando un goce hace presente el mal enlace de lo Real.

Por razones de estructura, con el mito el niño «hace frente a una situación imposible por la articulación sucesiva de todas las formas de imposibilidad de la solución» (Lacan, Seminario 4),

conformando su fantasmática. En ese caso, el analista debe ofrecer, con sumo cuidado, su abstinencia. Por el contrario, nuestra operación se legitima donde se hace presente, actual, continuo, un goce sin sustitución.

Por último, quiero agregar algunas notas sobre el mentado influjo analítico sobre los padres.

El influjo analítico sobre los progenitores

El influjo analítico sobre los progenitores es una operatoria que Freud sugiere a los psicoanalistas de niños atento a la problemática resistencial que los padres podrían generar en el análisis de sus hijos. Lo cierto es que la mención de tal influjo no fue retomada, desarrollada, ni mucho menos formalizada por Freud con rigurosidad lógica.

Quedó pues pendiente como pregunta: ¿qué implica el influjo analítico?

El influjo analítico se ajusta, a mi entender, a una lógica que decide el acto analítico en operatorias de redistribución y reanudamiento de goce que no son reductibles a la interpretación. En otras palabras, permiten intervenir en los tres registros: Real, Simbólico e Imaginario, siempre y cuando atiendan al tiempo y ubicación del sujeto de la estructura y expliciten con claridad qué quiere decir «aunar al análisis del niño algún influjo analítico».

En la práctica se han intentado múltiples variables en el encuentro con los padres: hacerlos objeto de interpretación, citarlos y analizar al niño conjuntamente con uno de los padres, echarlos, evitarlos para que no molesten. Me resulta claro que de ninguna manera se trata de eludirlos. Se hace preciso, más bien, puntualizar ese momento de la cura en el cual citarlos tiene la función de destrabar las resistencias «externas». Se trata de citar a los padres sólo cuando ellos se erigen en portadores de la resistencia. Las intervenciones son de una medida puntualidad, deben cesar ni bien se relanza el movimiento.

Por otra parte, es de destacar que la resistencia no entra en la trama del análisis bajo un solo rostro. Sus manifestaciones se

entretejen con los hilos mismos del rompecabezas familiar y se expresan en perfiles particulares según la singularidad de cada subjetividad. Por eso, la distinción primera, a la que el analista está invitado, consiste en focalizar su procedencia. ¿Se trata de una resistencia que anida en el corazón de la combinatoria significativa impidiendo el movimiento del orden simbólico, coagulando su dinámica, mortificando con el dogmatismo intranigente del superyó, en una lucha de decires y mandatos sin atenuantes? ¿Se presenta la resistencia estanca de algún real fogoso, con su negatividad fanática y su pasión empecinada por sostener lo mismo, el goce idéntico de padres a hijos más allá de las generaciones? ¿Estamos tal vez ante la resistencia fabulosa del narcisismo que sólo atina a ofrecer la dualidad del amor o del odio?

Los padres pueden erigirse en portadores de lo Real, de lo Simbólico o de lo Imaginario de la resistencia. Y ello ocurre cada vez que en la dirección de la cura de un niño se alcanza un hito no balizado en el curso mismo de la dinámica familiar, en la historia específica del transcurrir estructural propio de ese niño y sus padres.

De modo que, así como la transferencia de los padres presenta su pluralidad simbólica, real e imaginaria en la consulta por un niño, también los hilos de la resistencia serán trifásicos. Al considerarlos, el analista apoyará la autoridad de su intervención operando en cada uno de ellos. Guiado más por la lectura de los enlaces y desenlaces del goce que por cualquier intuición o receta técnica.

En una oportunidad recibí la consulta por Tomás, un niño de cinco años. Su padre había sido el promotor de una entrevista a la que concurrieron ambos progenitores, a pesar del estado belicoso en que se encontraban entre ellos. Se culpaban y responsabilizaban uno a otro de los males del niño, quien padecía de un gran desorden general. No sólo sufría en su hogar, también estaba impedida su inclusión en el grupo de amigos y en toda actividad social. Así se veía al llegar a mi consultorio, tirando objetos por aquí y por allá, dejando las puertas abiertas, pasando del suelo a las alturas, su cuerpo desorientado en el espacio, sin

siquiera mirarme. Un par de años más tarde, el análisis había ofrecido algunos hilos de Ariadna. Tomás jugaba, leía y escribía, avanzaba en lo escolar, conseguía compartir con otros chicos las reglas de un partido de fútbol y había establecido una sostenida relación transferencial armada sobre andamios sutiles y delicados pero suficientemente firmes como para que atinara a pedirme ayuda en algunas oportunidades.

En una sesión traje una revista con juegos para resolver, esos que para ver aparecer una figura reclama unir con el lápiz, paso a paso, siguiendo la serie de las indicaciones. En esa oportunidad, Tomás emprendió la tarea, luego de decirme: «A ver si podés ayudarme con esto». Como en otras ocasiones me senté a su lado, un poco más atrás de él, sosteniendo expresamente mi mirada en aquello que él hacía. De hecho, y varias veces, él giraba la suya buscando la presencia de la mía. Así, él avanzaba, acompañando cada logro con una expresión entusiasta: «¡Súper!» y declamando cada tropiezo con una franca decepción, al punto de dejar caer su cuerpo casi desvitalizado y repetir: «¿Por qué?, ¿por qué?». Ante tamaña expectativa de inmunidad, yo le respondía: «¿Por qué no?, ¿por qué no iba a pasarte lo que le ocurre a todos los chicos, que a veces les sale bien y a veces mal?». Pero él insistía en las únicas dos opciones en las que atinaba a responder: súper o el abismo, la caída estrepitosa de su narcisismo no enlazado a la castración. Tirado en la silla luego de una nueva equivocación y repitiendo «¿Por qué?, ¿por qué?», le pedí que se parara, pues quería verlo. Cuando lo hizo, lo miré de arriba abajo y le dije: «Veo un nene de ocho años que sabe escribir, jugar al fútbol y dibujar. No veo que seas Súperman y tengas que hacer siempre todo bien», «me pediste que te ayude y te ayudo diciéndote esto que veo, que sos un nene no un súper». En ese momento me pareció pertinente citar al padre. La fijeza de la falsa opción narcisista se mantenía continua, sin atenuantes.

El papá de Tomás había sido criado sólo por su madre, con quien mantenía una afinidad cuasi identificatoria. Él, a su vez, había sido el sostén narcisístico de su hijo, alojándolo en su deseo, tal como lo hace una madre. Lo cierto es que el niño, al

tener un padre que era una buena madre, no sólo mantenía una pésima relación con su progenitora sino que carecía prácticamente de función paterna proveedora de esa legalidad que introduce la castración. La continuidad del narcisismo padre-niño se había erigido en portadora de la resistencia, entorpeciendo el avance del análisis. Era un buen momento para citarlo, y así lo hice, advirtiendo que la puntual intervención buscaba atarle al encuentro la ocasión para deletrear un hueco y alojarlo en el macizo impenetrable del narcisismo.

Suelo estar atenta, en general, al llamado inicial. No sólo a quién lo realiza sino también a qué dice. Por prudencia ensayo no otorgarle un sentido anticipado, pero he podido constatar que, de no desdeñarlo apresuradamente, luego resignifica y vectoriza, a futuro, algunas intervenciones posibles.

Por ejemplo, al papá de Luis, un niño de cinco años, se le hacía difícil hacerse presente en situaciones urgentes y en las cuales su hijo sentía verdaderamente su ausencia. Fue preciso convocarlo y reiterar el llamado para cada nueva oportunidad. ¿Cómo no recordar el mensaje que había dejado grabado en mi contestador automático para consultarme? La cinta reproducía luego del nombre, una aclaración: «Si usted puede llamar no hay ningún problema». Efectivamente, fue lo que hice varias veces. El mensaje llegaba a destino. Ante mi llamado no sólo acudía sin problema, también requería mi llamado para responder a los verdaderos problemas acarreados por su ausencia.

Por último cabe resaltar que en gran medida los padres consultan en cierta posición de impotencia respecto al sostén de su función. El análisis de un niño puede ocasionar un saber anticipado sobre la inconsistencia del Otro y esto no es sin consecuencias para el sujeto a la hora de escriturar, en otro tiempo, la incompletud del Otro. Es imprescindible no rasgar el velo imaginario que cubre lo Real. Es necesario tener presente, para cada tiempo, el sostén de la consistencia. Por lo tanto, para el psicoanalista, aceptar o autorizar ese lugar de inconsistencia o desfallecimiento anticipado del Otro puede a veces ser riesgoso. Considero prudente tenerlo en cuenta al intervenir, ubicando si el goce que se hace presente, tanto del lado del sujeto

como del lado del Otro, es o no es un goce en vía de redistribución. Cierta cautela es imprescindible a la hora de aceptar a un niño o a un joven en análisis y definir la medida de nuestra intervención.

En algunas ocasiones los padres no se autorizan como padres pues algo los retiene en otra posición. De ser así, por ejemplo, decimos que una madre como madre puede ser una buena hija. En una ocasión recibí la consulta por Mariano, un niño de siete años. La madre, quien vino sola a verme, pues el padre del niño estaba internado hacía tiempo, encontraba varias dificultades para atender a los reclamos que le hacían los maestros respecto a su hijo. Por lo tanto, ella derivaba los llamados automáticamente a mí. Temerosa e indefensa, evitaba toda situación en la que era invocada como madre. Como una niña obediente cumplía, estrictamente, con todos los detalles indicados por aquellos que revestían para ella alguna autoridad. Nunca confrontaba, contradecía, ni cuestionaba la estricta legalidad. Su hijo la matoneaba y por supuesto intentaba extender a su entorno la prepotencia que lo caracterizaba, pagando elevados costos por su desenfreno.

En las entrevistas con la madre orienté mis intervenciones a recolocar el Sujeto supuesto Saber. ¿A qué me refiero? A que la transferencia que motoriza el análisis de un niño, tal como lo menciona Freud en su conferencia, es compartida con los padres. Las razones son estructurales, como decía en el capítulo anterior. Cuando no se despliega de ese modo, la cautela del analista ha de ser mayor. Padres desautorizados, que no sostienen ninguna cuota de suposición de saber, impiden el enlace pulsional que requiere ser enhebrado a algún saber para su orientación.

Sin letra no hay borde, sin borde hay desborde. Las intervenciones del analista se guiarán por la delimitación de un goce sin horadar.

La madre de la madre, la abuela del niño, era una transgresora crónica. Mentía, sustraía objetos, ocultaba otros, contradecía cuanto indicaba el padre descalificado en su posición. El abuelo del niño, por su parte contraponía, a tamaño descarrilamiento,

una actitud restrictiva en extremo obsesiva. No había alternativa: todo era transgresión o todo era estricto orden. La hija, madre de mi paciente, orientada hacia la versión paterna, no atinaba más que a obedecer a una ley sin atenuantes. Entregada a la intransigencia de su hijo, cuando vino a verme, intentó entregarme, a su vez, el lugar de la maternidad.

Apunté, en primer lugar, a reintroducirla y valorarla como madre a través de preguntas. Cada vez que paralizada ante mí esperaba un veredicto decisivo, simplemente le preguntaba: «¿Y la madre de Mariano qué opina?», o también «¿Usted que estudió magisterio cómo pensaría esto o aquello?». Sin hacer referencia alguna a su historia, pues no era mi intención analizarla, me aboqué poco a poco a perforar el tenso y compacto superyó que tantas veces se nutre de las fallas del nombre del padre. Cuando el padre no agencia su lugar de operador del nombre, surge el Superyó, como versión, haciendo uso y abuso de una trama simbólica sin agujerear. No es el padre de la ley sino el del goce (Vegh, 2006) el que impide, en numerosas ocasiones, transitar el camino, alcanzar tiempo a tiempo las posiciones del sujeto.

En otro caso se trató de intervenir en lo Simbólico para agujerear un superyó melancolizante. La historia era bien distinta a la de Mariano. La consulta fue indicada por los médicos de Javier, luego de constatar que ningún problema orgánico le impedía sostenerse de pie. Lo cierto es que él no lograba hacerlo y, cuando lo intentaba, caía al suelo, restringiendo sus movimientos a arrastrarse por el piso hasta alcanzar algún desplazamiento.

La madre de Javier había estado muy deprimida cuando el niño nació. Su marido estaba ausente en ese momento a raíz de una situación accidental, y también, durante el embarazo, había fallecido su padre. Para ella resultó imposible ocuparse del bebé, que fue atendido en sus necesidades por la abuela materna, quien no dejaba de reprocharle a su hija la falta de cuidados y de responsabilidad. El niño no llegó a erguir su cuerpo, faltó del sostén narcisístico indispensable para que ello ocurra. Cuando escuché los autorreproches con los que la madre y el padre de Javier

se presentaron, puse la mira de mis intervenciones en desmelancolizarlos, recuperando la historización para producir una nueva serie en el saber. Con los renovados acervos significantes, Javier no sólo caminó erguido sino que al despedirse de mí lo hizo corriendo al lugar donde sus padres lo esperaban.

Pero no siempre los padres alcanzan a vislumbrar la gravedad de la situación. Eso es lo que ocurrió en una oportunidad. Los padres habían consultado realmente preocupados por Iván. No sólo parecía no importarle perder materia fecal a su paso: su desafección se extendía a una actitud de profundo y permanente desinterés. Salvo por las horas que pasaba sentado frente a la computadora o la televisión sin buscar la compañía de otros chicos ni manifestar preferencia por algún programa en especial, su vida transcurría en una monótona homeostasis sólo interrumpida por una dificultad permanente para entrar en el sueño. El insomnio era una constante que no atinaba a ser considerado un síntoma por sus padres.

En realidad, lo que preocupaba verdaderamente a la madre era la lentitud con que Iván respondía a sus demandas. Se quejaba de la insistencia con que debía decirle que se fuera a bañar o repetía su cansancio por aquello que finalizaba ella misma en lugar del niño, bajo el signo de la impaciencia. Ella sabía atender, con diligencia, a cuanto era necesario para la crianza, pero se confesaba insensible a los indicios de subjetividad provenientes de su hijo. Por eso mismo, había preferido seguir siendo ella quien le limpiaba la cola al ir al baño, a pesar de haber cumplido, Iván, los siete años. En su conversación conmigo, atinó a esgrimir en su descargo que el marido viajaba y permanecía mucho tiempo sola con los hijos.

Cuando vi a Iván por primera vez, se agregaron aún más elementos a mi preocupación inicial. Parado en la sala de espera, esquivaba con torpeza, pero perseverantemente, mi mirada. No contestó a mi saludo y también se negó a intercambiar el beso que es habitual, en la convención del ámbito social, para responder a una llegada o una despedida. Era realmente evidente que la proximidad de otro ser humano se le tornaba arrasante. Y esa intrusión no contaba con elementos para resguardar su

integridad. Dicho de otro modo, el velo imaginario, necesario telón para la estancia del sujeto en la escena, estaba rasgado, o tal vez su trama se hallaba insuficientemente tupida para preservar la integridad subjetiva.

Iván no respondía al Otro. No respondía a su demanda, ni se había alienado primeramente a ella, ni emitía liberado su propia respuesta. Él no respondía. Su análisis cursó literalmente en la cornisa. Una tarde en que su madre lo encerró en el cuarto como castigo, no encontró puerta de salida a su encierro subjetivo y salió por la ventana: lo encontraron caminando por los bordes exteriores de la casa luego de abrir una ventana.

Las intervenciones fueron precisas. Cité a los padres y le dije a la mamá que no abriera la puerta del cuarto de Iván sin antes golpearla, que no lo vistiera y desvistiera como un muñeco. Agregué que, aunque su accionar le permitía ganar tiempo, le hacía correr el riesgo de perder a su hijo.

La resistencia ofrecía el rostro opaco de un goce que no cesaba y tomaba el cuerpo del niño como objeto. Las indicaciones apuntaron a intervenir en lo Real de un goce que ni el amor ni el deseo lograban limitar.

Un papá, en cambio, vino a verme preocupado por la falta de límites de su hijo. El niño tenía tal osadía que jamás respetaba las indicaciones de las autoridades escolares. Respondía a los llamados de atención con desenfado y prepotencia y no se amedrentaba ante las sanciones ni las amenazas de expulsión.

A pesar de las provocaciones que el niño le dirigía, el padre jamás le había propinado una paliza. Es que, según me refirió, su propio padre, alcohólico y violento, le había dejado un profundo rechazo a cualquier método disciplinario que apelara a la brusquedad. Lo consideraba autoritario y falto de eficacia. Por lo tanto prefería la persuasión y el trato afectuoso. Estaba convencido que con amor se lograban mejores resultados. Sin embargo, la actitud del muchacho lo desconcertaba. Era desagradecido y trataba con desconsideración y menosprecio todas sus indicaciones.

Recuerdo al jovencito llegar a mi consultorio como un bello Narciso, altivo y sólo concentrado en su propia contemplación. En algunas ocasiones se ausentó a las entrevistas porque

se negaba a trasladarse por otro medio que el micro «diferencial». El «colectivo» no era para él. Él se sentía diferente.

Una tarde el padre me telefoneó tan acongojado que opté por citarlo ese mismo día. Al llegar, llorando, sólo atinaba a repetir: «Le pegué, le pegué». Lo encontré francamente desasosegado y le pedí que me relatará las circunstancias; pude constatar, a través de su descripción de los hechos, la magnitud dramática de la escena en que el hijo había provocado la reacción del padre. Al finalizar el relato y viendo que volvía a romper en llanto al repetir: «Le pegué, le pegué», le pregunté qué había dicho el niño al recibir la paliza. Confieso que no me sorprendió el desenlace finalmente acaecido. Esa vez el hijo, llorando, le había respondido: «Si no fueras mi papá te devolvería». Elevado por su golpe al lugar de padre, alivió con su estatura la desmesura que con ilimitado amor había insuflado a su pequeño hijo. Su condición escolar mejoró notablemente y a pesar de refunfuñar un tanto, estaba notablemente aliviado. Había recontrado al padre de la ley, quien por haber padecido la vertiente del padre del goce no atinaba a intervenir y poner límite al narcisismo y al desborde pulsional de su querido hijo.

En entrevistas con el padre despejé, con él, la diferencia entre los benéficos aportes que la autoridad del padre dona a los hijos, de los autoritarios abusos de poder que invalidan el crecimiento y la iniciativa de los niños.

Otros padres habían consultado porque su hijo «se mataba» con los otros chicos y la escuela estaba a punto de expulsarlo. Entre ellos, como pareja, no estaban mejor. Peleaban tanto que estaban al borde de la separación. De hecho, a pocos meses de recibir a Facundo en tratamiento, consumaron el alejamiento. Por supuesto, el padre quería seguir viendo a sus hijos, pero la madre dudaba en permitirlo. Las razones eran valederas y no encontraba una viable alternativa más que continuar asistiendo a las visitas del padre a sus hijos. Un día me llamó desesperada. Su ex marido le había comunicado que, ante la difícil situación, había decidido matar a sus hijos y luego suicidarse para terminar con tanto sufrimiento. Ella dudaba si dejar o no a los niños un solo instante a solas con el padre.

La muerte por suicidio había sido la única solución que en la historia familiar se había hallado ante los problemas de la vida. Un hermano, un cuñado y una sobrina del padre habían optado por ese trágico fin ante los sufrimientos por los que transitaban.

A la consulta de la madre opté por responder que si el padre y los hijos querían encontrarse debían hacerlo. Claro que atendiendo a las condiciones en que era posible tal encuentro. Siempre que lo hicieran debía estar presente un tercero. Nunca el padre solo con los hijos, hasta tanto él retomara la medicación y el tratamiento que había abandonado en esos momentos.

La intervención en lo Real apuntó al corazón de la pulsión de muerte. Lo tanático, sin enlace al goce fálico, encontraba su tope sólo cuando algún otro impedía con su presencia un desenlace fatal.

Recuerdo la consulta de otros padres. En las primeras entrevistas relataron que el padre no había deseado tener un hijo y que, al recibir la noticia de que su mujer estaba embarazada, no quiso tenerlo. Ella insistió y el niño nació. Finalmente los problemas en la pareja llevaron al divorcio aunque no a la separación. Seguían discutiendo amarga y persistentemente.

Cuando llegaron a mi consultorio, el niño tenía unos diez años y estaba bastante grave. Padecía de un descreimiento generalizado y un notorio desinterés. Se negaba a venir a verme salvo con el papá, a lo que accedí. Jamás me hablaba y permanecía sentado e inmóvil en las rodillas del padre, escuchándolo hablar y hablar de su pequeño hijo y de su preocupación. Pero lo notable para mí era escuchar al padre hablar del niño siempre por el nombre, sin referencia a la filiación. Cuando lo escuché por primera vez nombrarlo «mi hijo», me dirigí al niño y le pregunté con prudencia, intentando no violentarlo, si prefería jugar con el papá. No creo que haya sido casual que en ese momento hablara. Asintiendo y mirándome con expresión revitalizada, dijo: «Quiero que mi papá me busque». Felizmente el padre, que para entonces amaba a su hijo y deseaba su mejoría, aceptó jugar el juego no sólo de buscarlo, también de nombrarlo hijo. Las cosas empezaron a ir mejor.

NO SÓLO LA INTERPRETACIÓN

¿Por qué es necesario situar el tiempo del sujeto para decidir la modalidad de nuestra intervención? ¿A qué apunta el analista cuando interpreta, juega, habla u ordena?

Los recursos simbólicos, para poner a distancia el goce que retiene al sujeto en la demanda del Otro, se producen en los tiempos de la infancia paulatina y progresivamente. La escena lúdica que requiere objetos reales para la localización del goce fuera del cuerpo, da cuenta de un tránsito tendiente a simbolizar aquello que, en los tiempos primeros, se juega principalmente entre lo Real y lo Imaginario (Fresler, 1994).

Lacan, se expide textualmente:

Se dice que el niño comprende la poesía surrealista y abstracta, que sería un retorno a la infancia. Es una idiotez: los niños detestan la poesía surrealista y ciertas etapas de la pintura de Picasso les repugna. ¿Por qué? Porque todavía no llegaron a la metáfora, sino a la metonimia. Cuando aprecian algo en la pintura de Picasso es porque se trata de metonimia (Lacan, Seminario 3).

Efecto de la represión fundante, el pasaje a la otra escena permitirá la producción de saber inconsciente. La ganancia más apreciable de esta operación será la eficacia del inconsciente. Sus formaciones, que invitan al desciframiento, se ofrecen como retorno poco a poco en los tiempos primeros del sujeto. Lejos de la evolución natural, el sujeto del psicoanálisis es un sujeto enlazado, anudado fuertemente al orden simbólico, pero su inscripción dentro de él es solidaria de tiempos. No es lo mismo, a la hora de intervenir, abordar a un sujeto que dispone de la palabra y de la escritura, a aquel que, aun siendo sujeto del lenguaje, no cuenta con ellas como recurso.

Juego, juguetes, dibujos, pinturas, esculturas, entrevistas con los padres: ¿dicen de los obstáculos para el abordaje del sujeto en la infancia por parte del psicoanálisis?, ¿o dan cuenta de una estructura que se renueva reanudando el engendramiento del objeto que conviene a su incompletud?

El curso de la infancia está poblado de inhibiciones, angustias y síntomas que bien pueden ser índices de su mismo transitar. No obstante, esa misma diversidad de manifestaciones es, en algunas ocasiones, indicativa de un estancamiento, pues la evolución no es natural.

Si hay síntomas, los hay porque lo simbólico inmixiona en lo real de la vida, trastornándola si ésta es humana. Son los síntomas de la estructura, que se conforma en el desajuste que le es propio. En términos freudianos, podríamos decir que no hay niños sin síntomas. La intervención del psicoanalista se justifica, entonces, cuando los síntomas que dan cuenta de la operatividad de la estructura muestran su detenimiento o ausencia.

Reanudar, por lo tanto, es tarea del analista, quien sostiene su práctica de la imposibilidad, imposibilidad que torna esta práctica realizable si reconoce que su operación incluye un resto. Este reconocimiento deshace la impotencia de considerar como obstáculos tanto la presencia de los padres (y que supone, entre otros avatares, que éstos decidan traer o sacar a su niño del análisis), la necesidad de objetos reales (como los juguetes) o, también, la importancia de la escena del juego para el abordaje en un tiempo en que el inconsciente no ofrece aún su estructura de ficción. deshace la creencia de que al niño le faltan palabras o le sobran acciones. A la estructura ni le falta ni le sobra, es una estructura que opera en la falta misma. En cambio su falla se sostiene de la falta de la falta, falta que es causa de su movimiento.

La intervención del analista apuntará a instaurar las operaciones irrealizadas, las que son fundantes del pasaje de una etapa a otra. El analista opera en aquello que compromete la vía de realización del sujeto en los tiempos de la infancia, donde lo encuentra enfrentado a un defecto de la represión constitutiva.

INTERVENIR A FUTURO

Intervenir, a su vez, en los tiempos de la infancia, abre una pregunta por la eficacia y el alcance del análisis de niños: ¿su al-

cance está referido sólo a la descristalización de un goce, o el encuentro con un analista deja alguna impronta distintiva en la estructura?

Mi experiencia, proveniente de recibir adolescentes o adultos que pasaron por un análisis en la infancia, me hace presumir que luego de un análisis en los tiempos de la infancia adviene una posición diferente del sujeto, específicamente en relación al saber como falta. Sus ganancias más evidentes son el apronte del sujeto al análisis y una articulación distinta del saber en lo que atañe a la verdad del sujeto.

Bibliografía

- Aberastury, Arminda: *Teoría y técnica del psicoanálisis de niños*, Buenos Aires, Paidós, 1979.
- Amigo, Silvia: *De la práctica analítica: escrituras*, Buenos Aires, Ricardo Vergara, 1994.
- Austin, J. L.: *Palabras y acciones*, Buenos Aires, Paidós, 1971.
- Biblia de Jerusalem, edición española dirigida por José Ángel Ubieta.
- Cortázar, Julio: *Salvo el crepúsculo*, Buenos Aires, Alfaguara, 1996.
- Coriat, Elsa y Jerusalinsky, Alfredo: *El psicoanálisis en la clínica de bebés y niños pequeños*, La Plata, De la Campana, 1996.
- Couso, Osvaldo Manuel: *El amor, el deseo y el goce*, Buenos Aires, Lazos, 2005.
- Cruglak, Clara: *Clínica de la identificación*, Rosario, Homo Sapiens, 2000.
- Deutsch, E.: «Una "nota al pie de página" al trabajo de Freud "Análisis fragmentario de una histeria"», *Psychoanalytic Quarterly*, XXVI, 1957.
- Didier-Weill, Alain; Juarroz, Roberto; Millot, Catherine y otros: *El objeto del arte: Incidencias freudianas*, Buenos Aires, Nueva Visión.

- Domb, Benjamín: *Más allá del falo*, Buenos Aires, Lugar, 1996.
- Donzis, Liliana: *Jugar, dibujar, escribir: psicoanálisis con niños*, Rosario, Homo Sapiens, Rosario, 1998.
- DSM-IV Breviario, Barcelona, Masson, primera edición 1995.
- Flesler, Alba: «La escritura del analista: Tiempos en la formación», *Cuadernos Sigmund Freud* 23, Escuela Freudiana de Buenos Aires, 1994.
- : «Jugar de niños», *Cuadernos Sigmund Freud* 17, Escuela Freudiana de Buenos Aires, 1994.
- : «Tres versiones de la impotencia del padre». Trabajo presentado en la Reunión Fundacional para una Convergencia Lacaniana de Psicoanálisis «Los Fundamentos del Psicoanálisis en el Fin de Siglo», Barcelona, octubre de 1998.
- : «Lo real de la transferencia. Lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario en la transferencia», *Cuadernos Sigmund Freud* 20, Escuela Freudiana de Buenos Aires, 2000.
- : «Semblante y Real», trabajo para la Reunión Fundacional para una Convergencia Lacaniana de Psicoanálisis, 13 de diciembre de 1997 (ficha en la EFBA).
- : «El deseo del analista», clase dictada en el marco del Seminario de Escuela, EFBA, Buenos Aires, agosto del 2002.
- Flesler, Alba; Martyniuk, Claudio; Sabsay, Fernando; Vegh, Isidoro; González, Alejandra: *De poetas, niños y criminales*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2003.
- Freud, Sigmund: «Psicopatología de la vida cotidiana» (1901), *Obras Completas*, Amorrortu Editores (AE), Buenos Aires, 1985, Tomo VI.
- : «Análisis terminable e interminable» (1905a), AE, Tomo XXIII.
- : *Tres ensayos de teoría sexual* (1905b), AE, Tomo VII.
- : «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (1905c), AE, Tomo VII.
- : «La pulsión y sus vicisitudes» (1915), AE, Tomo XVI.
- : «Sobre las teorías sexuales infantiles» (1908a), AE, Tomo IX.
- : «El creador literario y el fantaseo» (1908b), AE, Tomo VIII.
- : «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» (1909), AE, Tomo X.
- : «Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa» (1912), AE, Tomo XI.
- : «Introducción al narcisismo» (1914), AE, Tomo XIV.
- : «Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal» (1917), AE, Tomo XVII.
- : «Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales» (1919), AE, Tomo XVII.
- : «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina» (1920a), AE, Tomo XVIII.
- : *Más allá del principio de placer* (1920b), AE, Tomo XVIII.
- : «La negación» (1925), AE, Tomo XIX.
- : «Inhibición, síntoma y angustia» (1926), AE, Tomo XX.
- : «El porvenir de una ilusión» (1927), AE, Tomo XXI.
- : 34ª Conferencia: «Esclarecimientos, aplicaciones, orientaciones» (1932), AE, Tomo XXII.
- Heinrich, Haydée: *Borde[Rs] de la neurosis*, Rosario, Homo Sapiens, 1993.
- : *Cuando la neurosis no es de transferencia*, Rosario, Homo Sapiens, 1996.
- Julien, Philippe: *La Féminité voilée. Alliance conjugale et modernité*, París, Desclée de Brouwer, 1997.
- Kantor, Tadeusz: *El Teatro de la Muerte*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1984.
- Karothy, Rolando Hugo: *Los tonos de la verdad: ensayo psicoanalítico*, La Plata, De la Campana, 1996.
- Kierkegaard, Sören: *El concepto de la angustia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1979.
- Klein, Melanie: «El psicoanálisis de niños», en *Melanie Klein. Obras completas*, Buenos Aires, Paidós, 1980, Volumen I.
- Lacan, Jacques: *El Seminario. Libro 2, El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, 1954-1955, Buenos Aires, Paidós, 1983.
- : *El Seminario. Libro 3, Las Psicosis*, 1955-1956, Barcelona, Paidós, 1984.
- : *El Seminario. Libro 4. Las relaciones de objeto y las estructuras freudianas*, Buenos Aires, Paidós, 1994.
- : *El Seminario. Libro 10. La angustia*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- : *El Seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Barcelona, Barral Editores, 1977.
- : *El Seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis*, 1969-1970, Buenos Aires, Paidós, 1992.

- : *El Seminario. Libro 20. Aún*, 1972-1973, Buenos Aires, Paidós, 1981.
- : *El seminario, Libro 23. Le Sinthome*, 1977-1978, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- : Seminario XII. «Problemas cruciales para el psicoanálisis», 1964-1965 (inédito).
- : Seminario XVI. «De un Otro al otro», clase del 7 de mayo de 1969 (inédito).
- : Seminario XXII. «R.S.I.», 1974-1975, Establecimiento, traducción y notas de Ricardo Rodríguez Ponte (inédito).
- : Seminario XXIV. «L'insu que sait de l'une bevue saile a mourre» (inédito).
- : Seminario XXV. «El momento de concluire», 1977-1978 (inédito).
- : *Écrits*, París, Éditions du Seuil, 1966.
- : «El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma», *Escritos I*, 1971a.
- : «El estadio del espejo como formador de la función del Yo (Je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica», *Escritos I*, México, Siglo XXI, 1971b.
- : «Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis», *Escritos II*, México, Siglo XXI, México, 1971c.
- : *La Tercera, Actas de la Escuela Freudiana de París*, Barcelona, Petrel, 1980.
- : «Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela». Primera versión, *Ornicar? I*, Barcelona, Petrel, 1981.
- : «L'étourdit», *Escansión* n° 1, Buenos Aires, Paidós, 1984.
- : «Dos notas sobre el niño», en *Intervenciones y Textos 2*, Buenos Aires, Manantial, 1991.
- : *Psicoanálisis. Radiofonía & Televisión*, Barcelona, Anagrama, 1993.
- : «El Enmascarado», 1974, *Conjetural, Revista Psicoanalítica*, N° 1, Ediciones Sitio, Buenos Aires, agosto 1983.
- Lerner, Eva: «La dignidad entre la ética y el acto», *Jornadas de la Escuela Freudiana de Buenos Aires*, 2004.
- Marrone, Cristina: *El juego, una deuda del psicoanálisis*, Buenos Aires, Lazos, 2005.
- Meghdessian de Nanclares, Analía B.: «Clínica del sujeto en la

- adolescencia», *Cuadernos Sigmund Freud* 21, Escuela Freudiana de Buenos Aires, 2001.
- Paz, Octavio: *La llama doble. Amor y erotismo*, Barcelona, Seix Barral, 1993.
- Paola, Daniel: *Psicosis o cuerpo*, Buenos Aires, Laderiva, 1994.
- Saint-Exupéry, A. de: *El Principito*, Buenos Aires, Emecé, 2005.
- San Agustín: *Confesiones*, Madrid, BAC, 1991.
- Spitz, René A.: *El primer año de vida del niño*, Madrid, Aguilar, 1979.
- Ulloa, Fernando O.: *Novela clínica psicoanalítica. Historial de una práctica*, Buenos Aires, Paidós, 1995.
- Vegh, Isidoro: *Las intervenciones del analista*, Buenos Aires, Acme-Agalma, 1997.
- : *Hacia una clínica de lo Real*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- : «Estructura y transferencia en la serie de las neurosis», Seminario dictado en la Escuela Freudiana de Buenos Aires, 1987 (inédito).
- : «Psicoanálisis: una lógica de los goces», Seminario dictado en la Escuela Freudiana de Buenos Aires (inédito).
- : *El prójimo. Enlaces y desenlaces del goce*, Buenos Aires, Paidós, 2001.
- : *Las letras del análisis. ¿Qué lee un psicoanalista?*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- Vegh, Isidoro; Amigo, Silvia; Flesler, Alba; Wainsztein, Silvia; Meghdessian, Analía: *Los discursos y la cura*, Buenos Aires, Agalma, 1999.
- Wainsztein, Silvia; Millán, Enrique: *Adolescencia: una lectura psicoanalítica*, Buenos Aires, El Megáfono, 2000.
- Wedekind, Frank: *Despertar de primavera*, Buenos Aires, Quetzal, 1991.
- Winnicott, D.W.: *Realidad y juego*, Buenos Aires, Gedisa, 1972.
- Yankelevich, Héctor: *Ensayos sobre autismo y psicosis*, Buenos Aires, Kliné, 1998.



Paidós

Si desea recibir regularmente información sobre las novedades de nuestra editorial, le agradeceremos suscribirse, indicando su profesión o área de interés a:

difusion@areapaidos.com.ar

Periódicamente enviaremos por correo electrónico información de estricta naturaleza editorial.

Defensa 599 – 1º piso – Tel.: 4331 2275

www.paidosargentina.com.ar
